MORAL EN ACCION

Porfirio Díaz y su obra

POR

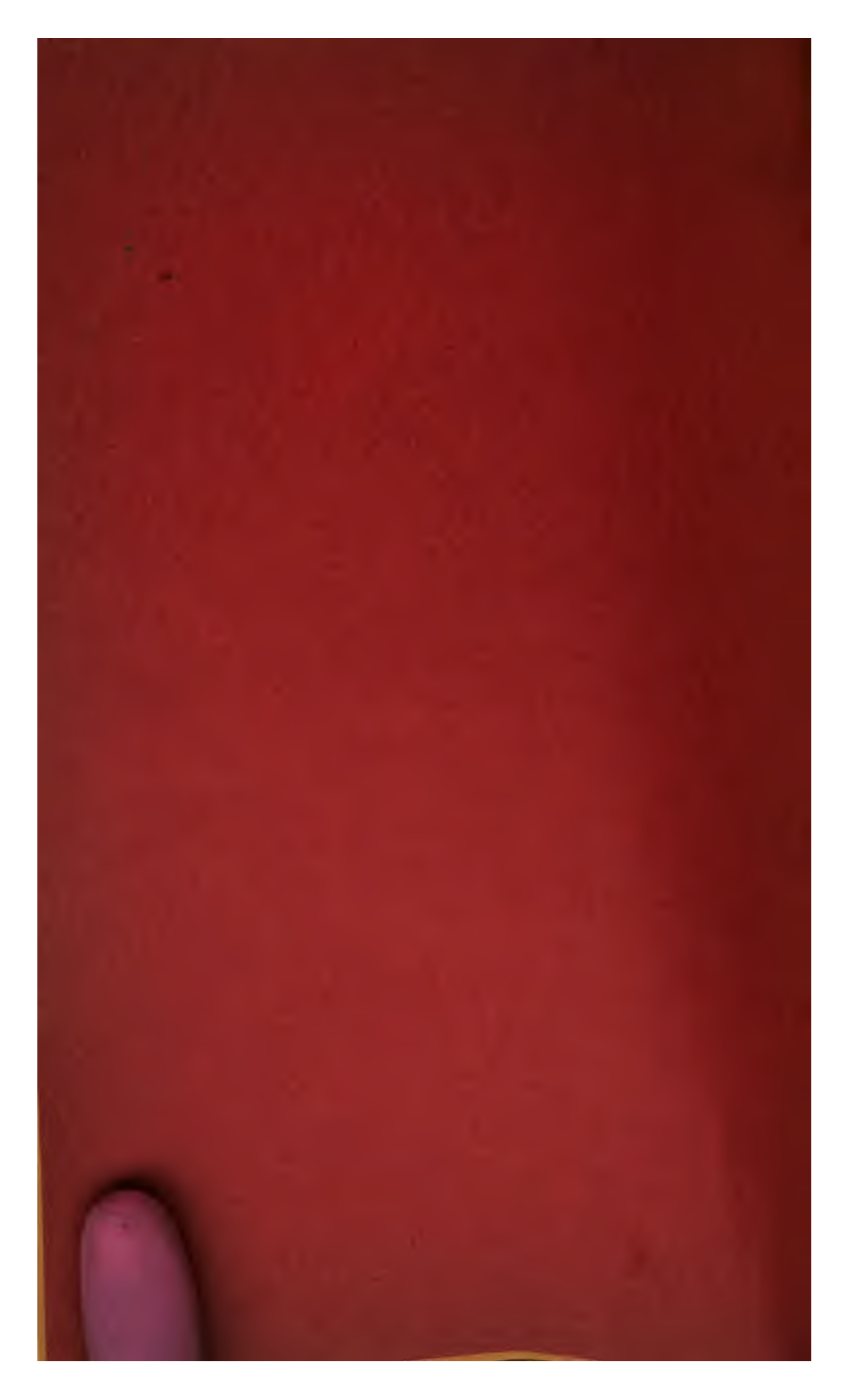
Un Soldado de la Vieja Guardia.



MEXICO

TALLERES TIPOGRÁFICOS DE «EL TIEMPO»
PRIMERA DE MESONES, NÚM. 18.

1907



MORAL EN ACCION

Porfirio Díaz y su obra

POR

Un Soldado de la Vieja Guardia.



MEXICO

TALLERES TIPOGRAFICOS DE «EL TIEMPO»
PRIMERA DE MESONES, NUM. 18

1907

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE



EL SR. GRAL. D. PORFIRIO DIAZ VISTIENDO GRAN UNIFORME

Reproducción de un cuadro al óleo recién acabado por el artista Joaquín Romero, á cuyo pincel se deben los mejores retratos contemporáneos del señor Presidente. El grabado da idea del vigor y de la salud de que goza el ilustre Jefe del Estado y que se reflejan en la gallarda é imponente firmeza de la actitud habitual en él, fielmente tomada por el pintor.



No puede estudiarse á un grande hombre, aunque sea imperfectamente, sin ganar algo en su intimidad. Este principio es el que informa las obras del eminente educador Smiles, quien á menudo repite en ellas que la cualidad más preciosa de los grandes caracteres, consiste en la irresistible fuerza conque inducen al bien á todos los que les rodean.

Siendo esto así, y siendo también verdad innegable, que para asegurar el porvenir de la nacionalidad mexicana, necesitamos urgentemente formar caracteres firmes y orientados al bien, no puede haber medio más sencillo y eficaz para lograr ese ideal, que el de vulgarizar en talleres y escuelas los rasgos notables de uno de los caracteres más extraordinarios, vigorosos y nobles que registra la historia, cual es el del General Díaz.

Para ello nos apartaremos por completo del criterio adoptado por la mayoría de sus biógrafos, en cuanto á que no referiremos sino de paso y cuando el caso lo pida, los triunfos brillantes y ruidosos con que va coronando su inmensa obra militar, política y social; por el contrario, daremos preferencia á las acciones menos conocidas, casi obscuras, algunas ignoradas ó mal comprendidas, con que inició y cimentó esa obra.

Procederemos así no sólo porque consideramos de mayor mérito y más alto precio moral los primeros actos con que un hombre comienza á elevarse por su propio esfuerzo y á ejercitarse en la práctica del bien, sino porque es esencial para las pretensiones educativas de este libro, enseñar cómo se vencen en la juventud las ten-

taciones de la vida, cómo se desprecian las sugestiones de la pasión y cómo se salvan los primeros obstáculos de la áspera senda del deber, que si no siempre lleva á la gloria, conduce infaliblemente á la suprema felicidad que estriba en la paz de la conciencia.

Guiar con su ejemplo y emular con sus virtudes á la niñez y á la juventud, será un servicio más entre tantos que ha prodigado á su patria y á su pueblo el General Díaz.



I

LA VOCACION

DEBEMOS PROCEDER DE ACUERDO CON NUESTRA CONCIENCIA.

Muy joven, casi niño era Porfirio Díaz cuando terminó en el Seminario Conciliar de Santa Cruz de Oaxaca, los estudios preparatorios de la carrera sacerdotal á que le habían dedicado; contaba entonces diecinueve años. Su único protector, el poderoso Obispo Don José Agustín Domínguez, le llamó á consejo:

—«Tiempo es de que pienses en abrazar tu misión, le dijo; el año que viene, bueno será ordenarte de tonsura y que portes hábitos......»

Harto visible debió ser la frialdad con que el joven seminarista escuchó tal disposición, puesto que el señor Obispo creyó necesario apoyarla con razones de conveniencia, que estimó seductoras y decisivas, como lo ventajoso de la posición social y la riqueza de que entonces disfrutaban los miembros del clero.

Habituado Porfirio á obedecer á sus mayores, y no habiendo despertado en él hasta entonces la conciencia, acató lo que su protector había resuelto, y aceptó sumisamente, pero sin convicción y sin entusiasmo, el porvenir que se le deparaba.

Durante las vacaciones de ese año (1849) y entretanto llegaba el momento de recibir la orden sacerdotal, á la vez que se iniciaba

Porfirio en el estudio de la Teología, daba clases de latín para ayudarse y ayudar á su anciana madre, cuya pobreza era extremada. Uno de los discípulos de latinidad del clérigo en ciernes, era hijo del licenciado Don Marcos Pérez, acendrado liberal, amigo íntimo de Juárez y profesor en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca.

En aquella época, el Seminario en que comenzó á educarse Porfirio, y el Instituto, en que hizo su carrera Juárez y concluyó también la suya Díaz, simbolizaban las dos tendencias políticas contrarias que agitaban á nuestro país: en el Instituto se propagaban los principios de libertad de pensamiento y de conciencia, de igualdad ante la ley, de fraternidad, de tolerancia, de orden, de laboriosidad; en el Seminario se profesaban las ideas opuestas, la intolerancia, los privilegios de clases y la sujeción incondicional del pensamiento y de la conciencia á la fe ciega é irracional.

Un acontecimiento insignificante en sí, bastó para cambiar el destino de Porfirio: Don Marcos Pérez le invitó á la distribución de premios que iba á hacerse á los estudiantes del Instituto, y lo presentó en esa fiesta á Juárez, que era Gobernador del Estado. El trato leal y franco del demócrata indio, sedujo al joven seminarista, acostumbrado hasta entonces al despotismo de sus superiores, los altivos clérigos del Seminario, á quienes había que hablarles humillándose.

Al mismo tiempo, los discursos que escuchó Porfirio en la función de premios, despertaron su conciencia y le revelaron la verdadera senda que debía seguir conforme á sus sentimientos. Tremenda debe de haber sido la lucha que se entabló en aquella alma de niño. De un lado estaba la voluntad de los séres á quienes todo lo debía: estaban también la riqueza y el poder asegurados, la vida fácil y agradable: del otro lado sólo vislumbraba la paz de la conciencia y la satisfacción que produce consagrarse, sincera y honradamente á lo que se cree bueno y noble.

Porfirio no vaciló mucho: no debía seguir la carrera ecleciástica puesto que no sentía vocación para ella; no debía ser un mal sacerdote; prefirió, resuelta y dignamente, la miseria honrada. Mas aun cuando su resolución fuese firme, no la llevó á cabo como es fácil comprender, sino á costa de tremenda lucha íntima, que le hizo pasar en vela toda la memorable noche de *las calificaciones*, como se llama familiarmente en Oaxaca á la función de premios del Instituto.

Había razón para ello: á los diecinueve años es cosa muy grave cambiar de rumbo en la vida, desairar y contrariar á un protector poderoso, y desdecirse de una promesa, aunque sólo haya sido hecha por complacencia; además, para las madres oaxaqueñas de esa época, la suprema ambición era tener un hijo sacerdote, y á Porfirio le apenaba frustrar las ilusiones de su excelente, de su ejemplar madre.

Como era natural y debido, ella fué la primera en ser consultada; y se afligió tanto, creyendo á su hijo extraviado y perdido, que Porfirio no tuvo valor para resistir á sus lágrimas, y le ofreció hacer lo que dispusiese; pero la prudente y abnegada señora, dominando su pesar y subordinándolo al cumplimiento del deber de dar estado á los hijos conforme á la voluntad de ellos, se limitó á hacerle al suyo las reflexiones propias del caso, entre ellas la muy grave de que si no seguía la carrera eclesiástica, perdería la opción á una beca de gracia, por cierto, de las de San Bartolo, que eran las más estimadas, y á una capellanía que se le había ofrecido, lo que significaría irreparable quebranto, especialmente para ella; sin embargo le estimuló á no contrariar su vocación, para evitar que fuera un sacerdote indigno, y ella misma se encargó de la espinosa tarea de notificarle al Obispo Domínguez la resolución del exseminarista. ¡Admirable ejemplo de lo que pesa en el porvenir de los hombres, la influencia maternal! Así se explica que el digno hijo de Doña Petrona Mori de Díaz, haya sido siempre esclavo de su deber.

Al tener noticia de esta decisión, el Obispo se mostró indignadísimo, le trató duramente, le exigió que le devolviese los libros que le había dado y le retiró todo auxilio. Prudente y justa, la madre del valeroso y leal joven le hizo reflexiones, pero sin oponerse sábiamente á que contrariase su vocación. Y aquel niño, cuyo gran carácter apenas comenzaba á manifestarse, todo lo arrostró, á todo se sobrepuso antes que violentar sus inclinaciones y sus creencias; más tarde daría su propia sangre por sostenerlas.

Este fué su primer paso en el camino de la grandeza y de la gloria.

No es dable á todos los hombres alcanzarlas; pero obedeciendo siempre las indicaciones de la conciencia, se logra infaliblemente conquistar la paz del alma y el respeto y la estimación de la sociedad.

II

LA AYUDA PROPIA

EL TRABAJO MANUAL ES HONROSO

Si á muchos jóvenes que vagan por las calles haraposos, hambrientos, sin profesión ni oficio, se les preguntara cuál es la causa de sus desdichas, contestarían casi invariablemente, que por falta de recursos y de protección abandonaron los estudios y truncaron alguna carrera científica; y como creen degradante para ellos el trabajo manual, no hallan manera de vivir.

Pues bien; el hombre que ha hecho á nuestra patria fuerte, rica y feliz, y á quien llaman amigo y colman de atenciones y de honores los monarcas más poderosos de la tierra, mientras estudiaba con tesón y obtenía honrosas calificaciones en todos sus exámenes, en su adolescencia dedicaba las horas libres á oficios humildísimos, para aliviar sus necesidades y las de su familia.

La pobreza del estudiante Porfirio Díaz era tan extremada, que en la época en que cursó lógica fué necesario que un comerciante oaxaqueño, interesado por la energía y el empeño del seminarista, le regalase el libro de texto y la *barragana*, especie de capa que se exigía que portaran los alumnos externos del Seminario.

La protección de Don Joaquín Vasconcelos, que así se llamaba el comerciante, tuvo por principio un rasgo del pundonor y de la afición de Porfirio al trabajo. Vasconcelos encargaba á la señora Mori y á sus hijas, labores tales como confección de camisas y *empuntado* de rebozos. Esto sugirió al necesitado estudiante, deseoso de ayudar á su familia, la idea de solicitar de Don Joaquín que le admitiese como empleado en una de sus tiendas. El comerciante tomó informes, y así supo que el animoso joven merecía apoyo y no debía abandonar las aulas por el mostrador, cuando cursaba ya Lógica, con notable aprovechamiento.

Viendo Porfirio que el calzado para él y para su familia era muy

caro conforme á sus posibililidades, decidió confeccionarlo él mismo. Sin tardanza se aplicó á aprender cómo hacía su labor el zapatero Nicolás Arpide, que tenía su taller frente al Instituto; se procuró toscos utensilios; y con tan rudimentarios elementos, en breve pudo proveerse de calzado y proveer también á su familia. Más tarde llegó á hacer botas y zapatos finos y bien acabados.

Los muebles sencilllos y los trabajos de carpintería que aprendió á hacer del mismo modo y por la misma razón que los zapatos, para vencer las grandes dificultades con que luchó en su juventud, le producían buen dinero, y llegó á hacer un ajuar fino completo.

Si carecía de recursos para lo necesario, con mayor razón habían de faltarle para lo superfluo; pero el hombre industrioso y activo es rico en todas partes y logra siempre lo que desea.

Desde niño tenía Porfirio ardiente afición por la caza y por todos los ejercicios físicos y varoniles; mas una escopeta, un arma cualquiera, por barata que fuese, era un lujo inasequible para el mísero estudiante. No por eso se quedó con el deseo; al contrario, le satisfizo y sacó partido de él. Un cañón viejo y herrumbroso de fusil, una llave de pistola y un tarugo de madera, se trasformaron en sus manos hábiles y pacientes, en servible escopeta, armado con la cual íbase á los montes, ufano y dichoso, á cazar buenas piezas con que surtía la exigua despensa de la familia. En sus excursiones trabó conocimiento con otros cazadores, en su mayoría indígenas, á quienes unas veces les hacía muebles sencillos, otras les componía las armas que se les desarreglaban, y en ambos casos ganaba honradamente algún dinero y convertía de tal modo en útil y productivo, un entretenimiento que para otros hubiera sido dispendioso capricho.

A medida que las aptitudes de Porfirio iban desarrollándose por el estudio, su espíritu industrioso sacaba partido de ellas y creaba mejores recursos. Le vimos ya dando clases particulares de latín: más adelante fué bibliotecario y pasante de Derecho Natural y de Gentes. en el Instituto de Ciencias en que se educaba; y al terminar la carrera de abogado, cuyo título no obtuvo porque Santa Anna. alarmado con las tendencias liberales de ese plantel, lo clausuró súbita y arbitrariamente, Porfirio cosechaba ya buenos frutos de su profesión y tenía clientela remuneradora, que abandonó en las circunstancias que después veremos, para consagrarse en cuerpo y alma á la causa de la Reforma.

Al conocer estos rasgos del carácter del General Díaz, fácil es comprender que quien jamás se arredró ante ninguna dificultad en los primeros años de su vida, ni consideró humillante ningún trabajo honrado, haya sido capaz de allanar todos los inmensos obstáculos que se oponían al engrandecimiento de nuestra patria, y haya sabido sacar, poco menos que de la nada, ejércitos, armas, dinero, ferrocarriles y escuelas, como sacaba escopetas y zapatos: á fuerza de trabajo.

Nadie que imite este ejemplo en la medida de sus facultades, vagará nunca por las calles, haraposo y hambriento, sin saber qué hacer para vivir.

III

LA DEFENSA DE LA PATRIA

SOLO PARA MANTENER LA INDEPENDENCIA

DEBEMOS TOMAR LAS ARMAS.

La noticia de que el invasor norteamericano había avanzado hasta el pueblo de Teotitlán y amenazaba atacar la capital del Estado de Oaxaca, conmovió intensamente á los oaxaqueños é hizo vibrar en ellos el más alto y el más noble de los sentimientos cívicos: el amor á la patria hollada por el enemigo extranjero.

Esto sucedía en 1846. Porfirio Díaz era un niño de dieciséis años, que estudiaba lógica en el Seminario de Santa Cruz; pero bastó que el presbítero Don Macario Rodríguez, que era el profesor, dijera algo á los escolares acerca del deber de los mexicanos, de defender el territorio invadido, para que en aquellas tiernas almas se encendiese la pura llama de la abnegación y del sacrificio por el honor de la patria.

Mas en Porfirio tomó este sentimiento la misma forma activa,

fecunda y eficaz que los grandes caracteres dan á todas las ideas y á todas las emociones. A esa edad y en tal momento solemne, se reveló el futuro conductor de hombres y el soldado que en el porvenir habría de conducir á la gloria el pabellón de la República victoriosa y libre.

Apenas había acabado el profesor Rodríguez su arenga patriótica, cuando Porfirio, haciéndose cabeza de sus condiscípulos, se dirigió con algunos de ellos á presentarse á Don Joaquín Guergué, Gobernador del Estado, para ofrecerle sus servicios y los de sus compañeros.

Eran tan niños aquellos aspirantes á defensores de la patria, que no comprendiendo el Gobernador Guergué el nobilísimo y generoso impulso que les guiaba, les preguntó:

—¿Qué diablura habrán hecho ustedes?—y se limitó á anotar los nombres de aquellos muchachos, sin aceptar de pronto la oferta que le hacían. Después fué aceptada, y entonces empuñó Porfirio las armas por primera vez en su vida, en defensa de su patria; entonces hizo sus primeras guardias y se sujetó, cumplido y diligente, al duro régimen militar de campaña.

Alejado el peligro de la invasión, tornó Porfirio á sus estudios preparatorios de la profesión sacerdotal y se apartó momentáneamente de la vida del soldado. Algunos años debían transcurrir hasta que volviera á armarse de por vida para contribuir á que se escribieran muchas de las más bellas páginas de las epopeyas de la Reforma y de la segunda Independencia.

Pero cualquiera que fuese el enemigo que combatía, su ideal fue uno siempre sublime: la libertad; su móvil también único y nobilísimo: el amor á México; y la causa que defendía, invariablemente justa y honrada.

En la vida militar del General Díaz es imposible hallar ni sombra de traición, ni sospecha de debilidad en sus convicciones, ni la más leve vacilación ante el sacrificio.

Para sostener los principios de la Reforma, abandonó familia, intereses, clientela, todo en una palabra. Cuando la Reforma triunfó y el entonces Coronel Díaz, que ocupaba una curul en el Congreso de la Unión, vió amenazada la capital de la República por las gavillas del infame Márquez, en tanto que los demás diputados perdían el tiempo angustiosísimo, en disputar en formas literarias, Porfirio sólo habló para pedir permiso de abandonar la Cámara y

tomar de nuevo las armas con que pocos días después obtuvo la victoria asombrosa de Jalatlaco, que le valió el ascenso á General de Brigada.

Más tarde, al terminar el gran sitio de Puebla, que no hay palabras con que glorificar, Porfirio, esclavo de la disciplina, se entregó prisionero, pero declarando que lo hacía únicamente por obediencia y resuelto á volver á combatir al invasor, tan pronto como pudiera fugarse. Y se fugó, y organizó la defensa de Oaxaca; y habiendo vuelto á caer prisionero, le advirtió al conde de Thum, su guardián, que debía cuidarle porque volvería á fugarse, como lo hizo, y tornaría á combatir hasta el último aliento.

Ojalá sepamos imitar este hermoso ejemplo de amor á la patria; ojalá sepamos defenderla hasta morir, si alguna vez fuere amenazada por el extranjero; mas nunca volvamos á tomar las armas para la guerra civil: tengamos antes el patriotismo necesario para cortarnos la mano mejor que volver á disparar contra un compatriota. Sólo así seguiremos las huellas de este gran ciudadano; sólo así conservaremos su gran obra y nos haremos dignos de ella; únicamente así mereceremos llamarnos mexicanos libres.

IV

EL VALOR CIVIL

LA OPINION Y LAS CONVICCIONES DEBEN PROCLAMARSE Y SOSTENERSE SIEMPRE

Al terminar el año de 1854, el dictador Santa Anna, cuyo período de mando estaba próximo á expirar, queriendo prolongarlo indefinidamente y contando para ello con el apoyo del ejército y d-l clero, entonces íntimamente unidos y muy poderosos, convocó al pueblo á una comedia de plebiscito, que debía representarse el día primero de diciembre de ese año.

Las preguntas que se fingía hacer á la voluntad popular, eran éstas:

«El actual Presidente de la República (Santa Anna), ¿debe continuar en el poder supremo, con las mismas amplias facultades de que hoy está investido?

«En caso de que no deba continuar ejerciendo *las mismas amplias facultades*, ¿á quién debe entregar inmediatamente el mando?»

Como se ve por estas preguntas, Santa Anna no se conformaba con que se le reeligiera, sino que exigía que se le confirmara el poder dictatorial de que tan gravemente abusaba.

Según la circular con que se invitó al pueblo á votar, todos podrían expresar sin trabas su voluntad: pero de antemano se supo que las mesas donde iban á depositarse los votos, serían rodeadas de tropas y artillería; que las corporaciones de todo género, religiosas, militares y civiles, tendrían que votar por voz de su jefe; y finalmente, que quien se atreviese á votar en contra, lo pagaría quizás con la vida ó, cuando menos, con el destierro.

Tanta audacia y cinismo tanto, colmaron la indignación del joven pasante de Derecho, Porfirio Díaz; sublevaron su dignidad de hombre libre y le determinaron á declararse contra el dictador, para quien era ya sospechoso de tiempo atrás por sus opiniones liberales, francamente manifestadas.

En esa época era Porfirio catedrático de Derecho Natural en el Instituto de Oaxaca. Conforme la circular relativa al plebiscito, el Director de ese Instituto debía votar por el cuerpo de profesores, contándose, por supuesto, un número de votos equivalente al de catedráticos, lo cual constituía un fraude electoral descarado.

Llegó el día del plebiscito, primero de diciembre de 1854. La plaza de armas de Oaxaca fué rodeada de tropas con los fusiles cargados, y se instaló una batería de cañones dispuestos á hacer fuego. En el portal del Palacio de Gobierno se dispusieron un dosel de terciopelo rojo y una mesa cubierta por suntuosa carpeta de lo mismo, y en torno de ella se sentaron en sendos sillones, los altos funcionarios del Estado, esclavos sumisos del dictador. Sobre la mesa se pusieron dos libros, uno para que firmaran los votantes en favor de Santa Anna, y el otro para los que tuviesen la avilantez de votar en contra.

Cuando Porfirio fué á situarse cerca de la mesa, para ser testigo de aquel atentado al sufragio, el libro de la oposición, digámoslo así, estaba cerrado y sus páginas inmaculadas aún, porque nadie había tenido valor de arrostrar las iras del tirano, representado por

sus fieles secuaces. Porfirio guardaba una actitud digna y reservada.

—«Y usted, ¿no vota?—le preguntó en voz alta, cierto licenciado Enciso, compañero suyo de profesorado en el Instituto.

Porfirio respondió:

—«El voto no es una obligación, es un derecho......... Yo no lo ejerzo.»

En este momento llegaba al teatro del drama, un zapatero, policía secreto que participó llevar consigo unos treinta votos de *todos* los vecinos hábiles para votar, que había en cierta manzana de la ciudad.

—«Que de ese número se quite una unidad,—dijo Porfirio,—porque yo soy vecino de esa manzana, y no he votado ni autorizado á nadie para que vote por mí.»

—«Sí, replicó el malévolo Enciso: uno no vota cuando tiene miedo.»

Sin contestar una palabra, se dirigió Porfirio tranquilamente á á la mesa, tomó la pluma y abrió el temible libro de la negativa, virgen hasta ese instante.

—«Cuidado, joven,—le advirtió en tono amenazador el General Pinillos, Gobernador del Estado,—nadie ha escrito todavía en ese libro......»

La única contestación de Porfirio fué escribir en la primera página blanca, el nombre del caudillo de la revolución liberal, el jefe suriano Don Juan Alvarez, y firmar debajo. Tras de Porfirio, un Sr. Ruíz, arrastrado por ese viril ejemplo, votó por el Gral. Don Juan Bautista Ceballos, y fue aprehendido al salir de la plaza, apaleado y consignado al ejército. Porfirio se salvó gracias á su destreza, y desde ese día tomó definitivamente las armas en defensa de la libertad. El gobierno santanista le persiguió activamente, bajo el pretexto de que había votado por un rebelde y le había dado tratamiento de excelencia.

Más tarde y en circunstancias no menos terribles, en que también peligraba su vida, ante Forey, ante Bazaine, ante el conde de Thum, Porfirio, preso y desarmado, sostendría con igual valor civil sus convicciones, y declararía su propósito de fugarse y combatir hasta el último aliento por la independencia de su patria.

Con igual energía y con la misma sinceridad debemos confesar y sostener siempre nuestras opiniones y nuestras creencias, en lo grande como en lo pequeño, si queremos merecer el título de hombres honrados y el respeto y la estimación de la sociedad.



Señor Lic. Don Marcos Pérez, Gobernador de Oaxaca en 1849. Fué quien presentó al joven Porfirio Díaz con Don Benito Juárez. El trato de estos eminentes liberales despertó la conciencia del seminarista por compromiso, y le apartó de la carrera sacerdotal. El primer servicio que prestó Porfirio á la causa de la libertad, fué el de escalar con su hermano Félix los altos muros del convento de Santo Domingo, donde estaba preso Don Marcos Pérez, á quien quería comunicarle importantes noticias políticas.

V

LA ACTIVIDAD FISICA

PARA SER SANOS Y FUERTES DE ALMA, NECESITAMOS SERLO DE CUERPO.

Ha dicho el General Díaz, hablando de su adolescencia:

«...... Sentía yo gusto por lo ejercicios atléticos. Llegó á mis manos un librito de gimnasia, el primero probablemente que fué á Oaxaca, y esto me guió para improvisar en mi casa un gimnasio en que hacíamos ejercicios mi hermano, yo y varios amigos aficionados.»

Tenemos entendido que de ellos sólo sobrevive el hoy Senador Don Carlos Sodi.

Sin duda alguna, estos ejercicios sistemados no bastaban para contentar la necesidad de movimiento del joven estudiante, puesto que son legendarias sus hazañas en las *guerras* entre las escuelas, en las cacerías con la famosa escopeta que él mismo se construyó con restos de armas viejas, y en otros mil incidentes de su vida escolar.

Gracias á esta saludable actividad física, aquel organismo privilegiado ya por la naturaleza, fué desarrollándose y fortaleciéndose y adquirió al fin la agilidad, la destreza y el vigor extraordinarios que todavía causan admiración y envidia á los jóvenes.

Endurecido por las grandes caminatas á pie y por los acechos bajo el sol, las lluvias y el viento; habituado á vivir al aire libre, á dormir al raso, á desafiar el peligro y á ver serenamente la muerte cara á cara, cuando el seminarista de dieciséis años tomó las armas para defender á su patria contra el invasor del Norte, físicamente hablando valía mucho más que algunos de los generales de gabinete que en esa época mandaban el ejército.

Para dar una idea del valor, de la fuerza y de la audacia del estudiante de Derecho, cuando apenas contaba veintidós años, vamos á reproducir el relato que él mismo hizo más tarde, de un

episodio de su juventud. La sencillez con que lo refiere es conmovedora y contrasta notablemente con lo dramático de la aventura y con la nobleza del móvil que tuvo.

«Durante mi práctica de Derecho cambió el Gobierno nacional, por la salida del país, del Presidente Don Mariano Arista, en Enero de 1853, el triunfo del plan revolucionario de Jalisco y la proclamación y regreso del General Santa Anna. El nuevo gobierno era enteramente conservador y comenzó persiguiendo á los liberales...... Esa política, mi iniciación en la carrera militar, seis años antes, durante la guerra con los Estados Unidos, y mis ideas liberales, ... me hicieron formar la resolución de hacerme hostil al gobierno de Santa Anna.»

Influyeron también para determinar su vocación, las academias de ejercicios militares que por esa época se dieron en el Instituto.

«Era yo el confidente de mi maestro (Don Marcos Pérez), en los trabajos revolucionarios que había emprendido en Oaxaca......... Se descubrió correspondencia revolucionaria que le dirigían en cifra, y con este motivo se le procesó y se le puso en una prisión muy rigurosa...... Pude darle una ojeada al proceso, y me decidí á poner en su conocimiento las declaraciones de sus compañeros. Con este objeto emprendí en compañía de mi hermano, el escalamiento del convento de Santo Domingo.

«Había en él una prisión especial para los frailes, llamada *la Torrecilla*, en donde se puso á Don Marcos Pérez. Tendría *la Torrecilla* como tres metros de largo por dos de ancho, con una puerta en un extremo y una ventana alta en uno de sus lados, de modo que desde la puerta se podía ver todo lo que pasaba en el interior. La bóveda que la cubría era muy sólida, y la ventana de *la Torrecilla*, que daba al patio de la Sacristía de la iglesia, estaba muy elevada y muy cerca del techo, con una reja de fierro incrustada en el grueso de la pared, lo cual permitía poner los pies en el umbral de la ventana.

«El escalamiento del convento se me facilitó por la agilidad que había adquirido en mis ejercicios gimnásticos y por haberlo hecho en compañía de mi hermano. Cuando teníamos que subir una altura que no excediera de tres metros, uno de nosotros se subía en el hombro del otro, y una vez arriba, echaba una cuerda al que quedaba abajo para que subiera; cuando la altura era mayor, tirábamos la cuerda sobre uno de los ángulos del edificio, para que

quedara asegurada, y uno de nosotros la sostenía mientras el otro subía, lo cual era muy difícil: después de que uno estaba arriba, sostenía la cuerda para que subiera el otro.

«Por la puerta del campo del convento subimos, á cosa de la media noche, á la barda de la huerta, que tendría como cuatro metros de altura. La primera noche bajamos á la huerta con el objeto de ver si había centinelas en ella; en seguida volvimos á subir á la barda, y andando sobre ella, llegamos á la azotea de la panadería del convento. A esa hora estaban trabajando los panaderos, y como esa gente acostumbra cantar durante su trabajo, no era fácil que nos sintieran.....

«De la azotea de la panadería subimos á la azotea de la cocina, que era el escalón más alto que teníamos que ascender. Los cocineros estaban durmiendo......... De la azotea de la cocina subimos sin dificultad, uno en hombros de otro, á la azotea principal y más elevada del convento.

«Al llegar á ésta era necesario ir con gran cautela, porque había muchos centinelas; la primera noche tuvimos que esperar antes de dar paso, hasta oír el alerta de ellos, pues no había otra manera de conocer su posición.

«Para facilitar nuestra evasión en caso de ser vistos, retiramos una cuerda que estaba amarrada al badajo de una campana, y la aseguramos de una almena que daba á la calle, con el propósito de descolgarnos por la cuerda si llegábamos á ser descubiertos y cortada nuestra retirada. Antes de bajarnos de la azotea, volvimos á poner la cuerda en donde la habíamos tomado. Llevamos prevenido un grapón de hierro para ponerlo en uno de los extremos de la cuerda y poder usarla en caso necesario por cualquier parte.

«La llegada á la azotea principal del convento, fué lo más peligroso de la operación, por los muchos centinelas que había en ella. Nuestra marcha era muy tardía, porque teníamos que permanecer acostados, vestidos con trajes grises para no hacernos muy visibles, escuchando un alerta cada quince minutos, que nos indicaba la situación de los centinelas.

«Así llegamos hasta la azotea de *la Torrecilla*. Para burlar la vigilancia de este centinela, era necesario no hacer ruido. Una vez allí, me descolgaba yo ó sostenía á mi hermano para llegar á la ventana, y estando ya en en ella y cogida la reja con las manos, descansaba el que sostenía desde arriba al que había descendido.

«Estaba cerrada la ventana, que tenía en su parte alta dos ventanillas, cada una con una cruceta en el centro. No había modo de llamar á Don Marcos. La puerta de *la Torrecilla* tenía un boquete por donde el centinela podía vigilar al preso; había doble puerta, y en el intermedio de las dos, estaban un centinela y un cabo; la segunda puerta tenía una guardia de cosa de cincuenta hombres con un capitán y un oficial, que era la guardia especial del preso.»

Es de advertirse que la guardia la daba un cuerpo de granaderos del Ejército, escogidos entre los hombres de más aventajada estatura que se reclutaban. Porfirio había observado esto, y de ello se aprovechaba en sus entrevistas con Don Marcos, porque como el boquete de la puerta de *la Torrecilla* quedaba muy bajo para los centinelas, éstos no se enteraban de lo que sucedía en el interior de la prisión, pues tenían que inclinarse mucho para mirar al través del ventanillo, y por negligencia no lo hacían sino de tarde en tarde, tanto menos, cuanto que creían imposible que hubiese alguien capaz de intentar siquiera la temeraria aventura de llegar hasta la ventana exterior de *la Torrecilla*, sólo por entablar conversación con el prisionero de Estado.

«Cuando estaba yo en la ventana y el centinela se asomaba al boquete, tenía necesidad de inclinarme, alejándome en lo posible de la ventana para no ser visto; y entonces permanecía yo suspendido de la cuerda (á vertiginosa altura sobre el atrio), y mi hermano tenía que sostenerme. Por supuesto que esto no duraba mucho tiempo, sino solamente mientras que estaba suspendido; luego volvía á coger la reja con una mano. Sin embargo, logré hablarle en tres noches á Don Marcos......»



Mas con ser tan valiosas para la lucha por la vida, cualquiera que sea el destino del hombre, la salud, la fuerza y la resistencia, Porfirio adquirió—y quien quiera que sepa imitarle, las adquirirá también—por medio de la educación física, cualidades morales aun más preciosas que aquéllas y sin las cuales no habría podido él mismo llevar á cabo las grandes empresas que le enaltecen, ni nadie podría triunfar y elevarse sobre los demás.

El perfecto equilibrio del espíritu, la generosidad, la grandeza de carácter, la lealtad, la hidalguía y la tendencia á procurar el bien de los demás, son cualidades propias y distintivas de los fuertes,



Templo y Convento de Santo Domingo en la ciudad de Oaxaca. Por la altura y el espesor de sus muros, este edificio fué fortaleza inexpugnable para los ejércitos que lo sitiaron ó se encerraron en él durante la triste era de nuestras convulsiones políticas. Sin embargo, el Gral. Díaz, siendo estudiante, lo escaló varias veces burlando la vigilancia de la guarnición, para hablar con su maestro D. Marcos Pérez, prisionero de Estado en la célebre *Torrecilla*. Tras la torre meridional, que es la del lado izquierdo del templo, y sobre la bóveda de éste, queda la famosa mazmorra, cuya elevación da idea del valor y la energía de quien llegó á ella por servir á la causa liberal.

porque estando seguros de su poder, no necesitan rebajarse para dominar, y es para ellos grato, casi necesario, proteger y amparar á los débiles. De esta manera, al hacerse fuerte por el ejercicio físico, el joven Porfirio Díaz preparó al mismo tiempo su grandeza moral. En la misma fuente bebió los principios de otras grandes virtudes que todos le reconocen: la serenidad, la castidad, la templanza, el amor al trabajo, la sencillez de sus gustos y la resistencia al sufrimiento y á las tentaciones.

Pocos ejemplos habrá tan elocuentes como el del General Díaz, para demostrar que los cuerpos sanos y fuertes, albergan espíritus nobles y poderosos.

Para los niños que comienzan á vivir en esta era de paz, y cuyo deber más sagrado es prepararse para conservar este don inestimable, el más grande de tantos que debemos al regenerador de México, claro es que la educación física no debe tener por fin desenvolver las facultades que se ejercitan en los campos de batalla; pero la vida es un perenne combate, y para vencer en las luchas sociales, son también indispensables, quizás en mayor proporción, las cualidades físicas y morales que nacen de la salud y la fuerza.

VI

EL ESTOICISMO

LAS VIRTUDES HEROICAS SON LAS QUE SE EJERCITAN A DIARIO.

Admirable y digno de glorificación es sin duda alguna, el épico heroísmo del último Emperador mexica, que sufrió impávido que le abrasaran los pies, antes que revelar el paradero de los tesoros que buscaba la codicia del conquistador. Sin embargo, aun es más bello, heroico y merecedor de respeto é imitación, el estoicismo de los hombres que en cumplimiento del deber, sufren resig-

nadamente dolores, enfermedades, privaciones y sinsabores durante meses y años, sin flaquear, sin rebelarse y sin desertar de su puesto. La circunstancia, común á esta clase de acciones, de pasar desapercibidas y quedar en la oscuridad y en el olvido, es cabalmente lo que más las sublima y avalora.

Examinando uno por uno los grandes rasgos de estoicismo que menciona la historia, invariablemente se descubre entre los móviles de ellos un fondo de cálculo que, si no los empaña, demuestra por lo menos que sus autores los consumaron en momentos de sobreexcitación é impulsados y enardecidos por el amor propio, por la cólera, por el fanatismo, por la desesperación ó por todas estas pasiones á la vez.

Pero los que se sacrifican en aras del deber día á día, en circunstancias normales y hasta vulgares, serena y tranquilamente, á sabiendas de que sus actos pasarán inadvertidos y quedarán sin premio, éstos son los verdaderos héroes de la abnegación; y si el sacrificio llegare hasta sufrir tormentos y dar la sangre y la vida, si necesario fuere, por un ideal noble y grande, tendremos el ejemplo más hermoso de estoicismo en grado sublime.

Muchos moralistas citan como modelo de estoicismo el de aquel niño espartano que se escondió en el seno, bajo el vestido, una alimaña que había capturado y con la que se proponía jugar al terminar la lección, durante la cual soportó sin dar muestras de dolor, los arañazos y los mordiscos de la fierecilla prisionera. Este ejemplo es frívolo é inmoral, bien considerado, porque ningún mérito hay en sufrir por capricho ó por buscar un placer.

En cambio, cuán bueno y cuán útil sería que los mexicanos supiésemos imitar, cuando las circunstancias de la vida lo pidiesen, el estoicismo callado y útil y por eso mismo heróico, del simple oficial Porfirio Díaz, que gravemente herido, presa de agudos dolores y en peligro de muerte, seguía batiéndose y cumpliendo su deber, como la cosa más natural y sencilla del mundo, sin exhalar una queja ni hacer mérito de su sacrificio.

Capitán de guardia nacional era Porfirio Díaz cuando, en 1857 dejó la Jefatura política del distrito oaxaqueño de Ixtlán, para marchar á la cabeza de una compañía de esa guardia y á las órdenes del Teniente Coronel Don Manuel Velasco, á batir en el Distrito de Jamiltepec, al jefe reaccionario Coronel José Mª Salado, que con un cuerpo fuerte de 900 hombres, se había alzado en armas contra el Gobierno legítimo y contra la Reforma.

El 13 de Agosto de ese año fué el encuentro de la columna de Salado contra la tropa del Gobierno, que apenas sumaba 400 hombres, en el pueblo costeño de Ixcapa. Allí pereció Salado, y allí recibió Porfirio, casi al comenzar el combate, su bautismo de sangre, hizo cincuenta años cabales el 13 de Agosto último. A quemarropa le alcanzó una bala que le atravesó el costado y se le quedó alojada en el cuerpo, en el fondo de tremenda herida; además, al caer se le hincaron las cañas resecas del rastrojo en que esta dramática escena se desarrollaba, y le causaron otras lesiones en el costado derecho, no graves, pero sí dolorosas. Todos vieron desplomarse al joven Capitán y le tuvieron por perdido; pero con gran asombro también le vieron levantarse en seguida, pálido y sangrando, y seguir batiéndose hasta triunfar.

Como primera curación, el Lic. Montiel, Mayor del cuerpo á que pertenecía Porfirio, le aplicó por todo remedio, el mismo día de la batalla, hilas secas en forma de lechinos para detener la hemorragia; la segunda curación la hizo un indio torpe é ignorante que le envenenó la herida con cierto ungüento bárbaro, compuesto de resina de ocote, huevo y grasa. Hasta ocho días después intervino un médico, el Dr. Don Esteban Calderón, quien por más esfuerzos que hizo y á pesar de varias cruentas operaciones que practicó, no pudo hallar ni extraer la bala que había producido aquella extraña y tortuosa lesión.

El regreso á Oaxaca fué lento y penosísimo. Cerca de cincuenta días después de recibido el balazo, y cuando la herida se hallaba en plena infección, fueron intentando curarla formalmente los médicos Carlíos, Ortega Reyes—futuro padre político del joven capitán—Don Pedro Ramírez y Gamboa; pero al fin hubieron de declararse vencidos, porque la bala no parecía; únicamente lograron desinfectar la herida á fuerza de cuidados y de crueles curaciones, en que dominaron los cauterios con potasa cáustica.

Debilitado, casi agotado por los sufrimientos y las pérdidas de sangre, y conservando la bala perdida en el vientre, en tal situación se hallaba cuando el Gobierno local le llamó para que ayudara á desalojar al feroz reaccionario Cobos, que se había adueñado de la ciudad de Oaxaca. En el acto acudió Porfirio al llamado, sin acordarse de sus dolores ó, más bien, sobreponiéndose á ellos; y así se batió durante el largo sitio que sostuvieron las fuerzas liberales en el convento de Santo Domingo; y así soportó privaciones tremen-

das, pues llegó el momento en que los sitiados no tuviesen ni un grano de trigo ni de maíz, ni una gota de agua; y lo que es más aún, así realizó proezas como la del ataque á una trinchera hecha con sacos de harina.

Más de veinte días de sitio habían trascurrido, y la falta de municiones de guerra y de boca comenzaba á producir sus efectos desmoralizadores, cuando el Capitán Díaz tuvo noticia de que una de las barricadas, la que el enemigo había levantado en la esquina llamada del *Cura Unda*, frente á las mismas posiciones de Porfirio, estaba formada en su mayor parte de sacos de salvado y de harina. Inmediatamente concibió la idea de apoderarse del sustancioso material de aquella trinchera, que tanta falta hacía en el recinto sitiado.

Le propuso el asalto al Gobernador Díaz Ordaz, y se convino en que el animoso Capitán saldría de su línea con 25 hombres de su compañía, y por medio de horadaciones, al través de varias casas de la manzana contigua, llegaría á las ventanas de la casa del *Cura Unda*, que daban á retaguardia de la deseada trinchera.

Por principio de dificultades, no se le dieron á Porfirio los 25 hombres de su compañía, según se había acordado, sino de fuerzas irregulares, entre ellos algunos serenos que eran policías y no soldados, y el Capitán contaba con la disciplina y la adhesión de sus subordinados inmediatos, educados conforme á los principios de orden y equidad que desde entonces profesaba y practicaba el futuro caudillo.

A pesar de todo, en la noche del 9 de Enero del 58, á eso de las diez, emprendió el movimiento comenzando por perforar con instrumentos de carpintería y agua, para no hacer el menor ruido, una serie de muros que afortunadamente eran de deleznable adobe.

Como en cada casa de las que horadaban, tenía que dejar un hombre para cubrirse la retirada, cuando llegó á la última casa, apenas le quedaban tres individuos. La esquina de esta casa, donde había una tienda, estaba en poder del enemigo, quien tenía su destacamento en la trinchera que daba frente á Santa Catarina. Al terminar la horadación final, cayó hacia fuera el cascote que la cubría, y el propio jefe de la fuerza reaccionaria sitiadora, el llamado Gral. Don José María Cobos, que á la sazón se hallaba encerrado en un excusado cercano, habiendo dejado á sus ayudantes en la tienda, oyó el ruido, vió que por la horadación entraban soldados, y consideró prudente permanecer en su escondite.



Ex-General Leonardo Márquez, uno de los caudillos más temibles de la reacción, y Lugarteniente del Imperio. Sembró el terror en las filas liberales por su ferocidad, de que fueron víctimas los jóvenes sacrificados en Tacubaya, el gran demócrata Ocampo y los ilustres Generales Degollado y Valle. El Gral. Díaz le derrotó siempre desde el primer encuentro en Jalatlaco, donde venció con 272 hombres á cerca de 4,000, con once Generales, entre ellos los Cobos y Negrete; luego en Pachuca y Real del Monte, más tarde en San Lorenzo, y, por último, en México, con cuya toma terminó militarmente la epopeya de la Intervención.

El Capitán Díaz formó á su docena de hombres en el segundo patio de la casa, y á la cabeza de ellos avanzó resueltamente al asalto; en el camino encontró á una joven y la encerró en un cuarto para que no diera la voz de alarma; dirigióse en seguida á la trastienda, cuyas ventanas daban á la espalda de los defensores de la trinchera, y á las primeras de cambio los desalojó, obligándoles á replegarse hacia el destacamento que estaba en la tienda. En la puerta de la trastienda se trabó reñido combate, que duró más de media hora. Viendo que le quedaban ya muy pocos soldados, mandó tocar diana, que era la señal convenida para pedir refuerzo; pero el Coronel Don Ignacio Mejía, jefe de la fuerza liberal, ó no oyó el toque ó lo entendió á la inversa, puesto que en vez de allegar el refuerzo necesario, ordenó que tocaran diana los destacamentos que guarnecían las torres de Santo Domingo y del Carmen, cuyas campanas se echaron á vuelo. Cruel ironía para el comprometido Capitán que á pesar de su herida, había tomado sobre sí aquella empresa por conseguir algunos víveres con que aliviar la penuria de los sitiados.

Entretanto, la situación en la trastienda iba haciéndose desesperada para Porfirio, porque como el asalto se prolongó mucho, hubo tiempo para que llegara de la plaza un refuerzo reaccionario de 20 hombres del 9º Batallón, al mando de su Teniente Coronel Don Manuel González, quien más tarde llegó á abrazar la causa nacional, en los comienzos del gran sitio de Puebla, pero que por entonces era furioso *cruzado*.

Cuando Porfirio se convenció de que le habían abandonado en la empresa, no le quedaban más que tres hombres y el corneta; entonces arrojó simultáneamente sobre los defensores de la tienda, las granadas de mano que llevaba, y aprovechando la confusión que los estallidos produjeron, se batió en retirada. Por desgracia extravió el rumbo de las horadaciones y llegó á verse ante una tapia sin salida alguna y con los enemigos á la vista; mas á pesar de lo que le entorpecía la herida, pudo saltar el obstáculo y regresar á su línea de defensa.



En la semana siguiente al malogrado asalto de la trinchera comestible, creció la desmoralización entre los sitiados y llegó á su colmo al saberse que el Gobierno oaxaqueño había decidido dejar

la capital en manos de los Cobos y retirarse á la sierra. Conocido este designio por los oficiales jóvenes, entre los cuales se contaba Porfirio, resolvieron intentar un ataque á pesar de la superior voluntad, porque no se resignaron á aceptar aquel humillante desenlace. Llegó esta resolución á oídos del Gobernador Díaz Ordaz y del Coronel Mejía; y como no estaban en condiciones de someter á los pundonorosos rebeldes, pensaron castigarlos poniéndolos á la cabeza de las columnas que diesen el asalto.

Al amanecer del 16 de Enero del mismo año, dividida en tres columnas fuertes de unos doscientos hombres cada una, la tropa liberal bajó hacia la Plaza de Armas para desalojar de sus posiciones á la respetable fuerza que mandaban los hermanos Cobos, Don José y Don Marcelino, feroces reaccionarios españoles, de triste celebridad.

La primera columna, que debía atacar por las calles hoy de *Juárez* y del *Sagrario* de la capital oaxaqueña, bajó mandada por el Teniente Coronel Don José María Batalla y por el Capitán Don Vicente Altamirano, de los cuales el primero cayó combatiendo valientemente y murió pocas horas después, y el segundo quedó herido de gravedad; sin embargo de esto, la columna llegó hasta la plaza, á las órdenes del Capitán y futuro General, Don Mariano Jiménez. La segunda columna la mandaban el Teniente Coronel Don Manuel Velasco y el asendereado Capitán Porfirio Díaz, cuya vieja herida se hallaba en tan lastimoso estado por el abandono y las penalidades del sitio, que no le permitía ceñirse la espada. La tercera columna, á cuya cabeza iban el Teniente Coronel José María Ballesteros y el Capitán Luis Mier y Terán, futuro divisionario, bajó por la calle de la *Barranca* y siguientes hacia el Sur, hoy de *Porfirio Díaz* y del *2 de Abril* hasta llegar á Palacio por la puerta frontera al templo de la Compañía, sin haber hallado en el trayecto más obstáculo que una trinchera de adobes, que no estaba artillada. El Coronel Mejía tomó para sí el mando de la reserva, que se componía de más de 400 hombres y que debía marchar en caso necesario, sobre las huellas de la segunda columna.

Esta bajó por las calles del *Carmen Alto* de la *Campana* y del *Colegio de Niñas*, todas de *La Libertad* actualmente, y llegó hasta el atrio de la Catedral, después de haber forzado la trinchera de la calle de la *Cárcel* donde había un cañón que cierto valiente sargento volteó á costa de la vida, gracias á lo cual quedó el arma en

poder de los suyos. En la esquina de la Alameda y el *Portal del Señor*, se reunió á la segunda la primera columna, que había quedado sin jefes; y en la ruda y desventajosa pelea que ambas trabaron con los reaccionarios, bajo las arcadas del portal susodicho, cayó también gravemente herido el Teniente Coronel Velasco, y asumió el mando Porfirio. En el acto organizó una nueva columna con los restos de la primera y la segunda, y marchó denodadamente sobre el Palacio, al que por fin logró penetrar por la puerta del centro, mientras Ballesteros y Terán llegaban ante las del patio occidental. El enemigo, arrollado en varias partes, fué duramente castigado en Palacio, su último refugio, hasta que lo abandonó en derrota declarada, perdiendo entre muertos y heridos muchos oficiales y tropa, y dejando en manos del vencedor, armas, dinero, municiones y muchos prisioneros, de los que más de treinta eran jefes y oficiales. El Teniente Coronel Manuel Gonzálesz salió en desórden con el 9º Batallón, por el extremo Oriente del Portal de Palacio; ostentaba en el pecho la cruz roja de los reaccionarios, y por esa señal estuvo á punto de caer en manos de los soldados que le perseguían de cerca, pues en la retirada se le cayó el sombrero, y al volverse á recogerlo, le reconocieron los perseguidores por la insignia de los jefes *cruzados* y dispararon sobre él; sin embargo, escapó ileso.

En tanto, la columna de reserva se había quedado estacionada á la altura de la Catedral, con su jefe el Coronel Mejía, quien desde allí asistió á la toma del Palacio y á la victoria definitiva del ejército que mandaba de derecho.

Lejos de consagrarse entonces el Capitán Díaz á su curación, como lo demandaba su estado delicadísimo, pues frecuentemente sufría hemorragias por la herida mal cicatrizada, que se le abría al menor esfuerzo, montó á caballo á costa de crueles dolores, é inmediatamente salió con Mejía y 600 hombres en persecución de la columna de Cobos, doble en número, á la que fué pisándole los talones por espacio de ochenta leguas, hasta que la alcanzó y derrotó en Jalapa, siete leguas al Oeste de Tehuantepec.

Tampoco entonces descansó; sin concederle ascenso ni premio alguno que le estimulara, como justa recompensa de esta serie de triunfos, el Gobierno de Oaxaca le nombró Gobernador y Comandante Militar del Departamento de Tehuantepec, para que dominara los levantamientos reaccionarios que allí había sin cesar. No se trataba, pues, de un nombramiento honorario, ni de una canon-

gía, sino de un cargo pesadísimo y erizado de peligros, fatigas y responsabilidades.

Por lo pronto, Conchado, un fanático carlista español, intruso de la misma laya de los Cobos, amenazaba Tehuantepec, al frente de numerosa partida de indios. El Capitán Díaz le presentó batalla y le derrotó en el rancho de las Jícaras, el 13 de Abril del 59, y allí ganó el grado de Comandante, que sin embargo, no llegó á confirmársele con el nombramiento oficial, sino hasta después de algunos meses.

En aquel puesto de tanto trabajo como riesgo, sufriendo el tormento de su incurable herida, y atacado por añadidura de agotante paludismo, se batió casi cada semana, durante dos años, librando combates, rechazando y dando asaltos y evitando emboscadas y asechanzas; y así fué ganando lenta y penosamente el grado de Teniente Coronel, por la acción de la Mixtequilla, en que derrotó al Teniente Coronel Espinosa, en Junio del 59, y el de Coronel por la toma de Tehuantepec, en Noviembre del mismo año.

Durante ese larguísimo lapso, el Gobierno le tuvo poco menos que olvidado á pesar de los útiles servicios que estaba prestando, por cierto sin la menor ayuda material ni moral, porque solían pasarse hasta seis meses sin comunicación de ninguna clase entre la capital del Estado y el Istmo, hoy en fácil contacto con el mundo entero.

Después de veinte meses de recibido el balazo en Ixcapa, unos cirujanos extranjeros lograron extraerle á Porfirio la bala que tanto le hacía sufrir. La oficialidad de un barco de guerra norteamericano fondeado en la Ventosa, obsequió con un banquete á bordo al Comandante Díaz y al Juez Don Juan Avendaño, como autoridades superiores del Departamento. Al calor de los brindis, los yanquis, un tanto descorteses, dejaron traslucir su opinión de que los militares mexicanos valían poco y ganaban sus grados por favoritismo. El Juez Avendaño salió á la defensa de los nuestros, y para probar su dicho, citó el ejemplo del Comandante Díaz que con tantas dificultades había obtenido sus ascensos, merced únicamente á las proezas llevadas á feliz término, sin cuidarse de su vieja herida. Interesáronse todos en el relato, particularmente el cirujano del barco, quien ofreció extraer la bala perdida en las entrañas del valeroso hijo de Oaxaca.

Al día siguiente, Avendaño correspondió el obsequio en Te-

huantepec; y durante la reunión volvió á hablarse de la herida de Porfirio, decidiéndose llevar á efecto la arriesgada y cruenta operación, que esta vez tuvo éxito feliz, pues el cirujano de marina y sus ayudantes hallaron la famosa bala y la extrajeron por una incisión practicada en la región lumbar derecha del operado, quien tan pronto como se vió libre de tan molesta huéspeda, por un rasgo delicado de amor filial, la envió á la señora viuda de Díaz.

El mismo día de la operación recibió Porfirio orden del Gobierno Federal, de encargarse inmediatamente en Minatitlán y conducir á salvo, á través del istmo, infestado de fuertes gavillas reaccionarias, un convoy de armamento y municiones que hacían urgentísima falta en el centro del país, á donde debían llegar saliendo y volviendo á entrar por un puerto del litoral del Pacífico.

Para que se pueda juzgar de la importancia de este servicio, diremos que se trataba de 8,000 fusiles, algunas carabinas y sables, gran cantidad de municiones labradas, 2,000 cuñetes de pólvora y muchos quintales de plomo, siniestras mercancías que entonces dominaban en el comercio nacional y que Don Matías Romero había conseguido dificultosamente en los Estados Unidos.

Al saber el Gobierno reaccionario esa noticia, destacó de Orizaba, Córdoba y Oaxaca, varias fuerzas que interceptaran el paso del convoy; y el Gobierno legítimo, creyendo imposible salvarlo, ordenó al Comandante Díaz que lo quemara antes que dejarlo en manos del enemigo.

Esclavo del deber, sin vacilar un momento y sin tener en cuenta su peligroso estado, el día siguiente al de la extracción de la bala, se levantó Porfirio de la cama, montó á caballo y partió á Minatitlán. Al llegar al río de la Puerta no encontró más que una débil canoa, y en ella se embarcó acompañado del Teniente Coronel Gallegos y de dos asistentes; como ninguno de ellos sabía remar, corrieron inmenso riesgo de ser estrellados por lo impetuoso de la corriente en los rápidos del río; bregando duramente llegaron á Minatitlán con las manos destrozadas, cuando la fuerza reaccionaria se hallaba ya sólo á ocho leguas de distancia.

No había un instante que perder, y en el acto se emprendió el trasborde del cargamento al vapor «Súchil» que prestó la compañía Luisiana de Tehuantepec. Toda la noche y parte del día siguiente se emplearon en esa faena, por estar el cargamento dividido en dos barcos, á causa de que el Capitán del vapor en que ve-

nían las armas, no quiso admitir explosivos, y éstos se cargaron en un pailebot.

Sin tardanza emprendió el activo Comandante la marcha, á cortas jornadas, por caminos penosísimos, bajo la inclemencia del clima tropical en plena primavera y sosteniendo continuos tiroteos con el enemigo, que venía muy cerca; todo esto sin contar con la herida en curación.

No por haber llegado á Tehuantepec quedó en seguridad el convoy, pues Cobos, que se había adueñado nuevamente de Oaxaca, después de haber derrotado completa y lastimosamente á Don Ignacio Mejía en Teotitlán, envió contra Díaz, quien dos veces le había vencido, una fuerte columna á las órdenes del Gral. Alarcón, al que se unieron en el camino numerosas gavillas reaccionarias.

A diez leguas de Tehuantepec acampaban ya Alarcón y sus tropas, cuando Porfirio, que se había fortificado provisionalmente en el barrio de San Blas, en espera de refuerzos é imposibilitado para moverse á causa del armamento, consiguió cerca de 200 carretas, en las que pudo conducir sin contratiempo el convoy hasta Juchitán, primero, y á la Ventosa después. Para despistar al enemigo no quiso seguir el ordinario camino, sino que abrió otro á través de lo más agreste del monte, y por allí cruzó, cuidando de cerrar el paso tras de sí con los mismos árboles talados, para imposibilitar toda persecución.

En la Ventosa recibió el convoy Don José Romero, hermano de Don Matías, trasladándolo por mar á manos del Gral. Don Juan Alvarez, que lo esperaba en Zihuatanejo.

Ninguna recompensa especial mereció esta heroica hazaña, en que Porfirio corrió uno de los riesgos mayores entre los incontables en que le han puesto su amor á la patria y su abnegación sin límites.

———

VII

PERSEVERANCIA

«NO DEBEMOS HACER SIEMPRE LO MISMO, SINO DIRIGIRNOS SIEMPRE AL MISMO OBJETO.»

Al pie de las tristemente célebres cumbres de Acultzingo, donde el Ejército Republicano combatió por primera vez con el de Napoleón III, con tanto valor como mala fortuna; en un paraje que se llama el Puente Colorado, allí encontraron los invasores extranjeros cerrándoles el paso, también por vez primera, á Porfirio Díaz, que había ganado ya la banda de General de Brigada derrotando y poniendo en fuga al asesino Márquez en Jalatlaco.

Fué esta victoria una hazaña admirable de audacia, de valor y de genio militar; en los primeros momentos nadie quería darle crédito, y aun se dijo que Porfirio, como el ilustre Degollado y como Valle, había sido vencido y fusilado por Márquez, quien por aquellos días se jactaba de que acabaría con todos los «liberales jóvenes de talento y de valor»; y desgraciadamente parecía en camino de cumplir su siniestra promesa. Mas hubo al fin quien le cortara las alas para siempre.

Envalentonado el asesino de Ocampo con la fácil derrota de aquellos dos valientes liberales á quienes había perdido su arrojo, se atrevió á llegar en son de amenaza hasta las goteras de la capital, donde produjo gran alarma; mas no pasó de la Ribera de San Cosme detenido y ahuyentado, tras breve escaramuza, por la Brigada de Oaxaca que se hallaba acuartelada en San Fernando. El Coronel Porfirio Díaz, que en esos momentos estaba en la Cámara de Diputados, pidió permiso para acudir inmediatamente en defensa de la ciudad; pero cuando llegó al sitio del combate, Márquez iba ya en retirada.

El mismo día de la frustrada intentona, 25 de Mayo de 61, re-

cibió Porfirio orden del Ministerio de la Guerra, para tomar el mando de la Brigada de Oaxaca, por violenta enfermedad del Gral. Mejía que la mandaba, y de ponerse á las órdenes del Gral. González Ortega, quien con su división salía á fin de perseguir á Márquez por la región Sur del territorio. Estando en Toluca se supo que la columna reaccionaria pasaba por Santiago Tianguistengo, en dirección á la montaña. González Ortega dispuso que Porfirio Díaz se incorporara con su fuerza, que era de 242 hombres, por todos, á la caballería del Gral. Antonio Carbajal, á cuyas órdenes debería ponerse, para estorbar la marcha del reaccionario Márquez, mientras podía darle alcance á éste la división.

Salieron de Toluca las fuerzas unidas de Carbajal y Díaz, á las tres de la tarde del doce de Agosto, y al obscurecer llegaron á la hacienda de Atenco, donde batieron la retaguardia enemiga, compuesta de 200 dragones, que se retiraron sin gran resistencia. En Tianguistengo se supo que Márquez pernoctaba en Jalatlaco, dejando tras de sí en observación una fuerza de caballería de más de quinientos hombres.

El Gral. Carbajal, muy conocedor del terreno, ordenó que siguieran una vereda que les permitiría llegar por sorpresa á Jalatlaco.

Como el Coronel Díaz no conocía el camino, marchó á la retaguardia hasta la proximidad del punto de ataque; pero al llegar á tiro de fusil de la plaza, el Gral. Carbajal tendió su caballería á lo largo de la vereda, y mostrándole á Porfirio desde una eminencia, las fogatas del enemigo, dispuso que bajara á tirotearlo mientras llegaba la división.

Cuando comenzó el ataque, la infantería de Márquez se hallaba acampada al calor del fuego en el templo y en el atrio; la caballería estaba acuartelada en torno del pueblo, circunstancia que hizo extraordinariamente difícil y riesgoso el ataque, porque para asaltar el templo, tuvo Porfirio que colocarse entre dos fuerzas enemigas y combatir entre dos fuegos. Tan ruda fué la pelea, que el Gral. Carbajal consideró perdido al temerario asaltante que con doscientos cuarenta y dos hombres se atrevió á medirse con un ejército muy superior, con once generales y muchos y temibles jefes de la flor y nata de la reacción, entre ellos José María Cobos, Negrete, Márquez, etc.

Era, pues, verisímil la noticia de la derrota de Porfirio, y en vista de ello determinó el Gral. González Ortega hacer alto cerca



Entrada triunfal del General Díaz á la plaza de Puebla, en la gloriosa alborada del 2 de Abril de 1867.

A la derecha, en segundo término y marcada con una cruz blanca, se destaca la figura del General Díaz, montado en brioso caballo, á la cabeza de su Estado Mayor, contestando las aclamaciones del pueblo.

(Copia del cuadro del pintor mexicano F. Mendoza, que existe en la antecámara del Salón del Consejo de Ministros, en el Castillo de Chapultepec.)

del pueblo, desde donde en espera de que amaneciese, abrió sobre la plaza los fuegos de una batería.

Como la victoria estaba ya casi consumada en esos momentos, el Coronel Díaz tuvo que enviar violentamente á un ordenanza para suplicarle al General en Jefe que suspendiera sus fuegos, porque estaban haciendo más daño á los asaltantes que al enemigo; al mismo tiempo le pedía municiones para reponer su dotación, que casi se había agotado.

Antes de recibir el repuesto, sorprendió Porfirio á un grupo de oficiales que huía, y por ellos supo que Márquez se escapaba en en esos momentos con gran parte de su columna, rumbo á la montaña. Sin perder un instante y á pesar de la escasez de parque, cerró sobre los fugitivos, logrando cortar la columna y rechazar hacia el atrio á más de setecientos infantes, con toda la artillería y los bagajes.

Este movimiento decidió la jornada y la convirtió en espléndida victoria.

El Coronel Díaz fue en seguida á dar parte al General en Jefe, que se hallaba acampado con sus tropas en las goteras del pueblo. González Ortega no quería creer que todo hubiese terminado; pero al convencerse de que el heroico jefe oaxaqueño había tomado la plaza y se había adueñado con tan poca fuerza, de diez cañones y de todo el bagaje, que había puesto en fuga al ejército de Márquez y que le había hecho más de setecientos prisioneros, entre ellos, dieciocho jefes y oficiales, González Ortega pidió al Gobierno el ascenso de General de Brigada para el vencedor; y en carta que escribió al Presidente Juárez, le declaró que se avergonzaría de portar la «banda verde,» si no se le concedía al Coronel Díaz en recompensa del triunfo obtenido en la memorable acción de Jalatlaco. Después, cuando se le confirió el grado á Porfirio, González Ortega le felicitó solemnemente ante su tropa, por el bien ganado ascenso.

Después de las derrotas de Márquez en Jalatlaco, en Pachuca y en Real del Monte, que pueden considerarse como los últimos combates notables del período civil ó intestino de las guerras de Reforma, se le había dado orden al General Díaz para que persiguiese al sanguinario cabecilla que, en su fuga, cometía depredaciones por Matamoros Izúcar. La ruptura de los tratados de la Soledad y la felonía de los franceses que invadían el país aprovechándose y abusando de nuestra generosidad y buena fe, motivaron que se diera contraorden y que se mandara al flamante General á incorporarse

á los defensores del desfiladero de Acultzingo. Tan apremiante era la defensa de ese punto, que el General Díaz no tuvo tiempo de llegar á las cumbres ni de tomar parte en el desigual combate; pero sí pudo hacerse fuerte en el Puente Colorado; y allí, ora contrarrestando el empuje de la vanguardia de los invasores, ora deteniendo y reorganizando á los vencidos é impidiendo que el desorden de la retirada se convirtiese en fuga y en pánico, es fama que así logró no sólo retardar la marcha de la invasión, sino que gracias á ese punto de respiro se rehizo la moral de nuestras tropas y se pudo preparar la desesperada resistencia que había de convertirse en la gloriosa victoria del 5 de Mayo.

La defensa del Puente Colorado fue, pues, la primera proeza del General Díaz en la epopeya de la Intervención, y tuvo poderosa influencia sobre los acontecimientos posteriores, que modificó favorablemente á la causa de la patria.



Es ley histórica que los grandes acontecimientos sirvan para que se revelen y cumplan su alta misión los grandes caracteres. Así, cuando la patria ultrajada llamó en defensa de su honor y de su independencia á sus hijos, el carácter de Porfirio Díaz, hasta entonces casi en estado latente, se manifestó en toda su inmensa fuerza, y florecieron en grado heróico sus altas cualidades. Por esto preferimos esta época de su vida para presentar como ejemplo aquellas de sus virtudes que en tan solemne ocasión de nuestra historia tuvieron más amplio campo para ejercitarse y fueron más noble y más meritoriamente empleadas; la preferimos también porque en las acciones del General Díaz durante esa larga y durísima campaña, ni el espíritu más suspicaz y escéptico puede poner una sombra de ambición ó de interés.

La perseverancia fue una de las virtudes de que el General Díaz dió ejemplo sobrehumano en la guerra de Intervención; pero en la perseverancia de este grande hombre no se sabe qué admirar más, si la incansable constancia en la defensa de la nacionalidad amenazada, ó la sabia y prudentísima flexibilidad con que sin cambiar ni por un instante de ideal ni de propósitos y sin que su fe vacilara ni en los trances más duros y desconsoladores, variaba sin cesar de medios, buscando los más adecuados y eficaces conforme á las circunstancias. Importa mucho mostrar cuán heróicos esfuerzos de

perseverancia le costó dar con esos medios, gracias á los cuales consiguió conducir de victoria en victoria al tercer Ejército de Oriente, su creación, desde las montañas surianas, al través de Miahuatlán, Oaxaca, la Carbonera, Puebla y San Lorenzo, hasta entregar el sagrado pabellón de la República, radiante de gloria y limpio de toda mancha, en manos del Presidente Juárez, para que lo plantase de nuevo en el Palacio Nacional de México.



La esplendorosa gloria militar y la considerable trascendencia política de la victoria del 5 de Mayo, pudieron deslumbrar y alucinar á los que no conocían á fondo la profunda desorganización del Ejército en aquella época, y la carencia casi absoluta de recursos para la defensa nacional. Mas los jefes republicanos sí sabían á qué atenerse; y este conocimiento de la debilidad de la patria para rechazar la invasión, á la vez que explica las traiciones de tantos mexicanos, enaltece hasta el heroismo la constancia de los que permanecieron fieles á su deber; y enaltece particularmente la perseverancia del General Díaz, quien debiera haber tenido menos confianza en el porvenir y menos fe en su causa que ningún otro, porque su reconocida perspicacia, su hábito de vivir en íntimo contacto con el soldado y, sobre todas estas cosas, su genio militar y su profundísimo sentido práctico, le permitían percibir y apreciar claramente las faltas y las sobras, las debilidades y los errores de aquel gobierno y de aquel ejército á quienes se había confiado la reivindicación de nuestros derechos.

Veamos cómo pensaba el infortunado General Zaragoza, en vísperas del 5 de Mayo, al dirigirse á los generales que fueron á darle el parte diario el 3 del mismo mes por la noche, en que se decidió presentar la batalla, hoy de inmortal renombre:

«..... Manifestó [Zaragoza] que la resistencia presentada hasta entonces, debía reputarse insignificante, por más que el Gobierno había hecho esfuerzos por acopiar elementos en sus difíciles circunstancias, cuando el país estaba herido y desangrado por la guerra intestina;...... que de todos modos, era vergonzoso que un pequeñísimo cuerpo de tropas extranjeras, que para la nación podría tener la importancia de una patrulla, llegara á la capital de la República sin encontrar la resistencia que correspondía á un pueblo que pasaba de ocho millones de pobladores; que en consecuen-

cia, excitaba á los presentes para que se comprometiesen á combatir hasta el sacrificio, á fin de que si no llegaban á obtener una victoria, *cosa muy difícil, aspiración poco lógica, supuesta nuestra desventaja en armamento y casi en todo género de condiciones militares*, salvo en valor y arrojo, á lo menos perdiéramos dignamente, después de luchar con todo nuestro esfuerzo, dando así tiempo para preparar la defensa del país......»

Libróse la tremenda batalla; y á pesar de ser «cosa muy difícil» y «poco lógica», se alcanzó la victoria.

Poro este triunfo, entre otras consecuencias inevitables, tuvo la de enardecer al invasor y atraer con fuerza irresistible sobre los vencedores, el empuje de todo el ejército expedicionario.

Si como lo pensaban todos, se hubiese aprovechado este momento oportuno para organizar la defensa del país, quizás se habría detenido la marcha de la invasión; mas la muerte extemporánea del General Zaragoza, nos privó de uno de los pocos mexicanos capaces de realizar la hazaña sobrehumana de sacar de la nada un ejército disciplinado y fuerte en lo posible; y al que más tarde había de llevar á cabo el prodigio, aun no le atendían sus inmediatos superiores. ¿No le habrían comprendido todavía? ¿Sentirían celos prematuros, presintiendo el gran valer del vencedor de Márquez? Lo cierto es que el General Díaz tropezó con el desdén y hasta con la amenaza en sus primeros pasos de estratégico y de caudillo.

Cuando resuelto á morir ó salir con honor de la batalla, y obligado por el buen orden de la retirada de la columna francesa con que combatió el 5 de Mayo, tuvo que perseguirla hasta la hacienda de Rementería, so pena de que esa columna cayese de nuevo sobre nuestro ejército y frustrase quizás la victoria, fue amenazado con que se le consignaría á un consejo de guerra si no suspendía la persecución. Alejado el peligro y explicada la aparente desobediencia, el General Zaragoza aprobó lo hecho.

Más tarde, al estar estableciendo el cerco de Puebla el General Forey, hubo un momento en que por la disposición especial de las tropas francesas en torno de la ciudad, el genio estratégico del General Díaz concibió y propuso un plan de ataque audacísimo, cuya oportunidad sólo duró contadas horas y que, en opinión de peritos, habría dividido el ejército francés en columnas sueltas, desligadas de su base de operaciones, sin elementos de resistencia y cu-

va derrota en detalle, habría sido por estas razones, relativamente fácil y segura.

El General Díaz con algunos jefes republicanos, entre otros Berriozábal, Lamadrid, Llave, Antillón, etc., presenciaban desde el cerro de Guadalupe, éminencia cercana á la ciudad de Puebla, las operaciones de circunvalación que ejecutaba el ejército invasor; y conociendo perfectamente el terreno y apreciando el efectivo del enemigo, que no podía pasar de treinta y cinco mil hombres, percibió la posibilidad de batirlos en detalle, aprovechando el momento en que como consecuencia forzosa de los movimientos emprendidos para establecer el cerco, el cuerpo expedicionario estaba dividido en tres columnas aisladas entre sí y no mayores de doce mil hombres, á las cuales hubiera podido atacar una por una el ejército republicano, muy superior á ellas, sin que les hubiera sido posible auxiliarse por la distancia á que se encontraban; y es evidente que aun cuando no las hubiese derrotado, sí les habría causado tan fuertes quebrantos, que quizá habrían imposibilitado el sitio y modificado completamente la faz de la campaña. Pues fue desechado este plan, y el invasor pudo cerrar tranquilamente el cerco.

Desde entonces se previó el desenlace de éste, políticamente funesto para la causa, aunque haya sido y sea militarmente, uno de los sitios más notables de que habla la historia, más que el famosísimo de Zaragoza, que se creía sin par.

En otro capítulo referimos alguna de las proezas que llevó á cabo en este sitio el Gral. Díaz, y por esto aquí solamente consignaremos que á pesar de no estar conforme con el desenlace sin precedente que le dió González Ortega, de destruir el armamento y disolver el ejército, rasgo que estuvo á punto de costar la vida á los jefes sitiados, el héroe de San Marcos, esclavo de la disciplina, reventó sus cañones, mandó destrozar los fusiles y licenció, emplazándolos para más tarde, á sus adictos batallones oaxaqueños; y si desobedeció en un punto la orden y no quemó sino que enterró las banderas, fue porque estaba cierto de que tornaría vencedor á hacerlas resurgir gloriosas y sin mancha del sepulcro.

¿No eran estas contrariedades íntimas y estas decepciones amargas, causas bastantes y más poderosas que la derrota, para inducir á la defección á cualquier alma, por bien templada que fuese?

Pues al General Díaz, cuando le ofrecieron la libertad á cambio del honor, es decir, con la condición de que no seguiría defendien-

do á la patria, contestó que no firmaba el documento que se les había remitido á los prisioneros del cuartel general francés, porque las leyes de su país le prohibían contraer compromiso alguno que menoscabara la dignidad y el honor militares, y porque se lo prohibían también sus convicciones.

Lo admirable de esta perseverancia es que no se limitó á frases arrogantes, sino que se manifestó en actos positivos y fecundos, más aún, decisivos para la liberación de la patria y de acuerdo con el deber.

***

Encerrado con otros jefes como prisionero de guerra y con centinelas de vista, en una casa de la calle de la Victoria, en la ciudad recién tomada, al saber que se le iba á llevar al extranjero, con valor, resolución y serenidad sin imitadores entre los demás prisioneros, se quitó el uniforme, se cubrió con el sombrero y el sarape de un visitante, y salió de la casa sin apresurar siquiera el paso, saludando al capitán francés Galland que mandaba la guardia, le conocía y estaba de pie en la puerta. De este saludo dependía el éxito de la evasión, porque el centinela acostumbraba á dejar pasar á los que saludaban al capitán, cosa de que el observador prisionero se había dado oportuna cuenta.

Apenas había salido cuando el susodicho capitán reflexionó que la fisonomía del que le había saludado le era conocida; recapacitó, recordó á quién pertenecía, buscó entre los presos, y así supo, algo tarde, que acababa de escapársele uno de los más peligrosos.



Sin perder momento se dirigió el General Díaz á México, á ponerse á las órdenes del Presidente Juárez, quien le propuso que se encargase del Ministerio de la Guerra ó del mando de algún cuerpo de ejército. El agraciado rehusó lo primero, y merece comentario aparte esta negativa, porque fue un rasgo notabilísimo de acendrado patriotismo, de sincera modestia y de rara abnegación. Terminantemente declaró que no se creía digno de ocupar ese elevado cargo, ni quería que se lastimase con su nombramiento á otros jefes más antiguos, que naturalmente, se creerían postergados; además, hizo notar que los jefes conservadores que acababan de ponerse al servicio de la República, podrían disgustarse y comprometer la situación. El hecho de haber aceptado un puesto secundario,

fatigoso y peligrosísimo, y de haber emprendido y logrado como simple jefe la reorganización, mejor dicho, la creación de un ejército, que era cabalmente la obra hercúlea que se esperaba realizara como ministro, demuestra su noble afán de defender sin descanso y efectivamente, con las armas en la mano, á la patria ultrajada, sin perjuicio de servirla también políticamente dotándola de lo que siempre le había faltado para poner fin á sus desdichas: un ejército leal, disciplinado y fuerte. De manera que cuando el Presidente Juárez le pedía solamente su inteligencia, el General Díaz dió además su sangre, y para ello eligió el sitio más peligroso en el campo de la lucha y rehusó el que se le ofrecía, brillante y exento de peligro.

Aquí comienza la epopeya militar del General Díaz, entregado ya á sí mismo y libre de trabas su genio. Sin embargo, todo induce á creer que hasta ese momento aun no se había perfeccionado su concepto de las causas reales de la tremenda crisis en que amenazaba hundirse nuestra nacionalidad, ni había concebido las ideas fundamentales del plan regenerador que más tarde debería comenzar á poner en ejecución y mediante el cual habría de lograr, por un esfuerzo de energía y de perseverancia de que no hay otro ejemplo en la historia, engrandecer y hacer feliz y respetada á la patria mexicana.

Mas para que su criterio se formara y la verdad apareciera evidente á su perspicacia genial, fue sin duda necesaria la cadena de desengaños que sufrió, y fue indispensable que acopiara la suma de observaciones directas y de rudas experiencias que hizo desde que, á raíz de su fuga de Puebla, se encargó del mando de un cuerpo de ejército, todavía como subalterno del inepto General Garza, hasta que ascendido ya á divisionario, pero entristecido por la amargura de las causas que le obligaron á rendirse en Oaxaca, volvió á Puebla nuevamente prisionero.

¿Qué voluntad habría prerseverado en la empresa y cuál fe se habría conservado viva y ardiente después de aquella expedición, primero á las órdenes de Garza, luego como Jefe del Ejército del Centro, ejército poco menos que imaginario y en el que cada día, éste se desbanda, aquel deserta, el otro traiciona y el de más allá cae muerto de miseria? ¿Quién no habría cedido á proposiciones tan tentadoras como las que sin cesar recibía el General Díaz del invasor, por medio de Uraga, de Dublán y de otros muchos terceros,

cuando para desecharlas sólo tenía en compensación las chicanas federalistas de Esperón y de Cajiga, que no querían que Oaxaca resistiese á la invasión, y los manejos traidores de sus más queridos oficiales, que le redujeron á rendirse con honor, antes de ser entregado por algún judas? Y todo esto como fruto de una marcha homérica, á través de las sierras de Michoacán y Guerrero, y como resultado de haber hecho prodigios de actividad y de industria para armar y equipar el segundo Ejército de Oriente que se fortificó en Oaxaca?

De tantas decepciones y de tamañas dificultades, el Gral. Díaz sacó lecciones preciosísimas y el propósito de recomenzar con más vigor, pero por otro camino. He aquí lo verdaderamente admirable y ejemplar de la perseverancia de este hombre: dirigirse siempre al mismo fin propuesto, sin vacilaciones ni desmayos, pero buscando los mejores medios y aprovechando las lecciones de la experiencia.

Así, cuando el General Díaz, sin enarbolar bandera de tregua, sin pedir armisticio, sin garantía ni formalidad alguna, se dirigió bajo el fuego contrario, acompañado solamente de los Coroneles Angulo y Echegaray, de su Estado Mayor, á rendirse al General Bazaine, que tenía su cuartel en la hacienda de Montoya, cerca de la plaza sitiada de Oaxaca; y cuando el jefe francés le dijo que celebraba que «volviera de su extravío» y que renunciase á «hacer armas contra su soberano», lo primero que hizo el rendido, con riesgo inminente de que le fusilaran allí mismo, pues no tenía que esperar consideración alguna, fue responder con su habitual valor civil, que «nunca había tenido ni tenía más soberano que el pueblo mexicano»; que «no se adhería al imperio, ni le reconocía; que le era tan hostil como lo había sido mientras estuvo al pie de los cañones; pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril, porque no tenía hombres ni armas.» Con su habitual prudencia, el General Díaz quiso ir acompañado, no por temor, sino para que hubiese testigos de su entrevista con Bazaine, y nadie pudiese sospechar siquiera de su lealtad.

Furioso Bazaine, más que por la firmeza de la respuesta, por el desaire que envolvía, le reprochó duramente que hubiese violado la promesa que supuso había hecho en Puebla, de no volver á tomar las armas; pero el General Díaz replicó que no había hecho tal promesa ni la haría jamás.



Gral. Jesús González Ortega. Mandaba en jefe al Cuerpo de Ejército de que formaba parte la brigada de Oaxaca, á cuya cabeza iba el Coronel Porfirio Díaz, en persecución del sanguinario ex-General Márquez. Cuando González Ortega supo en qué circunstancias había vencido Díaz en Jalatlaco, le escribió al Presidente Juárez:

"Me avergonzaría yo de seguir usando la banda verde, si no se le concediera al Coronel Porfirio Díaz, después de su brillante triunfo en Jalatlaco."

En el acto le ordenó Bazaine á su secretario Napoleón Boyer, que buscase en el libro donde creía que estuviese asentada la protesta del General Díaz. Obedeció Boyer; pero al avanzar en la lectura, fue bajando la voz y acabó por leer para sí. Comprendió Bazaine lo que esto significaba, y al punto cambió de actitud, avergonzado por su violencia, y se mostró deferente y cortés con el prisionero. Tan poderosa es la influencia y tan grande el respeto que ejercen é inspiran los caracteres nobles, honrados y firmes.

Sin embargo, aun tuvo que sufrir vejaciones y pasar amargos trances el General Díaz, antes de verse de nuevo encerrado en las prisiones militares de Puebla: primero en Loreto, luego en Santa Catarina y, por último, en el Convento de la Compañía. Durísimo fue el trance de pasar vencido y desarmado, ante multitudes hostiles; más duro aún, volver prisionero al lugar mismo de donde se fugara lleno de esperanzas. Pero ¿acaso entibiaron su fe ó cansaron su constancia estos reveses? Al contrario, todo eso y los siete meses de prisión siguientes, sólo sirvieron para darle nuevas energías y lo que valió más, ideas nuevas que debería utilízar en la realización definitiva y completa de sus firmes propósitos, pues seguramente que las meditaciones profundas y serenas á que ese espíritu privilegiado debió entregarse durante su segundo cautiverio, fueron el origen de la serie de triunfos y aciertos posteriores, de que hoy cosechamos los ópimos frutos.

Mas á fin de cerrar dignamente este capítulo, debemos dejarle al héroe la palabra para que narre un hecho admirable en que la perseverancia, el valor, la audacia, la serenidad, la prudencia y hasta la hidalguía, se pusieron en juego: su segunda y última evasión del cautiverio. Unicamente el que llevó á cabo esta hazaña romancesca, que se ha creído fabulosa por lo osada, tiene derecho á referirla y puede hacerlo como debe.

«En Puebla fuimos entregados á fuerzas austriacas y nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo á los generales, coroneles y tenientes coroneles en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales...... Estando en dicho fuerte de Loreto, nos volvieron á amonestar, como había sucedido cuando la rendición de Puebla, para que protestáramos no volver á tomar las armas contra la intervención y el Imperio, y protestaron todos, menos el General Santiago Tapia, el Coronel Castellanos Sánchez, el Capitán de artillería Ramón Reguera y yo...... Para conseguir las

protestas, llegó á amagarse á alguno ó á algunos, entre ellos al teniente Coronel oaxaqueño Don José G. Carbó, con fusilarlos á media noche...... Después nos pasaron al convento de Santa Catarina.

«Pusieron en mi celda á Benítez y á Ballesteros; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos, y solicitaron del preboste que les diera otra habitación; se la concedieron, y entonces comencé á preparar mi evasión, para lo cual me dediqué á hacer una mina en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

«Estaba situada mi celda en el piso alto del edificio, sobre una capilla que había habitado una monja que pasaba por milagrosa, y en la cual capilla podía verse un pozo cuya agua tenía, según la tradición, virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que sacaba de mi obra. Cuando la labor llegó abajo del cimiento macizo, seguí haciendo una galería horizontal hacia á la calle, que estaba pared de por medio.

«A los cinco meses de estar en Santa Catarina, nos trasladaron súbitamente al convento de la Compañía, por lo cual no pude continuar mi obra de evasión.»

¡Cómo contrasta la serena concisión de esta frase, con lo doloroso y desesperante del hecho que refiere! Cinco meses de afanes, de angustias y de penosísimo trabajo empleado en hacer la horadación, todo perdido, aniquilado por una orden de cualquier tiranuelo militar de la guarnición austriaca. ¿No era esto para desesperar, no era para abandonar la empresa y confesarse en altas lamentaciones, vencido por la suerte? El General Díaz ni aun se quejó; solamente los débiles se duelen y retroceden ante las adversidades, y dejan las cosas á medio hacer. Los fuertes, los sanos de alma y cuerpo, los buenos, como acabamos de verlo, se limitan á referir el mayor contratiempo como un incidente sin alcance, y continúan su obra porque jamás les faltan recursos para ello y hasta suelen sobrarles energía y serenidad para hacer gallardías, para desafiar al enemigo y para mostrarse caballerescos y superiores á todos los hombres y en todas las situaciones.

Habla el héroe:

«Había quedado en el mando de la plaza el Barón Juan Schizmandia: el jefe nato era el Conde de Thum, que había salido á campaña por la sierra de Puebla. El teniente Schizmandia me permitía ir al baño acompañado de un sargento austriaco, que me se-

guía como sombra á todas partes, y molestándome esto, no volví á pedir permiso. Entonces me ofreció que me acompañaría él personalmente. Lo hizo así; pero usó de muchas precauciones, como ocupar un sofá frente al cuarto donde me bañaba, y prohibir que fueran ocupados los cuartos contiguos...... Exceptuando esta vigilancia, me trataba con mucha cortesía, y después del baño, una vez me llevó á almorzar á su casa, luego me invitó á ir á los toros y me condujo hasta en la tarde á mi prisión. No volví á aceptar invitaciones de esta especie, por no exponerme á que se creyera que estaba próximo á aceptar el Imperio. Después me dejó que anduviese en libertad por la ciudad, esperando de mi honorabilidad que no lo comprometiese con mi fuga.

«Estas consideraciones para conmigo costaron caro al teniente Schizmandia, pues cuando volvió de su expedición el Conde de Thum, le hizo fuerte extrañamiento y lo puso en arresto porque había relajado mi prisión.........

«El Conde de Thum ordenó la clausura de las ventanas de nuestras celdas, no obstante que tenían fuertes rejas de hierro, clavándolas y reforzándolas por dentro con maderos, de modo que estábamos obligados á usar luz artificial aun en en el día...... Aumentó también el servicio de centinelas de día y de noche, disponiendo que éstos entraran á toda hora en las celdas á hacer su vigilancia ó se estacionaran en ellas á su arbitrio. Sobre mí descargó especialmente el General Thum sus iras, y esto me hizo resolverme á abreviar la realización de una evasión que preparé para el 15 de Septiembre; pero coincidiendo la fecha con el aniversario de la Independencia, no pude realizar mi propósito porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla en virtud de la festividad cívica que se celebraba, y la aplacé para el día 20.»

Es de advertirse que si el Conde de Thum «descargó especialmente sus iras» sobre el General Díaz, fue porque en la primera entrevista que aquél tuvo con el temible prisionero, le pidió una vez más que firmara la eterna protesta de no combatir contra la invasión; el General Díaz tornó á negarse cortesmente, pero con la firmeza en él característica. Después, pasados algunos meses, pretendió el Conde que, por lo menos, le ordenara al general republicano Juan Francisco Lucas, que no fusilara á los «aliados»—traidores mexicanos—que hiciese prisioneros. Contestó el General Díaz que en razón de su cautiverio, no tenía mando, ni el General Lucas es-

taba á sus órdenes. Mas como el Conde de Thum sabía que el ilustre jefe republicano era obedecido desde la prisión, lo mismo que libre, puesto que desde allí había firmado el despacho de General para Don Luis Pérez Figueroa, se enfureció con la negativa y prorrumpió en amenazas de vejaciones, que cumplió puntualmente. La contestación digna y serena del General Díaz, fue que las amenazas sólo sirven para intimidar á los pusilánimes, y que el señor Conde estaba en su derecho para extremar la vigilancia, como él á su vez lo estaba para procurar evadirse.

He aquí un admirable rasgo de hidalguía, digna de los tiempos caballerescos. Teniendo la ciudad por cárcel y la libertad al alcance de la mano, con sólo montar el caballo que durante todo ese tiempo le tuvieron preparado día y noche sus fieles, no se evadió por no comprometer al generoso teniente austriaco que se había confiado á su honor; mas tan pronto como un soldadón insolente y crecido por la superioridad material de que por el momento gozaba, le oprime, le encierra y pretende humillarle y atemorizarle, el alma de acero del vencido reacciona y lleva á cabo una de las hazañas que relatadas en un capítulo de novela, parecerían inverisímiles.

Tratábase de salir sin ayuda humana, de un antiguo convento de muros altísimos, donde se le vigilaba como queda dicho y sin contar con más elementos que una daga y una reata que, por temor de que se la quitasen, llevaba á toda hora consigo, arrollada en el cuerpo, sobre la ropa interior, á pesar de lo que le atormentaba. La reata le fué introducida al baño, oculta entre la ropa limpia. Esta empresa dejó sin duda muy por debajo y completamente opacada la del escalamiento de Santo Domingo, en que le ayudó su hermano Félix, quien por entonces se hallaba harto lejos, en tierra extranjera, trabajando á su vez por la patria.

Dejemos al héroe nuevamente la palabra, para que refiera cómo realizó su proeza:

«En la tarde del día veinte (Septiembre de 1865), había yo añadido y envuelto en forma de esfera, tres reatas que me proponía emplear en mi evasión, dejando otra en reserva y una daga perfectamente aguzada y afilada.........

«El Teniente Coronel Guillermo Palomino y el Mayor Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes á todos los prisioneros la noche en que me evadí, para evitar que anduviesen por los corredores.



Episodio de la batalla del 5 de Mayo de 1862. En el fondo se ve, marcado con una cruz, el fuerte de Loreto, donde en 1863 concibió y propuso el Gral. Díaz el plan para batir en detalle al Ejército francés que estaba preparándose á sitiar la ciudad de Puebla. De haberse tomado en cuenta ese plan, probablemente habría cambiado la faz de la campaña y no se habría disuelto el primer Ejército de Oriente.

«Después del toque de silencio me fuí á un salón destechado, convertido por esa circunstancia en azotehuela. Llevaba conmigo las tres reatas envueltas en un lienzo; las arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé una canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con muchas dificultades porque no podía distinguir bien la citada canal, dado que no había más luz que la de las estrellas de una noche muy oscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo, y luego subí por la cuerda á la azotea; quité en seguida la cuerda que me había servido para subir y recogí las dos que había tirado de antemano.

«Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido para mi descenso, era muy peligrosa, porque en la azotea del templo, que dominaba todo el convento, había un destacamento y centinelas que tenían por objeto vigilarnos desde las alturas. Toda la azotea está formada por boveditas que corresponden á cada una de las celdas. Deslizándome entre las medias esferas y arrastrándome pecho á tierra, fue como anduve buscando el punto para el descenso...... A menudo tenía que suspender mi marcha y explorar con el tacto el terreno, porque había sobre las azoteas muchos pedazos pequeños de vidrio, que hacían ruido al tocarlos...... Además, eran muy frecuentes los relámpagos, á cuya luz podía ser descubierto. Llegué, por fin, á tocar el muro del templo; y como allí no podía verme ya el centinela, sino inclinándose mucho, seguí de pie y fuí á asomarme á una gran ventana que daba á la guardia de prevención, con el objeto de ver si había alguna alarma. Corrí allí peligro: la ventana cedió, abriéndose á un ligero empuje, el piso era muy inclinado y resbaladizo por las frecuentes lluvias, y sin poderlo remediar resbalé, habiendo estado á punto de rodar al precipicio.

«Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender, era necesario pasar por una parte del convento, que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á dar á su casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente.

«Bajé á la azotehuela de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella y que, probablemente, venía del teatro, pues estaba alegre y tarareaba una pieza. Esperé á que se metiera en su cuarto; pero á poco salió con una vela encendida y

se acercó al lugar donde yo estaba; me escondí para que no me viera á su paso y esperé á que regresara. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea del convento, por el lado opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino á la anhelada esquina de San Roque, á la cual llegué al fin.

«Hay en ella una estatua de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba al tocarlo, pero tenía probablemente una espiga de hierro que lo sostuviera. Para mayor seguridad no fijé la cuerda en él, sino en la piedra que le servía de pedestal y que me pareció bien fija.

«Pensé que si descendía yo de esa esquina para la calle directamente, podía ser visto por algún transeunte en el acto de descolgarme por la cuerda, y por ese motivo me propuse bajar previamente hacia un lote que estaba solamente cercado. No sabía yo que allí había un chiquero de marranos.

«Como al comenzar á descender giraba un poco la cuerda, el roce que sufría yo por la espalda, ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón se saliera de la vaina, cayera sobre los cochinos é hiriera probablemente á alguno, porque hicieron mucho ruido y todavía más cuando me vieron descender entre ellos. Tuve que dejar pasar un rato para que se aquietaran. Subí luego á la cerca del lote que daba á la calle, y tuve que retroceder violentamente, porque en esos momentos pasaba un sereno haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se hubo retirado, después de un rato salté á la calle.»



¡Qué contraste entre lo intensamente dramático del episodio y la tranquila sencillez conque lo narra el protagonista, que en esa aventura jugó la vida de cien maneras! La explicación de tal contraste es evidente: para ese hombre extraordinario, el cumplimiento del deber, aun á costa de la vida, es cosa llana y trivial. Más todavía: por no darle importancia al suceso, en su relato omite detalles verdaderamente asombrosos: se olvidó, por ejemplo, de decir que ya libre en la calle, pero en peligro inminentísimo de ser descubierto, reaprehendido y fusilado en el acto, tuvo la sangre fría inverisímil de despertar á un sereno dormido en su puesto.

—«No te duermas»—le dijo tocándole el hombro.

—«No, jefe,» contestó el guardián, poniéndose en pie.

Este rasgo de audacia no fue una baladronada inútil, sino que tuvo por objeto despistar al guardián en caso de alarma, pues no era creíble que el prófugo le hubiese hablado.

Y el peligro era tan serio, que al día siguiente, el Conde de Thum ofrecía mil pesos al que entregase muerto ó vivo al General Díaz. Por su parte, un señor Escamilla, entonces Jefe Político del Distrito poblano de Matamoros, ofreció otros mil pesos por la captura; primas ambas que felizmente ninguno pudo ganar. Lo curioso fue que este perseguidor del Gral. Díaz se tornó más tarde en espontáneo y entusiasta partidario y defensor del Plan de la Noria, con la fuerza de caballería que entonces mandaba.

Hizo más el Gral. Díaz: entre la peana del San Vicente de piedra y las cuerdas que le sirvieron para descender, dejó dos cartas de despedida: una dirigida al teniente Schizmandia; la otra al burlado Conde de Thum y que merece ser conocida. Héla aquí:

«Muy Señor mío: El teniente Schizmandia, que tiene una idea justa de mi carácter, supo asegurarme dándome toda la franqueza que le fue posible, sin tomarse ni la libertad de exigir mi palabra de honor, que nunca habría comprometido. Con el Señor Schizmandia sólo tenía la obligación que tácitamente me impuse, de no comprometer su responsabilidad, generosa y oficiosamente empeñada á mi favor; nada contraje expresamente al aceptar esa gracia que tampoco solicité; y sin embargo, nunca he estado más afianzado en mi prisión que durante el goce de aquella; pero usted, que no conoce á los mexicanos sino por apasionados informes, que cree que entre ellos no hay sino hombres sin honor y sin corazón, y que para conservarlos no hay otros medios que la custodia y los muros, me ha puesto en absoluta libertad sustituyendo con estos ineficaces lazos, los muy pesados é indisolubles con que hábilmente el mencionado Schizmandia me había reducido á la más completa inacción.

«En Papantla y Veracruz tengo prisioneros del cuerpo que usted dignamente manda y á quienes se da el mejor trato posible. Si usted quiere que arreglemos un canje por otros de los míos que aun quedan presos, mande á Papantla un comisionado y yo le ofrezco que quedará contento del éxito.

Porfirio Diaz.»

Estas dos cartas fueron halladas en Palacio por Don Matías Romero, entre los papeles que dejó Maximiliano; por cierto que la carta para el hidalgo Teniente austriaco, tenía una nota reveladora de que había sido reprendido á causa de su conducta con el General Díaz.

Este, que nunca ha olvidado los favores recibidos, cuando tuvo noticia de que su amigo Schizmandia se encontraba entre los prisioneros que había en Palacio, después de la toma de México, envió desde su cuartel general de Tacubaya un carruaje para que llevaran al oficial austriaco á su presencia; y entonces, después de saludarlo cariñosamente, le sentó á su mesa, le presentó con su familia y le colmó de atenciones. Más tarde, cuando iba á salir del país, el Gral. Díaz cuidó de que tuviera toda clase de comodidades y garantías para él y para los que le acompañaron.

¿Qué lección de hidalguía, de perseverancia y de patriotismo, puede darse más viva y profunda, que la que encierra esta conducta? Con justicia los soberanos europeos, que por tradición secular se consideran fuente de honor, cubren á porfía el pecho que tales sentimientos encierra, con las condecoraciones más ilustres y privilegiadas de que disponen.

VIII

VALOR Y SERENIDAD

«UN HOMBRE SIN VALOR ES COMO UNA MUJER SIN PUDOR.»

Sobrada justicia tuvo Napoleón el Grande al formular esta hermosa y profunda máxima, porque nada hay tan despreciable é inútil como el hombre medroso y pusilánime, condenado por este gravísimo y vergonzoso defecto á sufrir perpetuamente en la vida, que es lucha continua y sin cuartel, fracasos, humillaciones y derrotas, definitivas y constantes.

Por desgracia, en México domina un concepto total y peligrosa-



Francisco Aquiles Bazaine, Mariscal de Francia, sucesor del Mariscal Forey en el mando del ejército francés intervencionista (1863-1867). Sitió personalmente en Oaxaca al Gral. Díaz. Al rendirse éste por falta de elementos, le felicitó Bazaine porque no seguiría "haciendo armas contra su Soberano," á lo que respondió el Gral. Díaz: YO NO HE TENIDO NI TENGO MAS SOBERANO QUE EL PUEBLO MEXICANO.

mente falso del valor que salva y dignifica, y es error muy generalizado confundir esa preciosa virtud con la temeridad y la arrogancia, que torna á los hombres agresivos, pendencieros é injustos, les rebaja á la condición primitiva de salvajismo, y les lleva á mancharse la conciencia con sangre inocente ó á morir sin grandeza y sin provecho por una palabra, por una mirada, por un rozamiento. Para corregir tan funesto error es interesantísimo enseñar con alguno de los innumerables ejemplos que nos ofrece la vida del General Díaz, cuál es la forma de valor que ennoblece el carácter, que es útil al individuo y á la sociedad y que conduce infaliblemente al triunfo, en los reñidos combates que por fuerza hemos de sostener durante la existencia.

Para que el valor sea virtud, sus características esenciales han de ser, primeramente, el sentimiento del deber, y después, la serenidad, la prudencia y la justicia. Del equilibrio exacto de estas cualidades en el alma, resulta que un hombre puede dar muchas veces mayor prueba de valentía huyendo de un peligro, que afrontándolo, ó desentendiéndose de una ofensa, en vez de castigarla. Del valor que se requiere para exponer la vida en cumplimiento del deber, á peligros inminentes de los que no se sale á salvo sino por una verdadera casualidad, son tantos los ejemplos de que está llena casi cada página de la historia del General Díaz, que la verdadera dificultad para presentar algunos está en la elección, porque todos se antojan igualmente bellos, instructivos y conmovedores.

Con diversas intenciones hemos citado ya algunos, como el asalto de Jalatlaco y la persecución del ejército francés, al final de la batalla del 5 de Mayo, á la que el Gral. Díaz, como sus demás compañeros en la victoria, fueron únicamente para salvar el honor de la Patria y debilitar al enemigo, á costa del sacrificio consentido de sus vidas, mediante formal compromiso recíproco entre los jefes principales. Esto da la verdadera explicación de que aquél llevara tan lejos su promesa, hasta ser relevado de ella, que fué cuando Zaragoza le ordenó que suspendiera la susodicha persecución. Citamos también las proezas contra Cobos, contra los *patricios* en Tehuantepec y contra los imperialistas durante la Intervención, en todas las cuales el Gral. Díaz arriesgó su existencia, impávida y resueltamente, día por día, y á veces hora por hora.

Sólo agregaremos, pues, para ensalzar esta forma del valor, un magnífico rasgo, demostrativo de la influencia que ejerce aun so-

bre las multitudes presas del pánico, quien sabe morir en cumplimiento del deber y lo subordina todo á este sentimiento, lo cual da fuerza para conservar la serenidad en los trances más terribles, y ayuda á salir de ellos airosamente.

A principios de Abril del 63, durante el famoso sitio, González Ortega dispuso que el Gral. Díaz fuese con su brigada á reforzar la extensa sección de San Agustín y San Marcos, que comprendía unas diecisiete manzanas, y á relevar al Gral. Escobedo, que estaba rendido por las fatigas de la defensa de ese punto, uno de los más peligrosos del recinto sitiado.

Tan pronto como el Gral. Díaz tomó el mando, con actividad y pericia emprendió obras de refuerzo en las fortificaciones; pero antes de que tuviera tiempo de llevar á cabo sus planes, los franceses dieron una serie de asaltos furiosos sobre aquella sección, con el fin que les resultó frustrado, de entrar por ese rumbo á la plaza.

Se sabía ya que estaban minando rumbo á la manzana de San Marcos, mas no se creían tan avanzadas las obras, cuando cierto día de los primeros de ese mes, comenzaron á oírse desde el mesón de San Marcos golpes sordos muy cercanos.

El Gral. Díaz mandó poner en el suelo tambores con arvejones sobre los parches, y así averiguó que las horadaciones estaban relativamente lejos, en la manzana del Hospicio. Sin embargo, al caer la noche habían adelantado mucho, y los cañones franceses disparaban con tal furia, y las balas comenzaban á perforar tan formidables brechas en los muros del mesón, considerado como el mejor sostén, que por ellas entró una columna invasora arrollándolo todo á su paso. El pánico se apoderó de los defensores del mesón, que huyeron á la desbandada hacia el interior, bajo un fuego de cañón y fusilería espantoso. Parecían inútiles los esfuerzos del Gral. Díaz y sus oficiales para contener á los fugitivos y evitar el desastre, pues ya asomaban por la brecha los zuavos, siempre temibles y que alentados entonces por el incipiente éxito, comenzanban á invadir el edificio. Pero el Gral. Díaz no perdió la serenidad: junto á la fuente del patio se hallaba un obús que se había mandado situar allí; rápidamente lo abocó en dirección de la brecha y disparó él mismo, destrozando y rechazando á los primeros asaltantes; en pos de estos llegaron otros en gran número; pero volvió á disparar y el segundo tiro causó estragos mayores. El heróico ejemplo de su General logró lo que las órdenes no habían conseguido:

detener á los fugitivos que gracias á este punto de respiro, volvieron sobre sus pasos y tras sangriento combate, lograron que los asaltantes repasaran la calle y tornaran á sus posiciones, duramente castigados.

Sin este admirable rasgo de valor personal y de serenidad del Gral. Díaz, que supo sobreponerse al pánico que arrastraba á sus subordinados, es probable que la línea de San Marcos hubiese caído en poder de los sitiadores y con ella, buena parte de la ciudad, si no es que toda entera.

Por el contrario, la conducta del jefe emuló á sus tropas, las que sintiéndose bien mandadas, llevaron á cabo tales proezas en lo sucesivo, que los franceses acabaron por suspender todo ataque á la sección de Porfirio Díaz, reconociéndola inexpugnable; y lo fué en efecto, pues no entraron á ella los invasores sino hasta que se rindió la plaza.

***

En admirable y sugestivo contraste con el anterior ejemplo de valor activo, vamos á presentar otro rasgo no menos hermoso y heroico de valor pasivo, que no vacilamos en calificar de más útil y necesario, por ser el que en la vida diaria y vulgar tiene más aplicaciones para defenderse contra los reveses de la fortuna y los golpes de la adversidad, y para sortear los peligros á que accidentalmente suele verse expuesto el hombre. De este modo sabremos cómo pueden darse pruebas de valentía suprema, hasta en la fuga, cuando se lucha con fuerzas superiores que sería temeridad insana desafiar.

Inmediatamente después de la toma de Matamoros, que siguió á la aceptación del plan de Tuxtepec y á la significativa reforma de él, hecha en Palo Blanco por el General Díaz, comprendiendo éste que los elementos adquiridos en aquella victoria (por la que muchos oficiales norteamericanos fueron de Texas para felicitar al vencedor), no eran bastantes sin embargo para proseguir la campaña y llevarla hasta el fin con buen éxito, decidió salir nuevamente del país, con el propósito de venir por mar hasta la costa de Sotavento, á fin de situarse en el foco de la lucha y ponerse en contacto con el núcleo principal de sus partidarios y de las fuerzas oaxaqueñas.

En efecto, regresó á los Estados Unidos, y sin más contratiempo

que una breve demora en la salida del vapor en que tomó pasaje, se embarcó en New York, no en New Orleans como se ha dicho, en el *City of Havana*, buque contratado por el Gobierno para el servicio de correos y que debía hacer escala en Tampico y Veracruz, en su ruta para Cuba. Dicho sea de paso, el Presidente Don Sebastián Lerdo de Tejada era socio de la casa Ildefonso Cardeña Cª que tenía la concesión para el servicio postal de esos barcos.

Para alejar en lo posible todo peligro, el General Díaz se había provisto de los papeles, título, estuches con instrumentos quirúrgicos y demás cosas que le hacían aparecer como médico cubano, bajo el nombre del Dr. Ramírez de la Rosa en viaje de regreso á su patria; además se disfrazó con una peluca y anteojos oscuros, con tanta perfección, que el Lic. Ireneo Paz y Don Mariano Ruíz que le vieron accidentalmente, no le reconocieron bajo el disfraz.

Pero no contaba con lo imprevisto, que se presentó formidable en Tampico y que echó á rodar el bien meditado plan é hizo inútil el disfraz.

Sucedió que en Tampico se embarcaron en el vapor *City of Havana* algunas tropas del Gobierno, con destino á Veracruz, entre las cuales venían oficiales que le reconocieron al punto, como que eran de los mismos á quienes el Gral. Díaz acababa de vencer y á quienes había hecho prisioneros en la toma de Matamoros. Fue inútil que el misterioso viajero procurara ocultarse á las miradas de los nuevos huéspedes, y que dejara de asistir al comedor para no encontrarse con ellos; desde luego se sintió descubierto y vigilado; y como un inoportuno temporal entorpeciera las labores de carga y retardara la salida del vapor, temiendo con razón ser capturado y fusilado, decidió fugarse y exponer su vida al azar del oleaje y á las fauces de los tiburones, que tanto abundan en la barra de Tampico; riesgos menores sin embargo que los que corría quedándose á bordo. Para colmo de dificultades, el vapor estaba fondeado muy lejos de tierra, fuera de la barra; pero con decisión firme, se despojó de su ropa, y sin más arma que una daga para defenderse de los tiburones, se echó al mar por un costado del buque; no quiso tomar salvavidas para no presentar blanco á los disparos.

Desgraciadamente fué visto en el acto, porque le vigilaban sin cesar, y el terrible grito de alarma «¡hombre al agua¡,» le indicó que estaba por segunda vez descubierto y que sería perseguido. En efecto, no tardó en escuchar cerca de sí chasquido de remos, del bote que



Convento de la Compañía en Puebla, de donde se evadió el Gral. Díaz la segunda vez, para seguir combatiendo contra los invasores. La estatua que corona un ángulo del edificio, es la de San Vicente, á cuyo pedestal ató el prófugo la cuerda que le sirvió para efectuar el descenso. La altura del edificio da idea cabal de los peligros de la fuga.

le buscaba y al que en un principio llegó á sacar una ventaja de más de mil metros.

Entonces comenzó una lucha desesperada, angustiosa: una pesca del hombre, en que se jugó el porvenir de la nación, y que presenciaron centenares de espectadores: los pasajeros del *Havana* y de otros dos buques, uno norte-americano y otro campechano, anclados cerca de ese lugar.

De este último le ofrecieron auxilio en ciertos momentos en que nadaba cerca de él; pero nada quiso aceptar.

Nadador ágil y experto, se resumía y avanzaba entre las aguas, cuanto le permitían sus poderosos pulmones; pero esto tenía la enorme desventaja de que si despistaba á sus perseguidores, era á cambio de perder el rumbo; y ya desorientado, se alejaba en vez de acercarse á la playa en que creía segura su salvación.

Por fin, aunque el Gral. Díaz nadaba con mucha fuerza, llegó el momento en que ésta se agotó, después de voltigear en vano sin ganar la playa; y vencido por la fatiga de aquel esfuerzo extraordinario, tuvo que asirse al bote de sus perseguidores, al que fué izado, exhausto é hipando mucho, á causa de la gran cantidad de agua salada que había tragado; mas no sin sentido, como se ha dicho, sino con plena conciencia. Ya cerca del barco, el agente postal Gutiérrez Zamora, le tiró una blusa para que se abrigara, porque estaba desnudo.

Vuelto á bordo, el Teniente Coronel Arroyo, que mandaba la fuerza Lerdista embarcada, y que esperaba el ascenso como premio, desde luego pretendió instruir diligencias y posesionarse del que consideraba su presa; pero el heroico nadador protestó enérgicamente, empuñó la pistola que guardaba debajo del colchón, en su camarote, donde esta dramática escena pasaba, y pidió al Capitán del buque la protección de la bandera norteamericana á cuya nacionalidad pertenecían el *Havana* y su tripulación.

El Teniente Coronel Arroyo dijo que necesitaba ejecutar al Gral. Díaz para tener seguro su ascenso, que podría ser hasta de general, porque si lo llevaba prisionero, esto seguramente no sería mérito suficiente ante el Gobierno, y pasaría lo que con Terán, que al fin no había sido ejecutado.

El Capitán del barco no desoyó la protesta que hizo el Gral. Díaz, tanto menos cuanto que ya se habían hecho las contraseñas masónicas, y además, no podía dejar de admirar el arrojo de su valiente huésped.

Así fué que le dejó bajo su salvaguardia, considerándolo en tierra norteamericana, conforme á derecho, y declaró que no lo entregaría sino hasta que llegaran á Veracruz; intentó sí desarmarlo; pero el Gral. Díaz dijo que usaría su pistola solamente para defenderse; que no la entregaba y que se la quitarían á su cadáver, pero á él de ninguna manera.

El Capitán mandó retirar la guardia de un oficial y cinco soldados, que en un principio habían puesto cerca del camarote del Gral. Díaz; pero Arroyo, que no perdía de vista el ascenso, pretextando que se necesitaba cuidar el parque, puso más centinelas con el objeto de seguir vigilando al que consideraba su prisionero.

A la noche siguiente, notando el Gral. Díaz que reinaba densa oscuridad, que el tiempo era tempestuoso y todas las circunstancias favorables, resolvió repetir la intentona de evasión; pues aun cuando el Capitán le ofrecía pasarlo á un buque de guerra norteamericano, anclado también cerca de Tampico, no quiso aceptar este medio seguro de salvación, porque habría demorado sus planes; pero tampoco podía quedarse expuesto á un atentado.

Deslizóse diestramente y sin que nadie lo notara, hasta el camarote del Contador Coney, buen amigo suyo, y le comunicó su propósito; mas éste le disuadió de él, sugiriéndole otro no menos arriesgado, pero con mayores probabilidades de éxito.

Aceptado, el Gral. Díaz tiró al mar un salvavidas, para que se creyera que había vuelto á echarse al agua, y se escondió en una alacena que había en el camarote; no en un sofá como cuenta la leyenda. El ardid tuvo magnífico resultado, pues notada en breve la ausencia del interesante personaje, sus perseguidores le buscaron desesperadamente en el mar; sólo hallaron el salvavidas, y como éste tenía grandes manchas de orín de hierro, las tomaron por de sangre, suponiendo que el prófugo había sido pasto de algún tiburón, cosa que á todos pareció muy verisímil.

Sin embargo, el Gral. Alonso Flores había mandado escalonar tropas en la playa para capturar al prófugo en caso de que llegara á ganar el litoral.

Entretanto, el Gral. Díaz se hallaba sujeto á un tormento espantoso. En la alacena en donde estaba encerrado tenía que permanecer en pie porque sentarse no podía, y en una posición penosísima, porque tampoco cabía erguido, sino medio doblado y con las piernas separadas para que las puertas pudieran medio cerrarse,

pues el fondo era muy reducido. Lo peor era que el Contador Coney, procediendo hábilmente para alejar toda sospecha de sí, reunía en su camarote á los oficiales lerdistas, quienes charlaban allí y jugaban durante la velada. Uno de ellos, el que se sentaba delante de la alacena, solía echar su silla hacia atrás y apoyarla en la mal cerrada puerta, que entonces martirizaba horriblemente al escondido. Así pasó el fugitivo los siete días mortales que duró la travesía, sin más alimentos que unas galletas, hasta Veracruz, en donde aumentaron los peligros y contrariedades. Había que salir del barco protector sin caer en manos de las tropas lerdistas, que estaban demasiado bien prevenidas.

El Coronel Juan Enríquez, que entonces era Jefe de Celadores de la Aduana de Veracruz, le envió á bordo un traje muy usado de marinero, y un par de zapatos viejos, y le mandó decir que iría por él una lancha y un individuo á quien conocería por determinadas contraseñas.

Naturalmente, el Gral. Díaz esperaba esto con ansiedad, mirando por un ventanillo, á costa de sufrir allí los duchazos de los que aseaban la cubierta del buque. Cuando comenzó la descarga del algodón que éste llevaba, entre las lanchas alijadoras que se acercaron llegó la que esperaba anhelante el que todos suponían víctima de los tiburones tampiqueños. Un incidente trivial de la descarga favoreció el desembarco.

Sucedió que con una paca de algodón mal manejada, hirieron en la cabeza á una mujer del pueblo; y aprovechando el Gral. Díaz la distracción general que este percance causara, á favor de ella y del movimiento de la descarga, sin más contratiempo, salió del *City of Havana*, donde había hecho la travesía más dramática, dura y peligrosa que imaginarse pueda, puesto que durante toda ella contempló cara á cara á la muerte.

No por haber desembarcado perdió de vista esa tremenda perspectiva; al contrario, le faltaba evitar nuevos y graves peligros, porque no obstante el parte oficial rendido por el burlado Arroyo, del triste fin que según él había tenido el ilustre prófugo, tenían dudas, por cierto muy fundadas, sobre la exactitud del hecho, ó el estado de alarma del Gobierno lo impulsaba á tomar grandes precauciones; lo positivo es que la vigilancia fué muy activa en el puerto de Veracruz.

Desde el primer momento lo advirtió así el Gral. Díaz, cuando

convertido en marinero, se acercó al muelle fiscal la lancha que le conducía, pues un celador dijo que debería hacerse un minucioso registro, que al fin no llegó á efectuarse.

Temiendo ser reconocido, porque aun no obscurecía, indicó á sus amigos que no regresaran á bordo por más carga, á lo que accedieron, llevándose la lancha al fondeadero, lejos del muelle. Una vez allí, se dirigió á la playa en busca de su mozo, que le esperaba con dos caballos.

Sin perder tiempo emprendió la marcha para reunirse con alguno de los cuerpos que habían tomado parte en la revolución por aquel rumbo, y pocas horas después llegaba á Boca del Río, distante cuatro leguas del puerto.

Allí echó pie á tierra para tomar informes en una casucha; pero desgraciadamente en esos momentos entraba un destacamento de tropas lerdistas.

En el acto salió de su alojamiento el Gral. Díaz, alejándose de sitio tan peligroso; pero en vez de encontrarse con su mozo, que había huído cobardemente al ver la fuerza enemiga, dió de manos á boca con el Coronel jefe del destacamento, que bien le conocía. Con vivo y oportuno ademán de disimulo, pudo esquivar la faz á las miradas de su perseguidor, y á toda prisa se dirigió al estero; tuvo la fortuna de encontrarse varias barcas amarradas, de las cuales una le sirvió para ganar la margen opuesta, de donde siguió su camino en busca de cabalgadura.

A poco andar se cruzó con un individuo montado, á quien resolvió pedirle su caballo ó apoderarse de él, si no quería cederlo; pero no hubo necesidad de esto, porque el jinete era un amigo que además de la montura, le proporcionó albergue seguro para que reparase sus fuerzas, sujetas á duras pruebas desde Tampico.

Con esto tenía sobradamente el caudillo para llegar por Tuxtepec y Amatlán al campamento del Gral. Vela, y asumir el mando efectivo de la campaña, á cuyo triunfo debemos la prosperidad y la grandeza actual de la República.

Unicamente en la leyenda es posible hallar rasgos de valor tan admirables y dignos de ser imitados, como los que sucintamente narramos en este capítulo, los cuales son sin embargo en la vida del Gral. Díaz episodios insignificantes, comparados con otras acciones que han dado materia para que se escriban las páginas más gloriosas de la Historia Nacional.



General Félix Díaz. Tuvo justa fama de valeroso hasta la temeridad; ganó sus grados en los campos de batalla. Hermano y compañero de armas del señor Presidente, estuvo á su lado en el escalamiento de Santo Domingo, en la batalla del 5 de Mayo y en parte de la gloriosa campaña del III Ejército de Oriente. Como Gobernador de Oaxaca, se adhirió al Plan de la Noria, combatió por él y murió víctima de un nefando crimen político que causó general indignación.

IX

ORDEN Y PROBIDAD

«POCA POLITICA Y MUCHA ADMINISTRACION.»

La honradez del Señor General Díaz es cosa que ni aun sus enemigos han intentado discutir jamás, convencidos de que este punto de la coraza es tan terso, limpio y fuerte, que resiste á todo ataque, por rudo que sea.

Pero es creencia muy generalizada no sólo del vulgo, sino también de muchas gentes que saben al dedillo la historia de los grandes extranjeros é ignoran la de los mexicanos ilustres, que el estadista más notable que ha habido en nuestra patria, el único gobernante genial que hemos tenido, comenzó á serlo en la madurez de la vida, cuando dejó en reposo la espada y trocó el arnés guerrero, nimbado de gloria, por la sencilla banda tricolor del primer Magistrado de la República. Forman legión los que creen de buena fe que el genio administrativo del General Díaz, se reveló y empezó á manifestarse por tanteos afortunados, hará apenas treinta años. ¡Qué error y qué puerilidad!

Los que tal creen ignoran que la naturaleza no salta, y confunden con las vacilaciones de un principiante, las inmensas dificultades con que en sus comienzos debían tropezar y tropezaron efectivamente, la regeneración del país y la creación—esta es la palabra—de sus principales fuentes de riqueza. Tan grandes eran esas dificultades, que hasta entonces nadie había logrado allanarlas, por más que se hubieran enfrentado con ellas inteligencias próceres y hombres de ciencia probada. Desgraciadamente, de los que hasta entonces habían acometido la empresa en vano, el que sabía pensar no sabía querer, y el que tenía saber y voluntad, carecía de honradez; y no faltó audaz que careciendo de todo junto, se jactase de vencer.

¿De qué fuerza omnipotente dispuso, pues, el General Díaz para

realizar el prodigio y hacer lo que se creía imposible? Dispuso, sencillamente, de la fuerza incontrastable del carácter, entre cuyos fundamentos esenciales figuran la probidad y el espíritu de orden.

Antes de ser soldado, era ya administrador y organizador el entonces pasante de Derecho, Porfirio Díaz; lo cual no es poco decir. Apenas contaba veinticinco años, allá por el 55, cuando el General García, Gobernador de Oaxaca, le nombró subprefecto de Ixtlán. Pues bien; poco después comenzaba á llamar la atención del Gobierno aquel empleado oscuro é insignificante, porque rendía cuentas detalladas de la recaudación de los impuestos que—otra cosa inaudita—aumentaban en vez de disminuir, según era costumbre cuando había subprefectos recién nombrados; por añadidura daba cuenta de mejoras y economías, como de Ixtlán y para Ixtlán, pero que no por eso dejaban de serlo; y para colmo, iniciaba medidas de orden y de organización.

Había en verdad de qué admirarse, porque si en aquella época el gobierno nacional era el símbolo del desorden y de la concusión, el de las subprefecturas era, en pocas palabras, la negación de todo gobierno, y los subprefectos iban á sabiendas á cometer todo género de abusos y á convertir en provecho personal las rentas públicas, sin más obligación que la de ser fieles al último pronunciado á quien debían la encomienda.

Y he aquí que aparece un jovenzuelo á quien se le daba esa breva y que lejos de gozarla discretamente, ni robaba ni cometía atropellos; al contrario, tenía la increíble probidad de poner á disposición del Gobierno ciertos fondos que había ocupado militarmente; renunciaba el haber que le correspondía como capitán de la Guardia Nacional, porque «no creía lícito cobrarlo al mismo tiempo que el sueldo de subprefecto;» y declaraba que mientras enseñaba á leer, á contar, á documentar y á conocer sus deberes militares á los individuos que figuraban camo oficiales de la fuerza de su mando, no les pagaría sino haberes de simples soldados puesto que no valían más que éstos; por otra parte, abonaba al fondo del gasto común el costo del rancho, haciendo constar que lo habían dado voluntariamente los vecinos; y por encima de todo esto, se permitía preferir á los soldados rasos en materia de pagos, por la razón, incomprensible en aquel tiempo de los privilegios, de que sentían hambre lo mismo que los jefes.

¡Cuán grave escándalo debió causar todo esto en aquel mundo

oficinesco y militar, profundamente corrompido por las tradiciones coloniales y por el desorden de los primeros años de independencia!

***

Sigamos en sus ensayos gubernativos al hombre destinado á regenerar á la patria por la buena administración. Veamosle en Tehuantepec, entregado por la fuerza de la distancia y de los acontecimientos, á su propia iniciativa y á su sola dirección; allí, ni el Gobierno del Estado, menos aun el federal, pudieron influir en sus actos, ni sugerirle ideas, ni darle auxilio, siquiera moral, durante dos años largos; al contrario, solían ponerle trabas. El único estímulo que hasta entonces había recibido por su honradez administrativa, había sido un abrazo de felicitación de Don Benito Juárez, al regresar de Ixtlán, y la concesión, muy significativa, de que no diese fianza para encargarse del gobierno de Tehuantepec. Con su delicadeza habitual, Porfirio propuso que no teniendo él recursos para caucionar su manejo, se encomendase la administración de las rentas á persona que pudiera dar la fianza reglamentaria; pero Don Benito declaró que no era necesaria tal formalidad, tratándose de quien tan ejemplarmente se había conducido en Ixtlán.

De derecho, Porfirio Díaz fue en Tehuantepec Gobernador y Comandante Militar; de hecho, lo fue todo: gobernaba, combatía, administraba justicia, conquistaba y conciliaba ánimos, emprendía y dirigía obras de utilidad pública, recaudaba y distribuía la renta: lo hacía todo.

Cierto es que contaba cuatro años más de edad que en Ixtlán, y que ostentaba ya los cinco galones de teniente coronel; pero como compensación harto considerable, sufría cruelmente con la peregrinación que al través de sus entrañas hacía la bala recibida en Ixcapa; además, pasaba los días y las noches temblando de fiebre, pues el paludismo había hecho fácil presa de aquel cuerpo debilitado por las hemorragias, las privaciones y la fatiga. En tal situación tenía que batirse casi á diario y, lo que era peor, debía evitar las asechanzas de *los patricios*, que disparaban escondidos tras los matorrales; debía guardarse del puñal y del venenoso *camotillo* que, según es fama, deja imbéciles ó mata á quienes le comen disimulado en traidora golosina; y debía en fin y sobretodo, cerrar ojos y oídos, como el prudente Ulises, á las provocaciones de las sirenas zapotecas, bellas estatuas de bronce palpitante y tan pérfidas

como bellas, pues que con sus halagos dieron cuenta casi de tantos soldados como las balas de los fanáticos *patricios*.

Todo lo venció el Teniente Coronel Díaz, á todo se hizo superior, lo mismo al enemigo leal que á la enfermedad, y á la traición y al placer.

Mas no se contentaba con triunfar como soldado: no le bastaba derrotar al enemigo y someterlo por la fuerza, como lo hacían los demás campeones de la Reforma. Sentía y comprendía que esto no era vencer sino á medias, y que el adversario no duraría sometido sino mientras pesara sobre su cerviz el pie del vencedor. Por eso intentó lograr algo más grande, algo más noble y duradero: convencer al rebelde, demostrarle las ventajas del credo y del régimen políticos que otros se limitaban á imponer á sangre y á fuego y, por ende, á hacerlos odiosos; quería, en suma, ganar á los recalcitrantes y decidir á los tímidos haciéndoles bien y ofreciéndoles bienestar y garantías, únicos medios lógicos y eficaces para reorganizar una sociedad con los elementos disueltos de otra, y para prestigiar un sistema político extraño y sin raíces todavía.

De esta manera fue como entre combate y combate, entre terciana y terciana, inició en Tehuantepec el Teniente Coronel Díaz, cuando aun no tenía treinta años, la inmensa, la genial obra de crear la nacionalidad mexicana, por el orden, por la unión y por el respeto de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones del hombre en sociedad; obra titánica que ha tenido la fortuna de completar en la actualidad, entre el asombro y el aplauso de todo el mundo civilizado.

Para ello comenzó por moralizar y educar al Ejército, porque comprendió que sin fuerza pública honrada y obediente, no puede haber orden, garantías, ni estabilidad social. Con tal fin y como medio el más adecuado, procuró en Tehuantepec, lo mismo que en Ixtlán, que jamás le faltaran al soldado el prest ni el rancho; prefería que les faltaran á los oficiales y á él antes que á todos. Mas tampoco á éstos descuidaba; y no alcanzando el dinero de que disponía, organizó la comida de la oficialidad en común, en familia, digámoslo así, de la que él era jefe nato para participar de las escaseces y proveer á las necesidades.

En otro orden de economías, estableció una maestranza para reponer el armamento y fabricar parque. Como Gobernador reorganizó las escuelas y las proveyó de maestros y de útiles. Persuadido

por la personal y dolorosa experiencia, de la necesidad de sanear aquel suelo pantanoso, semillero de fiebres, sin vacilar emprendió el drenaje de Tehuantepec. ¡Sanear una ciudad hostil y en estado de sitio! ¿Quién lo ha hecho? Después de saber esto, no cabe ya admirarse de que cuarenta años después haya logrado poner la última piedra en las obras del Desagüe del Valle de México; obras que la poderosa España apenas pudo comenzar en tres siglos, sin legarnos un proyecto útil siquiera.

Y todavía le sobraba tiempo al joven gobernante de Tehuantepec para auxiliar al Gobierno federal, después de cumplir sus propias obligaciones; y le sobraba, porque el orden multiplica la fuerza, el tiempo, el dinero, la vida, todo.

Al día siguiente de que le extrajeron la famosa bala errante que le atormentó varios años—lo dijimos ya—se levantó de la cama y montó á caballo para proteger el paso á través del Itsmo, desde Minatitlán hasta la Ventosa, de un gran convoy de armas y municiones que el Gobierno federal esperaba con ansia y que sin el heroico y activo Gobernador de Tehuantepec, habría caído en poder de la reacción.



Seis años después de estas hazañas administrativas poco sabidas y narradas á vuela pluma, el protagonista de ellas era ya General de División y acababa de realizar su atrevida evasión del Convento de la Compañía.

¿A dónde va, qué piensa hacer para salvar á la patria que en esos momentos apura las heces del cáliz amarguísimo que le han dado á beber sus propios hijos y parece no tener esperanzas de redención?

Por nombramiento del Gobierno legítimo de la República, que estaba confinado en Chihuahua y reducido á un símbolo, el General Díaz era jefe del Ejército de Oriente y tenía mando, es decir, derecho de mandar sobre casi media nación. Pero ¿dónde estaba ese ejército, de cuántos hombres constaba y con qué elementos disponía? El tercer Ejército de Oriente (el primero fué destruido en Puebla, el segundo en Oaxaca), constaba de nueve rancheros bravos, semidesnudos, sin armas y perdidos en una quebrada de las sierras surianas. Poco después se le unió Alvarez Cano con ciento cuarenta hombres.

Mejor; cabalmente esto era lo que aquel general sin soldados necesitaba para realizar su pensamiento. La traición y la inepcia le habían mostrado harto á fondo la profunda desmoralización del antiguo ejército, y le habían convencido de la imposibilidad de regenerarlo: había que crearlo. Y á esta empresa, sobrehumana en aquellas circunstancias, se dedicó con el entusiasmo del que por fin va á poner mano en la obra más grande de su vida.

Respecto de este asunto y estando aún en la prisión, le escribía á su hermano Félix que peregrinaba por los Estados Unidos, procurando armas y recursos para el ejército por crear:

«Se trata de obtener...... armas y algunos fondos para hacer la guerra *sin exigir mucho de las pequeñas poblaciones.........»*

He aquí el dedo puesto en la llaga: no más exacciones; ligar la sangría suelta que agotaba á la patria. Salvadora idea genial, demostrativa de que la suprema habilidad es la honradez.

Hasta entonces nadie había dudado del derecho de las tropas vencedoras, vencidas ó simplemente en marcha, de entrar en son de conquista en ciudades, poblados y haciendas, y tomar de grado ó por fuerza todo lo necesario como dinero, provisiones, armas y alojamientos; y también lo innecesario, como el honor de las mujeres y la vida de los rehacios á dejarse despojar. Y todo esto lo hacían indistintamente tirios y troyanos, verdes y rojos, preciso es confesarlo. La consecuencia lógica y natural era que los habitantes pacíficos odiasen y temiesen tanto á unos como á otros, y que siéndoles indiferente ser asesinados, robados y deshonrados por los *puros* ó por los *mochos*, y no hallando protección ni garantías en ningunos, á todos auxiliasen espontáneamente para evitarse mayores males. Esta era la razón evidente de que la guerra fuese interminable; pero á pesar de la simplicidad de la observación, nadie había sabido hacerla ó, por lo menos, aprovecharla. ¡El eterno huevo de Colón!

Luego la clave del problema consistía en asociar los intereses de los habitantes pacíficos á los del ejército nacional, y en procurar que se apoyaran y auxiliaran recíprocamente. Para esto, nada mejor que crear un ejército respetuoso del derecho ajeno. Pero qué energía, qué actividad, qué prestigio y qué moralidad se necesitaban para llevar á cabo tamaña empresa. Sin embargo, todo dependía de los primeros pasos.

De un puñado de hombres constaba el Ejército de Oriente cuan-

do libró su primer combate contra la guerrilla traidora que mandaba Visoso y que estaba acantonada en un poblacho suriano llamado Tulcingo. Venció el incipiente ejército; cosa relativamente fácil. Pero obtenida la victoria, la tropa se apoderó según costumbre, de tres mil pesos en oro que abandonaron al huír los vencidos; y se disponía también, por hábito, á entrar á saco el poblacho.

Entonces comenzó la obra del pacificador. Formó á la tropa y le prohibió el saqueo, por prontas diligencias; en seguida exigió la devolución del dinero recogido, que explicó ser de la Nación. ¿La Nación? Nadie conocía allí á esa buena señora; en cambio, todos estaban contestes, conforme á la teoría de Sancho Panza, en que el oro lo había perdido Visoso y debía ser de quienes lo habían hallado. Aquí de la habilidad y del prestigio del caudillo: ora persuadiendo, ora imponiéndose, logró recobrar el dinero, y en el acto lo puso formalmente en manos del primer pagador militar que tuvo la República, que lo fue el Sr. Manuel Guerrero. Bueno es hacer constar de paso, que la creación de esta clase de funcionarios de hacienda, independientes del Ejército, puso fin á muchos abusos que solían terminar en levantamientos y cuartelazos.

Así fue creado el Ejército Mexicano, el que debía vencer en todas partes desde entonces y dejar tras sí una estela de honor y de gloria, desde el oscuro Tulcingo, hasta la capital de la República, después de libertarla del invasor.



Rasgo notabilísimo del genio organizador del Gral. Díaz fue la fundación de la *Academia de Niñas* en la ciudad de Oaxaca, allá por Noviembre del 66, cabalmente en los momentos en que más comprometidos se hallaban el patriotismo y el honor militar del caudillo en perfeccionar la organización del tercer Ejército de Oriente, para ponerle en condiciones de medirse con las grandes fuerzas extranjeras y traidoras que ocupaban el centro político de la nación, y dar fin á la siniestra farsa imperialista.

La inmensa trascendencia social de esa fundación puede resumirse diciendo que en la Academia de Niñas se ha educado liberalmente la mayoría de la juventud femenil oaxaqueña de todas las generaciones que se han sucedido en estos cuarenta años; y que á partir de la época en que ese instituto se convirtió en Escuela Normal, de ella han salido y siguen saliendo las maestras encarga-

das de educar á la niñez de su sexo en las escuelas primarias del Estado.

Este hecho patentiza la perfecta y admirable intuición que el Gral. Díaz ha tenido siempre de que no basta vencer en los campos de batalla para poner punto á las contiendas políticas; y consecuente con este principio que él había llegado á descubrir y comprobar por su personal experiencia de observador fino y perspicaz, apenas recuperó la capital de su Estado natal, á raíz del espléndido triunfo en la Carbonera, no obstante las gravísimas preocupaciones de la campaña, su primer cuidado fue completar y afirmar para lo futuro la doble victoria, adueñándose también del alma femenina para redimirla de la ignorancia y convertirla de este modo en la más poderosa y fiel aliada de la causa de la libertad.

Gracias á tales procedimientos, no sólo victorias militares cosechó ese Ejército, hoy garantía firmísima de la paz; obtuvo también triunfos morales aun más preciosos: por doquier se le recibió con palmas durante la campaña y siempre encontró apoyo y auxilio espontáneo en las poblaciones, lo cual fué el secreto de sus éxitos y el venero de su fuerza.



Para dar una idea de la disciplina y del respeto á las autoridades y á las leyes de la guerra, que normaban la conducta de las tropas del Gral. Díaz, citaremos un notable ejemplo, que hace aun más gloriosa la victoria alcanzada en Puebla el 2 de Abril de 67.

Según costumbre, el Gral. Díaz dió previamente á los jefes de columna, ante un plano de la ciudad sitiada, instrucciones muy precisas y severas, á fin de que bajo su más estricta responsabilidad cuidasen de que las tropas concurrieran á los puntos fijados en el plan de asalto, sin dispersarse por las calles y, sobre todo, sin cometer tropelías ni excesos de ningún género, que se prohibían bajo pena de muerte.

Con tanta exactitud fueron cumplidas estas órdenes, y tan sagrado era el hogar para aquellos dignos soldados de la República, que al consumarse la toma de la asendereada «Zaragoza» mexicana, se le presentó al Gral. Díaz el joven oficial Miguel Alatriste, que por accidente mandaba un pelotón, participándole que en la Botica de la Carnicería se había refugiado el General imperialista Trujeque, traidor y asesino del padre de ese oficial, quien no por eso allanó la morada que servía de amparo á su enemigo, sino que se



Plano estratégico de la importantísima batalla de Miahuatlán, ganada por el Gral. Díaz á los imperialistas, el 3 de Octubre de 1865.

Los rectángulos claros con números. representan á los republicanos, y las líneas negras con letras, á los imperialistas.

1. Primera posición del Gral. Díaz.—2. Segunda posición del Gral Díaz.—3. Primera posición de los republicanos.—4. Segunda posición de los republicanos.—5. 6. Avance de los republicanos.—A. Primera posición de los imperialistas.—B. Segunda posición de los imperialistas.—C. Posición final de los imperialistas.—D. Dispersión de los imperialistas.

La columna en el ángulo izquierdo superior representa el monumento conmemorativo levantado sobre la loma contigua. Esta victoria fué la primera de la serie de triunfos decisivos que obtuvo el III Ejército de Oriente y que terminó con la toma de la capital de la República.

limitó á rodearla de centinelas y á rendir el parte correspondiente al Jefe del Ejército. Entonces dió orden el Gral. Díaz de que fuera sacado Trujeque de su escondite y ejecutado en forma legal.

***

Hay algo más notable: el jefe de aquel Ejército, que nunca cometió exacciones ni atropellos y que llegó triunfante á la capital, bien alimentado y equipado, pudo todavía entregar al Supremo Gobierno ¡ciento cincuenta mil pesos sobrantes en la caja del Cuartel General! En tanto otros jefes veían impotentes perecer de miseria á sus soldados, á pesar de los saqueos y de los préstamos forzosos. La lección es provechosísima, sobre todo por el contraste con la conducta de los demás. Era entonces tan inesperado é increíble que un general en campaña tuviera ahorros, que cuando Don Benito Juárez llegó á México, estando exhausto de recursos el Gobierno, según costumbre ya tradicional, preguntó al victorioso Jefe del Ejército de Oriente si podía proporcionarle algún dinero. El Gral. Díaz, que ya había socorrido con sus fondos varias veces á las tropas que llegaron con el Gobierno, contestó que sí.

—¿Tendría usted diez mil pesos?—aventuró Don Benito creyéndolo difícil; y fué gratísima su sorpresa al saber á cuánto ascendía en realidad el tesoro del aguerrido Ejército. Con esos fondos pudo Juárez cubrir las más urgentes atenciones públicas y recompensar los servicios de ciertas personas allegadas á él, entre las cuales cumple decir que no figuró el que había economizado aquel dinero á costa de tantos esfuerzos y cuidados.

Un hecho poco sabido, pero muy digno de publicarse, dará idea de la extraordinaria probidad y pureza administrativa del Gral. Díaz. Al terminar su primer período presidencial, el hombre que había tenido á su disposición grandes caudales públicos, el pacificador de la Patria, se vió obligado á pedir prestados al Banco Nacional ¡ocho mil pesos! para acabar la construcción de su casa de Humboldt; y hubo consejeros que votasen en contra de la solicitud de quien había creado la situación á que el Banco debe su prosperidad. Pero uno de aquellos, Don Juan Llamedo, español de origen, se levantó indignado y dijo que se diera inmediatamente la cantidad pedida; que él se hacía responsable de que sería fielmente pagada, como en efecto lo fué, y que no podía permitir que se pusiera á discusión por ningún motivo la solvencia del señor Gral. az.

Si todos los mexicanos pusiésemos en nuestra vida y en nuestra acciones, un destello del espíritu de orden y de probidad á que el Gral. Díaz ha debido sus más preciados triunfos en las grandes empresas que ha acometido y llevado siempre á feliz término, no sólo labraríamos seguramente nuestra propia felicidad, sino que contribuiríamos en mucho al engrandecimiento de la patria.

X

ENERGIA, JUSTICIA Y CLEMENCIA

«SUAVIDAD EN LAS MANERAS.

FIRMEZA Y RECTITUD EN LOS PRINCIPIOS.»

El hombre débil de carácter no sólo es incapaz de crear su propia fortuna y su personal felicidad, sino que hará indefectiblemente desgraciados á cuantos le rodeen y les arrastrará en su ruina. Puesto que la vida es lucha cruenta y perenne, y en ningún género de combate puede vencer la debilidad, es evidente que nadie triunfará sin energía en la vida.

Pero la energía que no se hace amable por la bondad, ni respetable por la justicia, es repugnante, es odiosa, deja de ser virtud humana y se rebaja á instinto de fiera. Los hombres enérgicos que desconocen la generosidad y la tolerancia, pisotean al humilde y todo lo sacrifican al logro de sus ambiciones; triunfarán y llegarán á dominar, pero atrayendo sobre sí la excecración general; se harán temer, pero no amar, y empañarán su obra, por grande y útil que sea, con el hálito emponzoñado de los rencores que provocaron.

Lo hermoso, lo admirable, lo digno de imitación, es la energía de aquellos seres privilegiados que han sabido proteger al débil, tender la mano al caído, guiar al que se extravía, sostener al que

desfallece, convencer al que duda, perdonar las pequeñeces y contemporizar con la flaqueza humana; y al mismo tiempo, ser inexorables con el perverso y con el traidor que no ofrezcan esperanza de redención. Los hombres que de tan noble y humana manera emplean su energía, aparte de realizar empresas que parecen por su magnitud extrahumanas, conquistan el amor, la gratitud y la veneración de sus contemporáneos y de la posteridad; y si ya no es dado que, á través de la leyenda, se conviertan en profetas ó en semidioses, la historia les da en cambio imperecedero y más sólido renombre.

De esta especie excepcional y ejemplar es la energía del regenerador de México; y á esa energía, templada por la bondad y la tolerancia y ennoblecida por la justicia más pura y más impersonal, debemos la creación de nuestra nacionalidad, que hace cuarenta años estaba en embrión y corroída por la gangrena de la discordia y que hoy es sana, vigorosa y va en rápido crecimiento.

En aquella época tremenda, no fueron por cierto las energías las que faltaron; pero como la del temible Padre Miranda, como la de Gutiérrez Estrada ó como la del sanguinario Márquez, ó defendían intereses mezquinos, ó andaban extraviadas, ó se deshonraban por el crimen y la crueldad. Como todo extremo es vicioso, la energía de Juárez, por inflexible no era humana y, por tanto, era incapaz de llevar á cabo la obra de conciliación y de amor, sin la cual la vida de la patria hubiera sido imposible y lo fué de hecho, mientras no hubo quien supiese ser «suave en las formas, firme en los principios.»

Busquemos en los hechos del General Díaz el ejemplo que debemos imitar para ser enérgicos sin hacernos odiosos.

Vimos ya en otro capítulo cuál fué su labor administrativa en el gobierno de Tehuantepec y cómo devolvía beneficios á cambio de asechanzas y ataques. Vamos á ver ahora qué procedimientos empleó para hacer triunfar moralmente su causa entre los entonces fanáticos istmeños.

El General Díaz Ordaz, Gobernador del Estado de Oaxaca y primo del en esa época Teniente Coronel Díaz, es decir, su superior militar y civil, le escribió en carta particular, durante esa campaña: «Si fusilas otros *patricios*, te haré procesar.» Respuesta: «Puedes hacerme procesar desde luego, porque si aprehendo á otros en circunstancias semejantes, los pasaré por las armas...... Ye he perdonado á algunos y toman mi indulgencia por miedo.»

¿Quiénes eran los *patricios* y en qué circunstancias se les había aprehendido, que ameritaran ese rigor? Eran feroces zapotecas, bandidos, no soldados, que so pretexto de defender la religión, asesinaban escondidos tras los matorrales, envenenaban el agua, y se valían de las seductoras tehuanas para atraer á los soldados liberales á infames celadas.

Luego el Teniente Coronel Díaz era un jefe sanguinario que hiciera la guerra á sangre y fuego. Todo lo contrario, este mismo hombre, inconmovible con los *patricios* traidores, en la misma época y para atraer á la causa liberal á un grupo de juchitecos fanáticos, pero gente de buena fe, se arriesgó á ir sólo, sin armas y sin más compañía que la del virtuso dominico Fray Mauricio López, á meterse en la boca del lobo, con el propósito de convencer á los recalcitrantes.

Al llegar á la plaza de Juchitán, un cabecilla ebrio, Apolonio Jiménez, el mismo que más tarde tomó parte en el asesinato vitando del General Félix Díaz, propuso que se diera buena cuenta del audaz conciliador. Salvó á Porfirio el prestigio del dominico; momentos antes, en el camino, le había salvado su sangre fría de un grupo de revoltosos que dispararon sobre él. Pero nada intimida á ese hombre de acero cuando se trata del cumplimiento del deber. Sobre todo y sobre todos, por medio de Fray Mauricio les explicó en zapoteco á los ancianos del pueblo, las ventajas y el verdadero espíritu de la Reforma; les convenció de que ni la fe ni la religión peigraban, sino al contrario, se daría á todos libertad plena de conciencia y garantías para ejercerla; les habló y persuadió de tal manera, que esos mismos juchitecos, hombres de buena fe, le acompañaron para batir más tarde al infame Cobos, uno de los que decía defender la religión que nadie atacaba.

Se objetará que los juchitecos no estaban combatiendo. Pues allá va otro rasgo. Cuando el Coronel Díaz acababa de ganar el grado de General de Brigada en la espléndida victoria de Jalatlaco, tan difícil que el General González Ortega, lejos de creerlo vencedor, le suponía fusilado por Márquez, el General Carbajal, jefe inmediato de Porfirio, dando una muestra de lo que eran muchos de los campeones liberales de esa época, iba á asesinar—esta es la palabra—á los oficiales prisioneros que eran en gran número y estaban maniatados. Ya se aprestaba el furioso jefe á disparar su pistola sobre el Coronel Azpeitia, cuando un capitán liberal que vigi-

laba á los presos, le llamó la atención á Porfirio, quien sin cuidarse de que se trataba de su superior jerárquico, le arrebató la pistola á Carbajal y le echó á empellones del atrio. Este hermoso arranque de energía humana, le valió el odio perpetuo de Carbajal; pero le valió también la gratitud de los salvados, muchos de los cuales se pasaron á las huestes de la Reforma; y le valió la aprobación del General en Jefe, que le felicitó ante el Ejército, al imponerle la banda verde.

De otro rasgo habilísimo y trascendental de energía persuasiva y justa hablamos ya al referir cómo después del primer combate que libró en Tulcingo el puñado de hombres que fue el germen del hoy honorable Ejército Mexicano, el General Díaz impidió el saqueo del pueblo y el robo de los fondos ocupados militarmente y que pertenecían por eso mismo á la Nación.

No faltan, sin embargo, quienes duden de la clemencia del General Díaz, por los actos de alta justicia y necesario rigor que se ha visto obligado á ejecutar. Los que tales dudas abrigan, olvidan que «La vida de un hombre, nada significa ante la salud del Estado;» é ignoran tambidn que «La moralidad del hombre privado, es distinta é independiente de la del estadista,» y que «La sangre culpable economiza la inocente.» El sacrificio justo y oportuno de la existencia de los revoltosos irreductibles, salva indudablemente muchas vidas de hombres honrados, pacíficos y útiles, y protege grandes y sagrados intereses.

Como una convincente y admirable muestra de la abstracción que el General Díaz ha hecho siempre de su personalidad en sus altas justicias políticas, citaremos el caso del Lic. Dublán, hombre que le ofendió cruelmente, proponiéndole que se vendiera al Imperio, cuando aquél preparaba el sitio de Oaxaca. En el primer momento de arrebato le mandó encapillar para que le fusilaran; pero en seguida le perdonó, y más tarde escribió de él, á propósito de esa ofensa:

«Afortunadamente el Lic. Dublán sobrevivió lo bastante para reinvindicarse hasta donde era posible, poniendo su clara inteligencia *al servicio de la República*, en ocasión oportuna y con buen éxito.» ¡Qué nobleza y qué abnegación por la Patria! Todo por Ella y para Ella!

Como regla constante de conducta que mucho le honra y le enaltece, por más que sea privilegio natural de las almas nobles y ele-

vadas producirse así, el General Díaz ha desdeñado tomar venganza de las injurias de los débiles, y su generosidad es inagotable con sus enemigos personales y con los muchos ingratos que por fuerza ha debido hacer en la vida. Se podrían llenar grandes páginas con el relato de los rasgos de magnanimidad del actual Presidente de la República, para los que le han ofendido y vilipendiado á mansalva, desde la prensa de escándalo y chantage y para los que le han perseguido y traicionado, sin exceptuar á los que intentaron darle alevosa muerte; todo lo perdona, todo lo olvida con tal que no se toquen los intereses de la Patria.

En la imposibilidad de referir los rasgos que conocemos de la clemencia privada del General Díaz, citaremos algunos que además de ser interesantísimos en sí mismos, son en cierto modo de actualidad por el contraste que ofrecen con los trágicos sucesos á que ha dado origen la feroz ambición personal y la crueldad del sanguinario tirano que oprime á la infortunada República de Guatemala.

Si el General Díaz se resolvió á jugar el todo por el todo tirándose al mar desde al vapor «Habana,» fue porque oyó que el Teniente Coronel Arroyo dijo que estaba resuelto á fusilarle tan pronto como se apoderase de él, asegurando que así tendría el codiciado ascenso, acaso hasta de general, pues preveía que mandando á México al prisionero, el prestigio de éste iuutilizaría la captura, y el que la había efectuado sin saber extremar las cosas y echarse la responsabilidad de un atentado, quedaría en pésimo predicamento á causa de su importuna timidez. Sin duda alguna, el raciocinio era exacto, porque mucho habría agradecido Lerdo que le librasen de su formidablc rival, dejándole sin responsabilidad aparentemente.

Sabemos ya cómo pasaron las cosas, á la inversa de como lo esperaba el ambicioso Arroyo, quien quedó burlado en. sus proyectos, por lo que tocaba á la captura y al fusilamiento; mas no al ascenso, pues el General Díaz, al verle entre los prisioneros tomados después de la batalla de Tecoac, le dijo:

—Queda usted ascendido á Coronel, porque es su grado inmediato, que si no, le daría el empleo de general que tanto ha pretendido.

Arroyo, confundido y avergonzado, le dió las gracias. Después obtuvo el mando de uno de los cuerpos federales.

También un conocido General, que según referimos á propósito del episodio que se desarrolló á bordo del «City of Havana», hizo cuanto pudo por dar caza al prófugo, recibió después el supremo ascenso de manos del mismo á quien había perseguido.

Y es público que igual conducta ha seguido el General Díaz con sus personales opositores de la época de la Noria y Tuxtepec, mientras no intentaron turbar la paz, ni dañar los intereses públicos, pues han gozado de tranquilidad completa y en muchos casos de honores y recompensas, como si nunca hubiesen atacado con la espada ó con la pluma al que les ha colmado de beneficios.

No hace mucho tiempo sucedió que obedeciendo á mezquinos móviles, un grupo de politicastros personalistas, cuya bandería no fué más que el disfraz de bastardas ambiciones, mandó poner enormes piedras en la vía férrea de Pachuca, cerca de un puente por donde debería pasar el Gral. Díaz, con el fin de que el tren descarrilara y aprovechando la alarma, unos asesinos escondidos bajo el puente, dispararan sobre los pasajeros. Afortunadamente, las piedras fueron vistas á tiempo y apartadas de la vía, con lo que desapareció el peligro. Se supo luego quiénes habían sido los culpables; pero no fueron castigados ni perseguidos, pues siguieron en sus altos puestos y gozando de las mismas consideraciones.

En la República del Sur, este atentado cierto y efectivo, no de tragicomedia, habría sido causa de una hecatombe y de una era de terror que acaso hubiera empalidecido la del 93 en Francia. Aquí ni siquiera es muy conocido el hecho, como no lo son otros muchos análogos.

El Presidente Estrada Cabrera, creyendo como todos los miserables, que con manchar á los demás podría limpiarse del cieno en que se ha hundido por sus infamias neronescas, ha sobornado á la prensa amarilla de los Estados Unidos y aun á corresponsales parisienses de diarios españoles, para que arrojen sobre México y su digno Presidente, calumnias tan viles como absurdas, pero que no han llegado á mancharlo, porque las colonias extranjeras, con loable honradez y entera justificación, las han desmentido enérgicamente.

Bastaría un movimiento de justa indignación del ofendido para determinar la guerra, cuyo resultado infalible á nadie se le oculta que sería reducir á la nada, en muy poco tiempo, al tirano procaz y agresivo, calumniador y asesino.

Pero esa reparación tendría que costar lágrimas, sangre y dinero á los mexicanos, como también al desdichado pueblo guatemalteco, víctima inocente de la maldad de su infame opresor. Por eso el Gral. Díaz ha despreciado las calumnias, y sólo tiene presente ahora, como siempre, el bien de la patria.

Así es como la energía flexible y justa del General Díaz, ha logrado el engrandecimiento nacional por la unión, por el orden y por la justicia. Así lograremos también hacer la felicidad de los que nos rodeen, sabiendo ser enérgicos con nobleza, con humanidad y con rectitud.

XI

MODESTIA, TEMPLANZA Y SOBRIEDAD

«TENER POCAS NECESIDADES Y GUSTOS SENCILLOS, ES UNA MANERA DE SER FUERTE.»

En las tardes calurosas del verano suele verse en alguna de las avenidas del Bosque de Chapultepec, á un caballero respetable, fuerte y ágil, que se pasea á pie, acompañado únicamente de una dama de porte distinguidísimo. Ambos visten con decorosa pulcritud, pero sus trajes, más que sencillos, son modestos. Aquel hongo castaño, aquel terno de americana de color obscuro, aquella corbata negra que subraya el cuello militar de la albeante camisa, aquel calzado limpísimo, revelan á las claras los hábitos de orden y aseo del buen soldado y denuncian á un antiguo jefe del Ejército, en traje civil. De la calidad de la dama no cabe dudar: es una gran señora; lo dicen el buen gusto del atavío y hasta el más ligero ademán de la que lo honra. Mas respecto de la fortuna de la interesante pareja y en cuanto á su posición social, si no fuera por el



Señora Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, dignísima esposa del señor Gral. D. Porfirio Díaz, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

majestuoso continente, por la fuerza irresistible de la serena mirada del caballero, y por el aire de suprema distinción de la dama, para quien no les conozca de vista, sería imposible sospechar por las apariencias, que tuvo la fortuna de ver en una de las fases más simpáticas y ejemplares de su vida privada, á uno de los hombres más grandes, ilustres y poderosos de su tiempo, y á su dignísima compañera.

¿Dónde están los trenes fastuosos, y los séquitos de militares y cortesanos, y los brillantes dragones que acompañaban por doquier al tristemente célebre dictador Santa Anna? Inútil es buscar nada de eso en torno de este gran mexicano y gran demócrata que se llama el General Porfirio Díaz y que apenas se aviene, cuando desempeña funciones oficiales, á rodearse del aparato estrictamente necesario para realzar la dignidad de su altísima investidura. No está por demás hacer constar que la posición política, moral, material, pública y privada del actual gobernante de México, no es siquiera comparable, ni dentro ni fuera del país, con la de ningún otro gobernante mexicano. No obstante lo cual, lejos de embriagarse el General Díaz con tamañas grandezas, tan positivas y estables como bien ganadas y merecidas, no parece sino que á medida que crece su poder y se agiganta su figura, sus gustos y sus necesidades se simplifican y reducen, por efecto natural del contraste entre el valer del hombre público y las costumbres del particular.

En realidad no hay de qué extrañarse, porque toda la vida del General Díaz está llena de rasgos de templanza, sobriedad y modestia.

Es error del vulgo admirar la virtud del cartujo ó de la monja que encerrados en el monasterio, sólo sufren tentaciones imaginarias, y no podrían cometer ciertos pecados aunque quisieran. La verdad es que tales virtudes á puerta cerrada, además de ser inútiles, son dudosas, y probablemente, no sabrían vencer la primera tentación real y efectiva.

Virtudes heroicas, asombrosas, ejemplares, son las del que supo conservarlas en aquella época en que no sólo no eran mal vistos los vicios y los desmanes, sino que por el contrario, daban prestigio y hasta se echaban de menos en el soldado. Ser probo mientras todos robaban y saqueaban; ser bueno al lado de los libertinos por costumbre; ser sobrio entre los bebedores; respetar el honor de la mujer indefensa, y aun hacerlo respetar de quienes consideraban la vio-

lación como un pecadillo venial; economizar y defender los fondos públicos, en un tiempo en que la mayoría no pensaba sino en dilapidarlos ó apropiárselos; finalmente, resignarse á ocupar los puestos obscuros, cuando ni los lamentos de agonía de la patria bastaban para acallar á los ambiciosos que se disputaban destempladamente el poder: estas son sus virtudes, mas no parecen de hombres, por lo excelsas y probadas.

Y estas son las virtudes del General Díaz. Mientras duró la lucha con el extranjero, sólo ambicionó combatir en primera fila, en el lugar de más peligro, y su único anhelo, sublime por lo noble y desinteresado, fue poner el pabellón nacional en manos del Presidente Juárez, para que éste lo izara, victorioso y cubierto de gloria, en el Palacio Nacional.

Cumplida esta ambición digna de un paladín de las leyendas caballerescas, el que había logrado el triunfo definitivo de la patria, se retiró modestamente á la vida privada.

Todos conocemos, pero pocos estiman en lo que vale moralmente, la respuesta que el General Díaz da por regla fija á cuantos le felicitan por su obra política, sin ejemplo en la historia:

—«Me han ayudado, he tenido buenos colaboradores, el primero de ellos, el pueblo mexicano.»

¿Qué hombre, qué gobernante célebre, qué soberano en la cúspide del poder y de la gloria, ha sabido dar semejante respuesta?

Aquí cumple tomar en cuenta una de las grandes influencias benéficas que seguramente han pesado mucho en los destinos del Gral. Díaz: la de la virtuosísima y noble señora que con sin igual dignidad comparte las glorias y endulza las fatigas del genial estadista mexicano.

Y puesto que para hallar la explicación verdadera de incontables sucesos históricos de inmensa trascendencia, es preciso acudir á la célebre regla: «Buscad á la mujer,» porque tal método de investigación pone siempre de manifiesto uno de los resortes más poderosos de la conducta de los hombres, sería ilógico no hacerlo así en este caso, tanto más, cuanto que de la incontestable y notoria grandeza moral, intelectual y social de la digna compañera del Gral. Díaz, es forzoso inferir que su acción ha debido ser muy profunda y muy favorable.

Un hecho de general observación desorienta á primer examen: la señora de Díaz no se mezcla en la política. Ahondando más, aca-

so este mismo hecho sea la clave de la felicidad de ese hogar modelo y la causa indirecta de que nuestro gran gobernante conserve siempre lúcidas y vigorosas sus excepcionales facultades.

Para que «el hogar sea el premio de los hombres honrados,» es indispensable que realice el mito simbólico de Anteo y la Tierra; sin esta condición, el hogar es castigo y no recompensa, porque el luchador necesita reparar las fuerzas para seguir combatiendo. La historia se encarga de confirmar esta verdad refiriéndonos que, salvo contadas excepciones, los jefes de Estado cuyas consortes se han inmiscuido en los negocios públicos, aparte de haber sufrido graves fracasos, vivieron infelices y tropezaron con tremendas dificultades para llevar á término su obra, cuando á buen componer lograron darle fin y remate.

Tuvo razón, pues, el Rey Sabio al decir que «El mayor tesoro que puede hallar el hombre es una mujer prudente;» y sin duda alguna, el Gral. Díaz supo descubrir ese tesoro preciosísimo, siendo así que su ejemplar esposa se contenta con reinar en los corazones de los mexicanos por su inagotable caridad de gran señora que sabe dar con nobleza para obligar la gratitud.

Es harto frecuente observar cómo algunos hombres que hasta un momento dado parecían tener ante sí halagüeño porvenir, á juzgar de su laboriosidad, de sus talentos, de la sencillez de sus gustos y de la entusiasta energía con que emprendieron la lucha por la vida, de pronto desiertan, se abandonan á la fatalidad, cual si en ellos se hubiese paralizado súbitamente la fuerza que les impulsaba, y se entregan al vicio, que en breve les consume y aniquila. El mundo ríe ó llora un día, hace comentarios frívolos y al fin se encoge de hombros. Si queréis saber la causa profunda y verdadera de la caída lamentable de esos hombres, buscad á la mujer, repetimos: no eran felices en sus hogares, y por eso los abandonaron, anhelando hallar paz, descanso y amor en otra parte; funesto espejismo que causa siempre irreparables desgracias.

He aquí por qué la verdadera y quizás la única solución del espantable problema humano del alcoholismo, está en la educación de la mujer para el hogar. Cuando se tiene una compañera adornada con las relevantes cualidades morales de la esposa modelo que cupo en suerte al Gral. Díaz, sólo un degenerado sin redención podrá preferir en las horas de prueba la excitación insana ó la insensibilidad estúpida de los estimulantes al consejo lúcido y á

os consuelos inefables que da la mujer amante. «Lo que la mujer quiere Dios lo quiere, decían los caballerescos paladines, en los tiempos heróicos de las cruzadas. Ojalá que los hombres no olvidásemos tan á menudo esta gran máxima, eterna como la humanidad. Quedan ya muy pocos paladines, pero por ley natural incontrastable, el hombre seguirá siéndo lo que la mujer quiera que sea: grande ó miserable, generoso ó mezquino, útil ó pernicioso. Todo depende de que sepa atarlo con cadena de flores al hogar amable, santo y reconfortador.

Consecuencia de lo dicho es que á la envidiable armonía y á la paz venturosa de su vida íntima, deben atribuirse en parte muy principal la prodigiosa resistencia del General Díaz para el trabajo y el perfecto equilibrio de su espíritu, constantemente inclinado al bien y dispuesto á la clemencia.

Hablar de la sobriedad del General Díaz, sería redundancia; y de la pureza de sus costumbres, podría decirse lo que de pocos hombres. Pero de la lnfluencia de esas virtudes sobre nuestra sociedad, sería olvido imperdonable no hacer constar que hubiera sido imposible llevar á cabo tan pronto y tan completamente la regeneración de nuestro corrompido y desorganizado medio político, sin ese alto y constante ejemplo, que cuando no ha logrado corregir á los viciosos empedernidos, les ha obligado, por lo menos, á esconderse y á avergonzarse.

He aquí lo más bello y lo más útil de las virtudes en acción: la ejemplaridad. Y he aquí cómo puede un hombre vivir feliz y respetado largo tiempo sobre la tierra: siendo modesto, siendo sobrio, dominando las pasiones, usando y no abusando de la vida.

XII

EL DEBER DE LOS DEBERES

BUEN PADRE, BUEN CIUDADANO.

Allá en apartada y tranquila calle del rumbo occidental de la ciudad, yergue su torrecilla fina y esbelta un pintoresco *chalet* campestre. Se halla como extraviado y fuera de lugar entre las elegantes fincas urbanas que lo rodean, porque cuando fue construido, la que es hoy asfaltada calle metropolitana, no era sino desolada campiña de extramuros, teatro de los sangrientos combates que frecuentemente se libraban en torno de la vecina *Ciudadela*, sin esperanzas de que el derramamiento de sangre mexicana cesara, ni menos aún de que la capital extendiese hasta allí sus esplendores. Es además muy modesto el *chalet* de que se habla, porque su primitivo propietario lo edificó venciendo no pocas dificultades, en razón de que á pesar de haber manejado grandes caudales públicos, no retuvo de ellos nada para sí, y no obstante haber prestado eminentes servicios á la patria, se contentó con la mejor de las recompensas: la satisfacción del deber cumplido.

Trasponiendo la verja del minúsculo *chalet*, se descubre adosado á ella un cartel anunciador de que allí se expenden los quesos y la mantequilla fabricados en la hacienda de Paté, lo cual indica ser aquella la mansión de un empeñoso agricultor que atiende personalmente su industria. Alegran y poetizan el jardinillo que rodea el *chalet*, las risas y los juegos de dos rapazuelos rubios y llenos de vida, á quienes vigila con amorosa mirada una joven rubia como ellos y de tan delicada y exquisita belleza, que parecería desprendida de un cuadro de Lancret, si no fuera por el sencillísimo traje de percal negro, que ennoblece con su distinción.

Todo en aquella morada revela felicidad, alegría, bienestar, honradez, laboriosidad, pero no fausto, ni siquiera riqueza: tal es el hogar del señor Mayor de Ingenieros Porfirio Díaz, hijo del Jefe de la Nación Mexicana.

Dos enseñanzas profundas, á cual más valiosas, se adquieren observando la situación y las costumbres y aptitudes de este joven trabajador que lleva sobre sí digna y discretamente, la pesada carga de uno de los nombres más ilustres de la América.

Quien quiera que conozca la historia de los hombres que han gozado de gran popularidad y poder omnímodo, y que han regido largo tiempo los destinos de una nación, sabe que con rarísimas excepciones, han derramado á manos llenas los dones y los favores sobre sus amigos y allegados y, por natural preferencia, sobre sus deudos.

Compárese desde este punto de vista la conducta de Napoleón el Grande con la del General Díaz. El creador de la Francia moderna trastornó la geografía de Europa, derrochó el oro francés y derramó ríos de sangre para distribuir reinos entre sus parientes, sin exceptuar al inepto y celebérrimo *Pepe Botellas*. En cambio, el hijo del creador del México actual, es simple Mayor de Ingenieros, debido á sus estudios en el Colegio Militar, perfeccionados en el extranjero, y sobre todo, á cerca de veinte años de servicios. No se dirá, pues, que ha recibido los ascensos por favor. No desempeña más empleo federal que el de oficial del Estado Mayor del Presidente, y cuando de Tlacotalpam propusieron su candidatura para diputado al Congreso de la Unión, no quiso aceptarla. En cuanto á gajes de otro género, sólo por rara excepción ha obtenido como ingeniero, sin que su nombre haya sido ventaja, sino más bien dificultad, alguna de las innumerables contratas que sus colegas consiguen llanamente. Emprendedor como su padre, varias veces ha tenido que lamentar pérdidas porque sus negocios no gozan de privilegio alguno, sino que están expuestos á las contingencias comunes á los de cualquier particular. Amante de la agricultura, su tiempo disponible lo dedica á dirigir en persona la explotación de su hacienda por los métodos nuevos.

En cambio ha merecido honoríficas distinciones de algunos gobiernos extranjeros, entre ellas, las palmas académicas, el diploma de Oficial de Instrucción Pública y la cruz de Caballero de la Legión de Honor, que ha recibido del Gobierno francés, lo mismo que la cruz de la Orden del Aguila Roja de Prusia y otras condecoraciones enviadas respectivamente por los soberanos de Alemania y de Baviera.



Mayor de Ingenieros. Porfirio Díaz, con uniforme de Oficial del Estadol Mayor del señor Presidente de la República.

Muchas son las comparaciones favorables que pudieran hacerse entre el General Díaz y el inmortal corso; pero sin duda alguna, la que acabamos de hacer es una de las que más favorecen á nuestro gran compatriota, porque demuestra la escrupulosa probidad con que usa de su poder, aun tratándose de los seres más caros para él.

***

Verdad es que si como gobernante no tiene distinciones para sus hijos, como padre supo cumplir con ellos ejemplarmente el deber de los deberes, porque no merece aquel dictado augusto el que engendra, aunque legue riquezas, sino el que educa.

Y como «la mejor riqueza de un país son sus jóvenes,» á condición de que hayan sido bien educados, claro es que uno de los mayores servicios que se pueden prestar á la patria y á la humanidad, es el de cumplir á conciencia el principal de los deberes paternales: educar. Esto ha sido verdad absoluta en todo tiempo y en todo lugar; pero en el momento actual, todo el futuro de la incipiente nacionalidad mexicana se cifra en que los padres se penetren de esa verdad y hagan de ella la norma de su conducta como ciudadanos y el ideal de sus aspiraciones como hombres.

Por esto importa mucho llamar la atención hacia los hijos del General Díaz. Las damas son modelo de esposas, y orgullo de la sociedad; el varón es un servidor útil de la patria, un caballero intachable, y lo que vale más, un hombre de trabajo y de acción; y todos honran y prestigian á su educador.

Contémplense en ese espejo los malos padres que se disculpan de haber faltado á sus obligaciones por no haber tenido tiempo para atenderlas. ¿Quién de ellos podría decir que ha pesado sobre él la enorme suma de labor, de preocupaciones y de responsabilidades que el General Díaz soportó en la época azarosa y tremenda de su vida en que cimentó la educación de sus hijos?

La explicación de esto es que no se educa á la niñez con dinero, ni con tiempo solamente, sino ante todo y sobre todo, con amor bien entendido y basado en «el férreo sentimiento del deber,» que el Presidente de los Estados Unidos recomienda á su pueblo, como el Presidente de México lo ha recemendado siempre al suyo en más alto grado todavía con el ejemplo.

Tan cierto es que el amor y el deber son los verdaderos fundamentos de toda buena educación, que quienes hayan tenido opor-

tunidad de observar de cerca las relaciones entre el General Díaz y su digno hijo, no habrán dejado de notar un matiz delicado y conmovedor, símbolo de lo que son el uno para el otro, y de lo que debieran ser todos los padres para con sus hijos.

Cuando el Mayor Porfirio Díaz, oficial del Estado Mayor del Presidente de la República, llega en lo privado á la presencia del General de División Don Porfirio Díaz, se detiene á respetuosa distancia y se cuadra para recibir órdenes; y es en verdad admirable la severa majestad con que se dan y la atenta deferencia con que se reciben: allí no es posible ver más que á un superior y á un subalterno. Pero, inmediatamente después desaparecen las jerarquías; el hijo besa amorosamente la mano á su venerable progenitor, y la mirada de éste se ilumina y dulcifica con una chispa de suave luz, al depositar un beso en la frente del heredero de su nombre inmortal.

Tiene razón, porque parafraseando el célebre proverbio árabe, puede decirse que no merece llamarse hombre quien no haya plantado un árbol, escrito un libro ó dado á la sociedad un individuo útil: nobles medios de vencer á la muerte y perpetuarse en la posteridad.

XIII
ACTIVIDAD

«NUNCA DEDE DEJARSE PARA MAÑANA LO QUE PUEDA HACERSE HOY.»

Pasma verdaderamente la suma de trabajo que representa la inmensa obra política, militar y social del General Díaz. Cuando se vuelve la vista hacia el pasado y se compara el México de las revoluciones, desorganizado y miserable, con el México de la paz, firmemente constituído, rico y en creciente prosperidad, sólo ante la evidencia puede creerse que este maravilloso resultado sea fruto de la inteligente dirección y fecunda actividad de un hombre.

Cierto es que este hombre ha tenido colaboradores adictos y la-

boriosos, y que ha contado con el apoyo del pueblo, que le ama, venera y tiene fe ciega en él. Pero esta no es más que media explicación del prodigio, porque no es menos cierto que en todo lo grande que se ha hecho en beneficio de la nación de treinta años á esta parte, y en mucho de lo que se hizo para reivindicar la independencia, el General Díaz ha puesto mano y ha imprimido su sello personal inconfundible; y en la mayería de los casos, lo hecho es obra exclusivamente suya, desde la concepción hasta la ejecución de la idea.

La simple apreciación de la cantidad de trabajo que esta obra representa, es superior á la comprensión de las inteligencias comunes. Baste decir que un hombre de mediana capacidad, sobre todo si adolece de los defectos principales del carácter mexicano, imaginativo, indolente y perezoso, se sentiría aplastado únicamente con tener que firmar, nada más que firmar sin enterarse de ellas, las respuestas á las cartas particulares que el General Díaz recibe á diario y de cuyo contenido se informa para acordar la contestación. Pues tal labor, abrumadora para cualquier hombre común, ha sido durante más de un cuarto de siglo, secundaria y sin valor alguno para el regenerador de México.

Añádanse á eso las formidables obligaciones de su alta investidura, cumplidas no á conciencia, porque esto se queda para las medianías, sino como ninguno podría cumplirlas; añádanse las audiencias públicas, las ceremonias y las fiestas oficiales y particulares, y las atenciones privadas, todo aceptado y desempeñado á maravilla, lúcida, ágil y gallardamente, hasta una edad en que la mayoría de los hombres vegeta en plena decadencia senil.

Decir que el General Díaz goza de una constitución física privilegiada, es hallar otra parte de la explicación, y nada más. Innumerables son los estadistas que han contado con el amor del pueblo, con la colaboración de sus coetáneos hábiles y con la salud y la fuerza personales, y que no obstante todo eso, no han dejado más que un recuerdo borroso cuando no amargo de sí, y una obra deleznable y mediana.

¿Cuál es, pues, la verdadera explicación de la obra admirable del General Díaz? ¿De qué fuerza creadora y omnipotente dispone este hombre extraordinario?

Ha dispuesto y dispone de la omnipotencia fecunda é incontrastable del genio. Pero el genio no es, como el vulgo cree, una chis-

pa divina que al azar descienda sobre los hombres y los haga superiores á pesar de sí mismos. No; el genio es «una larga paciencia», abnegación sin límites, voluntad sin flaquezas, actividad sin desorden ni desfallecimientos, amor ardiente y fe inquebrantable en el bien; el genio es, en suma, el resultado de las cualidades del carácter, armonizadas, equilibradas y fortalecidas por la educación y en tendencia constante hacia un ideal noble y grande.

Conviene advertir que no sólo deben considerarse como nobles y grandes empresas, la regeneración de un pueblo ó las conquistas del saber que aceleran la marcha del progreso y benefician á toda la humanidad; menos brillantes, pero no menos nobles son los ideales que impulsan á un hombre á ser útil á su país, á la sociedad, á la familia, á sí mismo, por el cumplimiento del deber. Nadie está obligado á acometer empresas superiores á sus fuerzas; pero el que haga por ser bueno y útil todo lo que sus capacidades les permitan, puede estar seguro de que siempre hará mucho por sí y por los que le rodeen.

Principalmente si pone gran empeño en imitar la actividad tranquila, metódica é incansable de este aguerrido luchador que trabaja mil veces más que incontables jóvenes vigorosos, cuyos lamentos, ya por no hallar trabajo, ya por parecerles muy pesado ó poco productivo el que tienen, nos llegan diariamente á los oídos.

¿Por qué se quejan estos jóvenes; por qué son inferiores á su labor, y es penoso para ellos el cumpliento del deber? Sencillamente porque la educación de su carácter es nula ó incompleta.

La primera enseñanza profunda y utilísima que á este respecto nos da el General Díaz, y que contrasta notablemente con uno de los defectos nacionales más arraigados y perniciosos, es que nunca ha dejado para mañana—ese funesto mañana que todo lo frustra entre nosotros—lo que ha podido hacer hoy. En él, á la concepción de la idea ha seguido siempre la ejecución. Toda su vida nos presenta ejemplos de este género. Pero hay en ellos un matiz que importa mucho poner en buena luz. Concebir una idea y ejecutarla punto sin meditarla ni depurarla de errores, eso es ligereza, aturdimiento, locura, y conduce infaliblemente al fracaso y á la ruina, porque la actividad debe ser vivificada por la audacia, pero al mismo tiempo requiere ser templada por la prudencia y por la reflexión.

Estudiemos al General Díaz en los momentos más solemnes y de-



Combate parcial de la brigada á las órdenes del Gral. Díaz en el rancho de la Ladrillera de Azcárate, durante la batalla del 5 de Mayo de 1862. Al retirarse los franceses, el Gral. Díaz los persiguió hasta la Hacienda de Rementería, resuelto á vencer ó á morir, conforme habían convenido los jefes que tomaron parte en esta gloriosa acción.

cisivos de su vida. Por ejemplo, al escaparse del Convento de la Compañía. Indudablemente, no había allí tiempo que perder, los minutos eran precisos, urgía obrar rápidamente. Sin embargo, como el tiempo empleado en meditar lo que se hace y en adquirir la certidumbre de que no se va á cometer un error, nunca es tiempo perdido, el que iba á jugar la propia vida y el porvenir de la nación en esa fuga, antes de ascender por la cuerda con que lazó una canal de la prisión, «se cercioró de la resistencia de aquel punto de apoyo.» Son sus propias palabras.

He aquí claramente presentados los dos rasgos que debemos imitar en la actividad del General Díaz: no dejar nada para mañana; no hacer nada sin cerciorarnos de la resistencia de nuestro punto de apoyo.

Otra característica importantísima de la actividad creadora de este grande hombre, es la audacia con que debe equilibrarse necesariamente la prudencia. El que deja pasar las ocasiones por exceso de cautela, se queda invariablemente, irremediablemente, rezagado en la vida. Bueno es madurar las ideas con largueza y reposo, cuando haya tiempo y lugar para ello; pero vacilar en los momentos angustiosos y no atreverse ni resolverse á nada por prudencia mal entendida, es condenarse á la obscuridad y á la miseria por caer en el extremo contrario. Si el General Díaz hubiese empleado mucho tiempo en meditar la admirable estratagema que le dió por resultado la espléndida y doble victoria de la Carbonera y de la toma de Oaxaca, probablemente se habría retardado mucho el triunfo definitivo de la República.

El General Díaz sitiaba á Oronoz, el vencido de Miahuatlán, en el convento de Santo Domingo de Oaxaca. Este convento era entonces una fortaleza inexpugnable, sobre todo, para las débiles fuerzas y deficientes armas del ejército sitiador. En tal situación, se anuncia la rápida marcha sobre Oaxaca, de una columna de austriacos aguerridos, bien armada y equipada, al mando del conde Kötze, hábil jefe austriaco. ¿Qué hacer? Esperarla era colocarse voluntariamente entre dos fuegos para ser aniquilado; ir ostensiblemente el encuentro de los austriacos, equivalía á libertar á los sitiados y echárselos á la espalda, con idéntico resultado. Aquí de la audacia genial que rinde á la fortuna.

Sin perder momento, el General Díaz manda envolver con trapos los cascos de los caballos, desmonta los cañones para que no hagan

ruido, deja encendidos los fuegos de su campamento, y á unos cuantos centinelas encargados de seguir dando el alerta reglamentario; y al amparo de las sombras, vuela al encuentro de los austriacos. Toma posiciones en la Carbonera, y en una batalla que los peritos en la ciencia militar consideran como *obra maestra de estrategia*, mas aún, como *la única batalla digna de ese nombre*, que además de la de Miahuatlán, se dió en toda esa época, derrota y aniquila al enemigo. Inmediatamente vuelve sobre sus pasos, reforzado con las armas quitadas á los austriacos; y cuando los sitiados de Santo Domingo apenas habían advertido la ausencia del sitiador, y comenzaban á salir de su encierro derrochando fanfarronería, cae sobre ellos y consuma la doble victoria, favorecido por el pánico de los desprevenidos imperialistas, que no abandonaron la fortaleza sino para dejarse batir mejor.

Esta serie de asombrosos atrevimientos contrasta notablemente con la prudencia que el mismo gran soldado empleó en el sitio de México. En este caso, el Ejército de Oriente, que acababa de reconquistar Puebla, era exiguo para poner cerco estrecho y riguroso á la capital, y más todavía para intentar el asalto con buenas probabilidades; los sitiados eran fuertes aún, y en un rapto de desesperación podrían haber roto el cerco y prolongado la lucha al dispersarse por el territorio.

Así, todo lo que fue audacia y celeridad de acción en Oaxaca, se convirtió en México en calma y reposo; pero en ambos casos coronó el triunfo la actividad decidida de un ataque y la actividad prudente del otro.

El último elemento de éxito en la actividad es la abnegación. Trabajar sólo para sí es egoísmo odioso y estéril por añadidura. Raro será el ejemplo de un verdadero egoísta que haya hecho algo grande. La solidaridad humana es tan estrecha, tan útil, tan indispensable, que no se puede procurar el bien para nosotros mismos, sin procurarlo para los allegados; y mientras más útiles seamos para los otros, más habremos trabajado en nuestra propia felicidad. Mas para esto se necesita ser abnegado y abominar del egoísmo.

Ahora bien: ¿qué ejemplo de abnegación más hermoso podremos hallar que el del General Díaz que ha consagrado su vida al bien de los mexicanos? Y todavía á los setenta años, cuando se le pide que siga en su puesto, contesta:

«Lo haré gustoso hasta mi último día.»

SEGUNDA PARTE

LA OBRA



General de División Don Porfirio Díaz, en la época de su primer período presidencial (1876–1880).

DIFICIL es comprender y casi imposible juzgar el valor y la trascendencia de una obra artística, científica ó política, estatua, libro ó nación, sin conocer á fondo las cualidades y los defectos, las grandezas y las miserias del carácter del autor, ya se trate del artista, ya del literato, ya del caudillo. La recíproca, en fuerza de ser igualmente cierta, ha llegado á ser vulgar: á las personas se les conoce por sus acciones.

En efecto, el hombre y sus obras están ligados tan íntima é indisolublemente, que sólo por excepción rarísima, extraordinaria, suelen ser disímbolos y antitéticos el creador y la creación. Lo normal, lo sano, lo regular, la ley que rige en la naturaleza y en la vida, es que el hijo se asemeje al padre que le engendra, y el pensamiento á la inteligencia que le concibe. De donde resulta que así como los seres son bellos y buenos ó deformes y perversos, según fueron sus progenitores, del mismo modo las ideas son grandes y levantadas ó mezquinas y rastreras, conforme á las almas en que nacieron. En esta ley suprema, equilibrada por la de progreso constante, descansa el prodigioso mecanismo de la conservación de las especies, de su evolución hacia el perfeccionamiento y, en suma, de la vida del universo.

He aquí explicada la razón porque creemos que este libro quedaría trunco si después de haber intentado realizar

en él la empresa de popularizar las altas lecciones morales, palpitantes de vida y de verdad, que nos da en cada uno de sus rasgos uno de los caracteres más vigorosos, nobles y armónicos que registra la historia, cual es el del General Díaz, omitiésemos presentar, aunque sólo sea en síntesis, la resultante de las energías que hemos recomendado, el fruto de las virtudes que presentamos como ejemplares y, en resumen, la obra grandiosa y trascendental de ese hombre, cuya influencia y fama traspasaron tiempo ha las fronteras de nuestro país y aun la inmensidad de los mares, para extenderse por todos los ámbitos del mundo civilizado. Hacer tal mutilación equivaldría á romper la unidad y á destruir la armonía de lo que por la naturaleza y por la razón debe conservarse y enseñarse completo y enlazado con los estrechos vínculos que ligan el efecto con la causa.

La misma finalidad de nuestro pensamiento padecería en su eficacia, porque la suprema razón de ser de la virtud, es el bien; más no el bien propio únicamente, sino el bien de los otros, el bien general. Por lo tanto, para distinguir del virtuoso egoísta é inútil á la sociedad, al hombre social positivamente bueno y útil, es indispensable presentar su obra, que será la demostración irrefutable de la fecundidad y del altruismo de sus cualidades, si además de su propio engrandecimiento, supo lograr también el de los demás.



Facultad esencial del alma humana es la aspiración á investigar y á descubrir las causas de cualquier fenómeno que atraiga y fije la atención, ya sea por bello, ya por terrífico, ya por los peligros con que amenace, ya por los bienes que prometa.

Y si la obra social del General Díaz, por lo inmensa y admirable, ha llegado á fijar la atención europea, harto desdeñosa para todo lo que se escapa á su influencia, natural y legítimo es que los mexicanos, como inmediatos interesados, hayamos ejercitado y sigamos ejercitando grandemente nuestras especiales aptitudes críticas, en analizar, juzgar y co-

mentar los actos políticos del genial regenerador de la patria.

Desgraciadamente, es también ley humana que los sucesos históricos no puedan ser apreciados en su justo valer á raíz de acontecidos. La conciencia de las sociedades, como las lentes, está sujeta á aberraciones ópticas, y tiene una distancia focal, más allá y más acá de la cual deforma ó confunde los objetos: cuando los ve muy de cerca, porque el insano y caliginoso ambiente que produce la efervescencia de las pasiones, vela y tiñe los sucesos con matices inciertos y exagerados; y cuando los contempla á la distancia que forman los siglos, los contornos se esfuman, los detalles se pierden, y siendo ya incomprensibles los móviles de las acciones, pocas figuras conservan á través del tiempo sus verdaderos rasgos y exacta proporción, á causa del alejamiento del que las juzga.

Por esto es útil y patriótica la tarea de ir dejando caer al paso de los años, documentos que como los acumulados en este libro, sirvan por su sinceridad para guiar á los historiadores futuros en la reconstrucción de esta época, la más digna de estudio en lo que va corrido de la vida de la República Mexicana.

A nuestra vez, si queremos darle algún mérito á esta labor, estamos obligados á no seguir incondicionalmente, ni adoptar sin prolijo análisis, opinión alguna de las que hoy privan acerca de las causas de la pacificación y del engrandecimiento nacionales. Nos hallamos frente á frente de la misma formidable dificultad que ha paralizado ó desviado los esfuerzos de historiógrafos de talla, siempre que se trata de apreciar sucesos contemporáneos: la misma abundancia caótica de documentos contradictorios y el recio embate de las pasiones, ofuscan, extravían é inducen á error.

La única probabilidad de acierto en este caso, es la aplicación estricta y serena de un método crítico riguroso, cuyas inducciones descansen no en pareceres de amigos ó adversarios, ni en supuestos más ó menos probables, sino en hechos perfectamente comprobados, contundentes, fuera de discusión desde cualquier punto de vista que se les considere.

Conviene advertir que no intentamos presentar la obra

completa del General Díaz, porque aún compendiándola mucho, excedería los límites de este libro. Grandes volúmenes se han llenado ya con simples datos para la historia de los últimos treinta años. Por otra parte, hemos dicho ya que éste no es un estudio histórico: sus fines son morales, exclusivamente educativos, y por eso, para llenarlos nos limitaremos á escoger aquellos hechos conducentes á nuestros propósitos. No se nos oculta que para ello se requieren manos muy hábiles é inteligencias excelsas, porque la obra del genio sólo puede ser bien medida y apreciada por el genio; pero nos alienta la creencia de que lo bueno y lo bello no necesitan ser explicados ni comprendidos para emocionar y producir el bien. Y la obra del General Díaz es eminentemente grandiosa, benéfica y educativa, sin sombra de duda.

EL PELIGRO DE LA GUERRA CIVIL

Tremendo desengaño fué para los patriotas sinceros la enconada y tenaz lucha por el poder, que contra el Presidente Juárez iniciaron, provocando consecuencias lamentables, el General González Ortega primeramente, y más tarde, el Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada, cuando aún estaba fresca la sangre que había costado rechazar la Intervención extranjera á que dimos pretexto con nuestras discordias intestinas.

Y en verdad que sobraban motivos para desesperar. Hasta entonces, la guerra civil había tenido explicación fundada, excusa digna, finalidad noble: luchábase por llevar á cabo una gran reforma social y política; se trataba de purgar las culpas y de enmendar los errores de la expoliadora dominación española; se combatía por el triunfo de grandes principios y se aspiraba hacia altísimos ideales de igualdad ante la ley, de libertad de conciencia y de libertad de trabajo. Y aún cuando en el fondo hubiese algunas otras causas menos loables de la pugna fatricida, la grandeza de los móviles antes enumerados, todo lo justificaba y sublimaba.

Pero vencido y desorganizado para siempre el poder teocrático, abolidos los privilegios, conquistadas las libertades, desamortizada la riqueza eclesiástica, consagrada la Constitución por el sacrificio de millares de víctimas inmo-

ladas ante ella, y afirmada la autonomía con el supremo y habilísimo acto de justicia que se consumó en el Cerro de las Campanas, las nuevas querellas entre los prohombres del partido liberal, ya no por la Constitución, sino sobre la Constitución, se presentaban desconsoladoramente desnudas de todo velo: aquello no era ya cuestión de principios, ni lo que se discutía eran los intereses sagrados de la patria, sino las conveniencias de dos personalidades; y de aquellas polémicas electorales, mezquinas como todas las que entablan los rábulas sobre la interpretación de un artículo de código y que terminaban fatalmente en rebeliones, asonadas, efusión de sangre y trastornos económicos, la gente sensata sólo podía augurar desgracias mayores que las ya sufridas por la nación en cerca de medio siglo de anarquía.

Desde luego quedaba evidenciado que habían sido perfectamente inútiles las duras enseñanzas de la Intervención, infructuosos los enormes sacrificios hechos por reorganizar las instituciones, y estériles los esfuerzos de quienes habían creído regenerarnos, dándonos libertades que empleábamos en destruirnos. Los que declaraban á los mexicanos ineptos para la vida social independiente, parecían triunfar en toda la línea.

Lo peor de todo era que si las luchas de principios y las guerras de independencia tenían término racional y ofrecían esperanzas ciertas de concluir en algún tiempo, aunque fuese remoto, ya por el triunfo definitivo de alguno de los bandos, como concluyó la guerra de Reforma, ya por la expulsión ó ajusticiamiento del invasor, como se hizo con el español, el francés y el austriaco, en cambio, la discordia en el seno del partido liberal sólo tenía un término posible: el suicidio, la pérdida de la nacionalidad y quizás la absorción final por la poderosa República del Norte, cuyos intereses económicos, lesionados por nuestras absurdas guerras civiles por la legalidad, no hubieran tardado en reclamar imperiosamente la pacificación ó el sojuzgamiento de este país, que es su mejor mercado y, á la vez, su proveedor natural.

La frase siguiente, harto expresiva, condensa mejor que nada el estado de conciencia de los estadistas extranjeros, respecto de nuestras convulsiones políticas:

Veracruz Novbre 24 de 1859

S. S. D. Miguel ... Castro

Mi estimado amigo

Sabrá V. que las fuerzas de Oajaca tubieron un revés cerca de Tehuacan y q. en consecuencia el enemigo ocupó la ciudad de Oajaca el día 7 del corr.te La guarnición nuestra, evacuó la plaza y marchó a uno de los puntos de la Sierra, donde el gob.no del Estado se ocupa de aumentar sus fuerzas.

En Tehuantep.c habia un depósito de unos cuatro mil fusiles con municiones abundantes y la mayor parte de las armas estan ya en manos fieles bajo el mando del comand.te Dn Porfirio Diaz q. es buen gefe: de manera q. si los reaccionarios invaden aquel punto, tengo seguridad de que serán escarmentados. Como Tehuantep.c es la barrera q. debe impedir q. el enemigo pase á ocupar el frente de los Cantones Minatitlan y ese Estado conviene que aproximemos todo lo posible la guarnición. Al efecto le suplico fije su atención en el Ystmo auxiliando de todas maneras al gefe. Ya he mandado situar una fuerza en Minatitlan para que la línea de Tehuantepeque quede asi esta cubierta.

Por Tehuantepeque puede V. escribirme

Veracruz, Nove. 24 de 1859.

SS. D Angel Matias Corzo.

Mi estimado amigo

Sabrá V. que las fuerzas de Oajaca tuvieron un revés cerca de Tehuacan y qe. en consecuencia el enemigo ocupó la ciudad de Oajaca el día 7 del corrte. La guarnición nuestra evacuó la plaza y marchó á uno de los puntos de la sierra, donde el gobº del Estado se ocupa de aumentar sus fuerzas.

En Tehuantepc había un deposito de cerca de cuatro mil fusiles con municiones abundantes y la mayor parte de las armas estan ya en manos fieles, bajo el mando del Comandte. Dn. Porfirio Dias, que es buen gefe: de manera qe. si los reaccionarios invaden aquel punto, tengo seguridad de que sera escarmintado.

Como Tehuantepc. es la barrera que debe impedir qe. el enemigo pase á ocupar el puerto de la Ventosa, Minatitlan y ese Estado conviene que reforcemos todo lo posible la guarnición Al efecto le suplico fije su atención en el Itsmo auxiliando de todas maneras al gefe Ya he mandado situar una fuerza en Minatitlan para que la línea de Tehuantepeque pª acá este cubierta.

Por Tehuantepeque puede V. escribirme.

Cerca de Queretaro tubimos tambien un descalabro; pero no es de grande consecuencia contra nuestra causa.

Diré á V el estado guardamos has fuerzas del Sr Degollado á ultimas fechas estaban entre S. Luis y Guanajuato. Como de pronto carese de artilleria tendrá que demorarse mientras benga de Ventosa y la artillería de grueso calibre que compramos en el Norte A la fha. deben estar reunidos cerca de Guadalajara mas de cinco mil hombres de buena calidad y con buena artillería los Senores Ogazon, Coronado, Valle y Rocha En Morelia habia dos mil hombres y se levantaron numerosas fuerzas por haber llegado ya el armamto. qe se compro en los Estados Unidos y fue por Panamá

El Sr. D. Juan Alvarez ha recibido ya tambien armamto que se compro en el Norte y las municiones de qe carecia. En fin tenemos elemtos. que se comenzaran á mover Cuido V su Estado y Tehuantepeque de donde puede V pedir las armas que necesite.

Soy su amigo afmo

Q. B S. M.

BENITO JUAREZ.

cerca de Querétaro
tuvimos también un descalabro; pero
no es de grande consecuencia contra
nuestra causa?
Diré á V. el como quedamos
las fuerzas del Sr. Degollado á últimas
fechas: estaban entre S. Luis y Guana-
juato. Como de pronto carece de artille-
ría tendrá que demorarse mientras
llega de Tampico y la artillería de
grueso calibre q. compramos en el
Norte. Ahora deben estar reunidos
cerca de Guadalajara mas de cinco
mil hombres de buena calidad y
con buena artillería los Señores Za-
ragoza, Coronado, Valle y Rocha.
Su marcha tenía dos mil hombres
y se levantaban numerosas fuerzas

[illegible]
q. se compró en los Estados Unidos y
fue por Panamá.
El Sr. D. Juan Alvarez ha
recibido ya también el armamento
q. se compró en el norte y las muni-
ciones de q. carecía. En fin tenemos
elementos que se aumentan a nuestro
favor. Cuide V. ese Estado y demuestre
[illegible] donde pueda. pida las
armas q. necesite.
Soy su amigo afmo.
Q. B. S. M.
Benito Juárez

Interesante autógrafo de Don Benito Juárez,
que da idea de la importancia que tuvieron los servicios prestados por el entonces Comandante Porfirio Díaz, en el Gobierno de Tehuantepec.

—"¿Cuándo acaban con ese nido de víboras?"—preguntaba cierto ministro inglés, al General norteamericano Ulises Grant.

¿TIENEN LOS PUEBLOS DERECHO AL SUICIDIO?

De haber llegado aquel caso, es triste pero necesario decirlo, mal hubiéramos podido protestar contra la invasión. El mundo civilizado estuvo de nuestra parte cuando rechazamos la Intervención francesa, porque uno de los derechos incontrovertibles de los pueblos es el de constituirse libremente, y de esta libertad se pretendía privarnos entonces; pero las revueltas de carácter puramente personal, en ninguna parte gozan de simpatías, ni las justifica nada. Así es que con muy buenos pretextos habrían intervenido los demás pueblos para poner punto á nuestras cuestiones de palabras, fundados en el derecho con que la sociedad le quita de la mano la pistola al que pretende suicidarse. Existe perfecta analogía entre algunas de las relaciones del individuo con la sociedad y las recíprocas de los pueblos; y puesto que la libertad individual tiene por límites los derechos de los coasociados, la soberanía de un pueblo debe también acabar donde comiencen los derechos de las otras naciones.

Al razonar de esta manera, es indudable que nos quedamos muy por debajo de lo que los pueblos fuertes suelen exigir de los débiles, cuando éstos vulneran los intereses ó tientan la codicia de aquéllos: basta abrir la historia por cualquiera página para convencerse de la exactitud de estas duras verdades, de las que nunca se penetrarán suficientemente bien los espíritus de los mexicanos.

Así mismo, basta hojear las crónicas para descubrir en toda su espantosa desnudez otra verdad no menos dura acerca de los sucesos políticos ocurridos desde que el General Díaz puso en manos de Juárez, con admirable desinterés, el pabellón de la República victoriosa, hasta que lo recogió del hombre inepto que estuvo á punto de conducirlo al naufragio definitivo; he aquí esa verdad: excepción hecha de

muy contados hombres de buena fe, la inmensa mayoría de los políticos de esa triste era, sólo discutían sus propios intereses, no los de la patria, que yacían en completo olvido.

Tarea ingrata y, sobre todo, ajena de nuestros fines, sería relatar esos acontecimientos al por menor; eso equivaldría en estos momentos á exhumar de una huesa recién cerrada, el cadáver de un leproso. ¿Y á qué exponerse á infestar de nuevo nuestro bien saneado ambiente político, desenterrando gérmenes de virulentos morbos sociales, por dicha extinguidos ya? Quédense nombres y fechas para los que se pagan de palabras ó para quienes por deber necesiten decirlos más tarde, al escribir la historia de esa época de la vida nacional. Para nuestro objeto, nunca con más oportunidad puede decirse que el nombre no hace á la cosa; y el hecho á que aludimos es verdadero, existió; de eso no cabe dudar.

EL PUEBLO ERA ARRASTRADO A LA GUERRA CIVIL

Bajo cualquiera luz que se examinen las últimas revueltas de México, preciso es reconocer que no tuvieron más móvil ni otra causa cierta, que la muy sabida de que la guerra era hasta entonces en este país, la única industria viable y suficientemente remuneradora para los hombres de empresa. Pero importa mucho establecer á la vez, otro hecho tan esencial como indiscutible: ciertamente, la guerra era la única industria nacional viable, mas no era el pueblo quien la prefería y explotaba, sino las clases directoras. Al pueblo, al verdadero y desdichado pueblo, se le arrastró casi siempre á la guerra; y á fe que no sólo la mayor iniquidad, sino también la mayor torpeza de quienes tal hicieron, fué el haber apartado al indio de la sementera, de la mina y del taller, para sacrificarlo á miras puramente egoístas: he aquí la causa lógica é indudable de la perpetua bancarrota económica que sin falta daba al traste con los gobiernos de cuartelazo La penitencia en el pecado.

Por eso es superficial la creencia de que el licenciamiento de los setenta mil soldados de las reservas del Ejército, que fué necesario y justificado hacer cuando terminó la Guerra de Intervención, haya sido la causa directa de la recaída en la guerra civil. El error consistió no en haber devuelto el obrero al trabajo, sino en no haber sabido encauzar ni aprovechar en algún sentido útil para la nación, las energías y las actividades de los jefes de esos setenta mil hombres, que en realidad no eran soldados, sino de ocasión y por la fuerza.

¿ Acaso es posible olvidar tan pronto los horrores de la leva? Admira que alguien pueda creer que el indio haya dejado por gusto su parcela de terreno, su yunta y su jacal; con ser allí tan dura y triste su condición, siempre era mejor que la vida del soldado raso en esas épocas, toda miseria y privaciones, y sin más perspectivas que la muerte obscura en el campo de batalla, la ejecución en masa al abortar el pronunciamiento ó el banco de palos al frustrarse la deserción. En cambio, para los jefes la guerra era la fortuna, el amor, la gloria, el poder; tornar á la vida civil, prosaica y ordenada, equivalía á renunciar á todo un mundo de halagüeñas esperanzas; y puesto que la patria no podía lanzarse á aventuras del género de las que ideó el gran Napoleón, como derivativo de la fiebre revolucionaria de Francia, ni podía mantener á su Ejército en pié de guerra, porque eso nos habría conducido á la agotante paz armada, cuando el Presidente Juárez los condenó á colgar el uniforme y á volver patrióticamente á la obscuridad de que habían salido, ellos se encargaron de demostrar, á fuerza de pronunciamientos, lo ingenuo de tal determinación, altamente democrática, pero nada humana y todavía menos política que humana.

HAY QUE DESCONFIAR DE LOS POLITICASTROS

Aquí nos sale al paso otra palabra de la clave que explica el recrudecimiento de la guerra civil después del triunfo de la República. Así como los simples soldados eran arrastrados por sus jefes, éstos lo eran á su vez por los politicastros, una de tantas calamidades heredadas del podrido régimen colonial.

Allá en los tiempos de "Religión y Fueros," los militares procedentes del venal Ejército creado por Su Alteza Serenísima á imagen y semejanza propia, se pronunciaban por su cuenta y en defensa de sus caros y sustanciosos privilegios y de los del clero, que pagaba largamente porque le defendieran los suyos. Pero no es posible confundir ni comparar siquiera á los jefes pronunciados del antiguo Ejército, tradicionalista y corrompido, con los jefes que á raíz de terminada la guerra de Intervención se alzaron en armas. Si bien estos alzamientos son tan reprochables como todos, porque comprometieron seriamente el porvenir de la patria, no cabe duda en que los pronunciados de esta última época de trastornos, valían moralmente mucho más que sus antecesores. Para convencerso de ello, basta recordar que la oficialidad del Ejército liberal, se formó en mayoría de lo mejor y más honrado de la juventud mexicana que tomó la espada en defensa de la nacionalidad é impulsada por nobilísimos ideales.

Desgraciadamente, la situación anómala en que esa oficialidad quedó por el licenciamiento, apartada de la vida pacífica y demasiado avanzada en la carrera militar para resolverse á cambiar de ruta, se prestaba mucho para que los politicastros sacasen partido de ella; y lo sacaron sin escrúpulos. Puede asegurarse que con muy raras excepciones, detrás de cada jefe de los pronunciados por la legalidad, se ocultaba algún politicastro, jacobino ó conservador, defraudado en las ambiciones que cifrara en el triunfo ó en la ruina de la República.

EL GENERAL DIAZ DEVOLVIO EL PUEBLO AL TRABAJO

El licenciamiento del Ejército no fué sino uno de tantos pretextos de rebelión más ó menos hábilmente explotados entonces, como la legalidad y el federalismo, pero que en sí no tuvo influencia preponderante, menos aún decisiva, en los disturbios posteriores á la segunda Independencia. La prueba clarísima é incontestable de ello es que el General Díaz no necesitó para afirmar la situación, llamar á las armas á los setenta mil licenciados, ni pactar en forma alguna con el militarismo pretoriano y disolvente. Muy por el contrario, es palpable, está á nuestra vista, que la política de este gran soldado, en perfecto acuerdo con el alto y genuino espíritu militar que todos le reconocen, ha tendido siempre tenaz y firmemente á disciplinar el Ejército, á descargar al erario de gastos onerosos, mediante la reducción de las tropas al efectivo estrictamente necesario para garantizar la seguridad pública y la conservación del orden; y sobre todo, á instruir y á moralizar á la oficialidad, particularmente á la de superior graduación, y á reducirla á su verdadero papel de "servidora" y no de "tirana" de la patria, de celosa guardiana y no de perturbadora del orden.

Esta política, que los más remotos antecedentes militares del General Díaz abonan y prueban que es hija de convicciones muy depuradas y sinceras, desmiente y pone fuera de discusión la especie de que el triunfo del plan de Tuxtepec, fuera un triunfo del militarismo, y trajera consigo la dictadura militar. Esta es una de tantas soflamas burdas con que se ha querido sembrar la duda y el descontento en los espíritus sencillos. Quien como el General Díaz no tiene en toda su hoja de servicios la más ligera mancha, no podía desmentir su vida entera convirtiéndose en dictador militar; esto no hubiera sido lógico ni humano, y en efecto, no ha sido. Racionalmente, fatalmente, como una consecuencia ineludible de su pasado político y militar, el General Díaz debía ser quien exterminara la especie dañina de Pío Marcha. Así lo hizo; y no creyendo completa su obra con la ruina total del militarismo

santanista, llevó adelante la empresa y estableció sobre bases solidísimas el poder civil, quizás por primera vez en nuestra historia.

No faltará quien objete que mal puede llamarse netamente civil el gobierno que tiene por cabeza á un militar, y que suele encomendar á soldados los cargos importantes de la administración. He aquí un reparo trivial. Lo que caracteriza á un gobierno son las leyes á que subordina sus procedimientos; y es de pública notoriedad que bajo el Gobierno del General Díaz, la Ordenanza sólo ha regido en el fuero militar.

El haber confiado algunos puestos administrativos á soldados de valer y de prestigio, sin distinción de opiniones, ha sido uno de los toques magistrales de la política del General Díaz, no sólo porque con ello devolvió al trabajo pacífico energías cuya falta de empleo era un peligro constante para la conservación de la paz, sino porque á la vez que recompensó servicios que no debían olvidarse, prestados con abnegación á la patria y á la causa liberal, logró la sujeción de los caracteres turbulentos al someterlos á la disciplina del trabajo, al sujetarlos á la equidad de las leyes civiles y al ligar los intereses particulares con los públicos, que entonces, como ahora y como siempre, dependían y dependerán de la conservación del orden. Como complemento de esas medidas, creó el Depósito para los jefes y oficiales ameritados, cuyas energías y aptitudes pudieran ser utilizadas en el servicio militar, y convirtió á los temibles guerrilleros y **plateados** en celosos guardias rurales.

De lo anterior se desprende claramente que el General Díaz debe el éxito de su magna empresa, entre otras causas principales, á que supo devolver á la vida civil la enorme suma de energías de todos aquellos mexicanos que por un concurso de circunstancias especiales, no tenían más empleo ni otra esperanza de medro que las revueltas.

LA GUERRA ERA LA UNICA INDUSTRIA NACIONAL

Con ser el orden y la paz tan adversos á los intereses personalísimos de militares levantiscos y politicastros ambiciosos, aun había otro grupo antisocial que se empeñase, tal vez más que aquellos dos, en prolongar indefinidamente los disturbios que arruinaban á la patria.

Formaban este tercer grupo de agitadores por conveniencia, financieros, mejor dicho, especuladores sin escrúpulos, agiotistas desaforados y comerciantes de mala fe, que habían hallado en el México de las revoluciones, medio propicio para realizar negocios tan turbios como provechosos, los cuales como era natural, habían creado grandes intereses que no se podía contrariar fácil ni impunemente.

¿Qué intereses vergonzantes eran aquellos antagónicos de los de la paz, es decir, de los de la nación, y á qué lamentables causas se debía la existencia de semejante calamidad social? Vamos á tratar de explicarlo en breve síntesis:

Agotadas ó no abiertas aún las fuentes normales de las rentas públicas, y alucinados los gobiernos con la leyenda de la inagotable riqueza del territorio, no vacilaban en contraer deudas onerosísimas, con réditos verdaderamente escandalosos, destinadas á salvar los apuros del momento y á sostener las campañas contra sus opositores. La ignorancia de los principios económicos más elementales, inducía á los culpables de tamaños errores, á hacerse la ilusión de que vencido el bando enemigo, podrían reponerse y subsanar las consecuencias de sus torpezas financieras; pocos llegaron á vislumbrar que éstas eran la causa real é inmediata de la inestabilidad de los gobiernos; en cambio hubo quien llegase á declarar que la deuda pública era pequeña en comparación de los recursos naturales del país.

Lo peor de tal situación, fué que si hubo quienes contrajeran de buena fe deudas ruinosas y abrumadores compromisos, pero con esperanzas fundadas y legítimas de triunfo, y obligados por la necesidad, que es la suprema excusa, fueron más los que gravaron y comprometieron el tesoro nacional dolosamente y á sabiendas de que ni habrían de ser ellos

quienes respondiesen de la deuda, ni tenían derecho de obligar al país á pagarla, porque tampoco le tenían de contratar en su nombre.

Para que se comprenda lo inicuo é impolítico de los negocios que los gobiernos de lance ó en apuros acostumbraban á hacer, lo cual explicará mejor que nada el interés que los gananciosos en tales chanchullos tenían en que no se restableciese el orden, citaremos dos casos tipos, rigurosamente históricos:

"En 1833 se cedieron á una casa comercial, cuatro y una octava parte acciones de la Compañía de Tabaco, que tenían alta estimación, por la suma de $339,375, así formada:

"En órdenes sobre las aduanas marítimas, amortizables, con un 80 o|o en dinero efectivo y 20 o|o en abono de derechos..	$309,375
"En dinero efectivo, mitad en plata y mitad en cobre.	30,000
Total...	$339,375

"Esos treinta mil pesos se emplearon, según informó á las Cámaras el Ministro D. José María Bocanegra, en facilitar $18,000 á la división que marchaba al Sur, á las órdenes del General D. José Antonio Mejía, y $10,000 á la del General Don Gabriel Valencia, destinada á combatir á los pronunciados de Zacapoaxtla. Y no pararon aquí las cosas, sino que en lugar de los $309,375 en órdenes de aduana, que siquiera hubieran descargado al erario de una deuda apremiante, se admitieron créditos anteriores á la Independencia, por el mismo valor, mediante la entrega de $36,000 en dinero efectivo. En suma, bienes que probablemente valían más de $500,000, se vendieron en $66,000, parte de ellos en cobre." (*)

El otro caso fué el de la venta del convento de la Enseñanza, hoy Palacio de Justicia Civil, ubicado en la calle de Cordobanes. Ocurrió el día que el Gobierno legítimo tuvo que salir violentamente de la capital de la República, al sa-

(*) P. Macedo.—*La Hacienda Pública.*



Casa en que vivió el Gral. Díaz en Tlacotálpam, cuando se retiró á la vida privada para consagrarse á la agricultura, después de haber prestado servicios impagables durante la campaña contra la intervención y el llamado Imperio. La apariencia humildísima de esta mansión, es el mejor argumento para demostrar la modestia, el desinterés y la probidad del héroe y caudillo mexicano que la habitó.

berse la aproximación del ejército francés invasor. No había dinero ni para los gastos indispensables de la épica peregrinación del poder constitucional. Un agiotista norteamericano propuso comprar el convento susodicho, dando $20,000 al contado y el resto hasta $150,000, precio inicuo, en bonos de un crédito más ó menos dudoso, pero reconocido por algún gobierno anterior. Se aceptó la proposición salvadora; mas a causa de la violencia con que partieron el Presidente Juárez y sus ministros y acompañantes, se comisionó á cierto general para que firmase la escritura de venta y recibiese los dineros.

Muchos años después, cuando este caso se presentó ante la Comisión Mixta de Reclamaciones que se reunió en Washington, de común acuerdo entre México y los Estados Unidos, sólo se pudo poner en claro que el General comisionado para ultimar la venta de la Enseñanza, había firmado la escritura, circunstancia que daba fundamento á la reclamación; pero el Gobierno legítimo no había recibido los veinte mil pesos, y en cambio, había pagado más tarde por cuerda separada, el crédito que formaba parte del convenio. El comisionado decía que había firmado sin cobrar; el agiotista exigía la entrega del edificio, asegurando haber pagado. Desenlace final: el representante de los Estados Unidos y el árbitro inglés de la Comisión de Reclamaciones, fallaron condenando á México á pagar una fuerte indemnización para reivindicar la propiedad del Palacio de Justicia.

Variando nombres, fechas y cantidades, en el fondo eran semejantes los **negocios** á que tuvieron que renunciar los especuladores, tan pronto como el General Díaz estableció el orden público y la moralidad administrativa.

No por esto se crea que el erario nacional fuese en la época de la anarquía la única presa de la usura; el mal era aun más profundo y generalizado: el país entero estaba en garras del agio. Esto es fácil de explicar.

El abuso que las autoridades de ocasión y los jefes de los bandos beligerantes hacían de las contribuciones extraordinarias, del préstamo forzoso y de la exacción en todas las formas imaginables, no sólo ahuyentaba al capital extranjero, sino que obligaba al poco que había en el país á

ocultarse lo mejor que podía; y por una consecuencia ineludible de la ley de la oferta y la demanda, los que se atrevían á hacer inversiones de dinero, exigían y obtenían réditos fantásticos, que las víctimas pagaban apremiadas por necesidades angustiosas.

El riesgo era otra razón poderosísima y justa, lo mismo del encarecimiento del dinero, que de la ruina casi total de toda industria honrada y benéfica. En efecto, nadie quería aventurarse á ver saqueada é incendiada su hacienda, su fábrica ó su almacén, que á buen componer, solían ser destruídos á cañonazos en algún combate épico. Mas esto no consolaba á los capitalistas, que siempre han sido refractarios á las bellezas de la epopeya. Además, ¿para qué producir, si no había consumidores? Bien entendido que si no los había no era ciertamente por falta de necesidades, sino por la carencia de medios para satisfacerlas. A los privilegiados que podían hacerlo, encargábase de proveerles el último, pero no el menos temible de los grupos antisociales que vivían del desorden: el de los contrabandistas.

Cumple decir de estos señores, para pintar mejor la importancia de sus intereses y los esfuerzos que harían para defenderles, que no eran asendereados criminales que se ganasen duramente la vida burlando la vigilancia de los aduaneros, sino que tenían grandes casas establecidas en las fronteras, en los puertos y en la capital misma, gastaban pomposas razones sociales, algunas de ellas todavía vivas, manejaban millones y no hacían gran misterio del ilícito tráfico á que debían su prosperidad.

Resumiendo, es evidente que la anarquía imposibilitaba la existencia de las industrias de la paz, sanas y legítimas, que hacen la fortuna del hombre laborioso y pacífico, y dan bienestar á los pueblos; y como compensación forzada y lamentable, daba vida á las industrias de la guerra, inmorales y disolventes, pero las únicas viables en aquellas circunstancias.

La consecuencia lógica de este hecho era que los explotadores de la anarquía, que no podían resignarse por buenas á perder las ventajas que de sus reprobadas industrias cosechaban, se opusiesen á la pacificación con todas sus fuerzas,

que no eran despreciables, y con sus abundantísimos recursos, ya sobornando gobernantes y jefes venales, ya fomentando conspiraciones é intrigas, ya suscitando dificultades y conflictos internacionales, ya, por último, proporcionando dinero indistintamente á todos los partidos, mas en condiciones tan leoninas, que precipitaban la caída de los que á tales arbitrios acudían.

De la anterior consecuencia resulta el corolario de que la especulación insana que procuramos sintetizar en este capítulo, fué uno de los obstáculos formidables que el General Díaz tuvo que remover y allanar para llevar á cabo su obra regeneradora; y en efecto, así lo hizo al poner punto al despilfarro de los fondos públicos, y á los negocios con los agiotistas, al moralizar á los funcionarios, al dar al traste con el contrabando y al ofrecer sólida garantía á la propiedad, al trabajo y al capital propio y extraño.

MEXICO PARA TODOS LOS MEXICANOS

En los capítulos que preceden queda someramente sintetizado el conflicto de intereses de que nacían algunas de las causas profundas de la anarquía nacional; conflicto al parecer insoluble, puesto que la paz debía traer consigo por fuerza la ruina, la miseria y la obscuridad para ciertos grupos de mexicanos, tan numerosos como influyentes, y que en aquel entonces constituían las clases directoras, por falta ó incapacidad de las que hubieran debido desempeñar esta altísima función social. Intentaremos ahora dar idea del conflicto de opiniones y principios políticos y económicos, que por modo principalísimo contribuyó á producir aquel estado de morbosa agitación, funesto para la subsistencia y, con mayor razón, para el desarrollo de nuestra incipiente nacionalidad.

En cuanto á opiniones, á raíz del restablecimiento de la República, y no obstante el triunfo del partido liberal, se-

guían en violenta pugna los dos bandos tradicionales, el jacobino y el conservador. Aquél, crecido con la victoria, entregado á exageraciones pueriles y no pareciéndole nada bastante bueno para pagarse de su constancia y de sus sacrificios, ni bastante duro para humillar y castigar al contrario; éste, vencido, pero no convencido y con razón, como que nadie podía creer en el liberalismo de los que pretendían imponer este dilema: ó piensas como yo ó serás un paria en la patria común.

Este hecho sugiere una suposición á que los sucesos de los últimos treinta años dan el valor de verdad demostrada, y es, que la causa íntima y humana de la lucha de los partidos, fué también y ante todo cuestión más de intereses que de credos, puesto que el exclusivismo del vencedor, quienquiera que fuese, verde ó rojo, tendía siempre á privar implacablemente del manejo de la cosa pública al vencido.

Unicamente un político de genio verdaderamente liberal, podía comprender que aquel momento en que estaban frescos los tremendos desengaños que los conservadores moderados y de buena fe habían recibido de la teocracia y de la monarquía, era el momento oportuno, mejor dicho, el matemático para afirmar la victoria y dar estabilidad á la obra de nuestros libertadores, uniendo á todos los mexicanos honrados en una elevada aspiración común: el engrandecimiento de la patria por la decapitación de los partidos; y es obvio que esta magna empresa sólo podía realizarse mediante el concurso de todas las energías nacionales, sin distinción de banderías ni opiniones.

La voluntad, por naturaleza inflexible y rectilínea de Juárez, aprisionada además entre las durísimas y apretadas mallas de los compromisos y las tiranías de su partido, no era adecuada para intentar la conciliación de los ánimos. Fuerza es que obedeciendo á la ley ineludible de las compensaciones, los hombres tengan los defectos correspondientes á sus grandes cualidades. A mayor abundamiento, lo duro y prolongado de la lucha que el caudillo de la Reforma sostuvo, debió endurecer todavía más su carácter, sin contar con que los odios inmensos y los inapagables rencores que

atrajo sobre sí con su obra, le incapacitaban para toda empresa de amor y de paz. Injusticia sería negar que la acometió con la energía y la buena intención que ponía en todos sus actos, y que en lo personal dió pruebas de gran moderación. Pero recuérdese que Juárez, consecuente hasta la nimiedad con su concepto de la democracia y, más que todo quizás, por dar ejemplo de observancia de los principios que encarnaba, fué débil en ciertos casos ante las imposiciones de partido, especialmente cuando procedían de los legisladores; y aunque muchos creen paradojal atribuir alguna debilidad á Juárez, la de que nosotros hablamos es cabalmente una de tantas consecuencias lógicas, fatales, de la inflexibilidad de los caracteres.

La intolerancia con que á partir del triunfo de la República se postergó durante algunos años á los conservadores honrados y aptos, fué un error que costó mucha sangre y mucho más dinero. No se medía á los hombres por sus capacidades, sino por la opinión que profesaban ó fingían profesar, y seguíase la vulgar política de "barrer para adentro," pésima siempre porque la basura en todas partes sobra. De esta manera, todo aquel que se anunciaba como liberal exaltado, tanto más vocinglero y radical, cuanto más oportunistas y frescas eran sus **convicciones,** y todo el que sabía zurcir discursos incendiarios á que la literatura revolucionaria francesa proveía abundantemente de frases de oropel y lugares comunes, ese podía estar seguro de conquistar un buen puesto en aquel curioso mundo de politicastros hueros y declamadores.

Así se explica fácilmente que los negocios públicos anduviesen de capa caída, pues que solían manejarlos personas que los dirigían en francés, quiere decirse, con ideas ajenas, tan mal entendidas como poco aplicables á nuestras circunstancias. Esto mismo da la razón de que con tan poco esfuerzo diesen alternativamente al traste los politicastros postergados, con los que eran dueños del poder, como que unos y otros andaban á la par en punto á miras y alcances, pues trayendo sin cesar en boca al pueblo y á la patria, ni se cuidaban en realidad de estas entidades, para ellos metafísi-

cas, ni en justa reciprocidad contaban con el apoyo sincero y espontáneo de ellas.

Estas son pequeñeces propias de la edad infantil de los pueblos que, como el mexicano, tuvieron por primeras lecturas anécdotas sentimentales de los llamados ciudadanos virtuosos de Grecia y Roma, rebuscadas, aderezadas y sublimadas por los siniestros farsantes que en nombre de la libertad organizaron el Terror del 93, y que cantando himnos á las virtudes, degollaron sin piedad á todo el que no pensaba como ellos. Grande en lo grande y chico en lo chico, los torquemadas del jacobinismo mexicano, que tenían dividida á la nación, irreconciliablemente en apariencia, fueron dignos discípulos de tales maestros. Del mismo modo que el inmortal manchego ponía todo su empeño en imitar á los paladines de la andante caballería, parece que ciertos **padres de la patria** no tenían más ideal que copiar las frases y los gestos del ciudadano griego, romano ó terrorista á quien habían tomado por modelo. A la mano están las crónicas parlamentarias para convencerse de ello. Nada importaba que la patria se desangrase entretanto, presa de la soldadesca desencadenada por los bandos en pugna; lo esencial era desempeñar á conciencia el papel, y escuchar aplausos al final de aquellas vacías discusiones de palabras, que dieron triste celebridad á los congresos con que Juárez luchó perennemente, y que amargaron los últimos años de la vida del Reformador.

De lo que llevamos dicho se deduce que para llevar á feliz término la misión grandiosa y beneficentísima de unir á los mexicanos, se necesitaba sin duda un carácter enérgico y poderoso, pero flexible, como el del General Díaz; y se necesitaba todavía más un genio político no obcecado por las disquisiciones metafísicas que enloquecían á las medianías de esa época; un alma no envenenada por los rencores del vencido, ni por la soberbia del vencedor; y una personalidad cuyos antecedentes fuesen garantía de equidad y de moderación, á la vez que de firmeza inquebrantable en los verdaderos principios del liberalismo.

El General Díaz satisfizo estas difíciles condiciones por-

que durante la era terrible vivió en los campamentos, alejado de los infectos centros de la política y en íntimo contacto y perfecta comunión con el doliente y abnegado pueblo cuyo nombre se profanaba; y es seguro que de las observaciones que hizo en su vida de soldado, dedujo la fórmula salvadora con que puso fin á las discordias fratricidas: México para **todos** los mexicanos.

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO

Graves causas de anarquía y de disolución social eran sin duda las que dejamos compendiadas en los capítulos precedentes; sin embargo, aún era más difícil de remover otro obstáculo que se alzaba formidable entre los mexicanos y les impedía unirse para procurar el bien común. Este obstáculo era la idea falsa y exagerada que se tenía del federalismo, principio excelente en sí, pero que para nosotros no fué hasta poco ha, sino una de tantas manifestaciones de cierto inveterado cáncer, del que todavía conservamos huellas sensibles: el **provincialismo.**

Para explicar este aserto, tenemos que remontarnos á la época precortesiana, cuando bajo la hegemonía de los **mexica,** la región central y buena parte de la septentrional del continente americano, estaban habitadas por numerosa teoría de tribus, á quienes dividían, más que la enormidad de las distancias y lo vario de costumbres y religiones, las inconciliables rivalidades de intereses y los enconados é inolvidables rencores que entre ellas existían. El único lazo que ataba á esos pueblos étnicamente heterogéneos y enemigos por conveniencia, era el odioso y crudelísimo del tributo de sangre y dinero á que les había sujetado el común sojuzgador; y es obvio que semejante cadena sólo podía inspirar deseos de romperla y librarse de su pesadumbre cuanto antes.

Al substituir la dominación hispana á la hegemonía **mexica,** los conquistadores tenían la conciencia de que, uniéndose las tribus indígenas, recuperarían fácilmente la li-

bertad. Para evitarlo, con la maquiavélica habilidad que inspira la codicia, desde el primer momento acudieron al socorrido y clásico recurso de fomentar los odios y los antagonismos que separaban á los vencidos, é impedir todo contacto y toda ocasión de inteligencia entre ellos: "dividir para reinar." Tal parece haber sido la idea fija que inspiró la política colonial, á juzgar por los procedimientos que se emplearon en la administración del país conquistado. La característica de ellos fué conservar bajo nombres nuevos, las instituciones tiránicas de los mexica, algunas de las cuales se hicieron aun más duras é inicuas. La división del virreinato en provincias é intendencias, alguna de aquéllas bajo el mando directo de la corona, como la capitanía general de Yucatán; las trabas irritantes y las pesadísimas gabelas puestas al comercio interior y al extranjero; y más que todo, la forma y el sistema de recaudación de los impuestos, fueron medios eficacísimos para mantener en la rivalidad y en el aislamiento á las razas esclavizadas. A esta obra antisocial é inhumana cooperaron grandemente la escabrosidad y la extensión del territorio, que han sido los más serios obstáculos naturales que se han opuesto á la unidad nacional.

He aquí el terreno en que se sembró la simiente del federalismo, casi á raíz de habérsele puesto fin á la desenfrenada y torpe expoliación colonial. Fácil es comprender que cuando se pronunciaron por vez primera las grandes palabras de soberanía y libertad de los Estados é independencia de sus poderes, los espíritus, mal ó nada preparados para practicar el sistema federal en lo que tiene de noble, útil y benéfico, entendieron por ello el triunfo radical del provincialismo y la deliberación absoluta de todo deber y de toda carga respecto del aborrecido poder central, que para los provincianos de esa época, lo mismo daba que se llamase nación que metrópoli, presidente, rey ó emperador: todo lo confundían en su rencor de esclavos contra el amo codicioso y brutal que les había extorsionado durante siglos.

La sutil penetración y el sentido práctico del General Díaz, deben haberle llevado forzosamente al descubrimiento de este peligroso pero lógico estado de conciencia de las he-

terogéneas fracciones del pueblo mexicano, desde la época en que como caudillo sin tribu y jefe sin soldados, peregrinaba de estado en estado, sufriendo amargas decepciones al solicitar ayuda para la defensa de la patria común, en nombre del Gobierno Federal, confinado en un rincón del Norte del territorio.

Injusticia grave sería desconocer que tratándose de invasiones extranjeras, la mayoría de nuestro pueblo ha dado siempre heróicas y ejemplares pruebas de solidaridad, de patriotismo y de disciplina, bajo la dirección del Supremo Gobierno; desgraciadamente, no puede decirse lo mismo de las clases directoras, aun del bando republicano, que ni en los momentos angustiosos de la lucha con la Intervención, supieron dominar su díscolo provincialismo y hacer á un lado las rencillas de campanario. Calcúlese por esto lo que harían una vez alejado el enemigo extraño y en plena anarquía, dizque por la legalidad.

Incidentes como el que vamos á relatar, debieron ser para un espíritu perspicaz y observador, como el del General Díaz, claras y suficientes revelaciones del falso concepto del federalismo que entonces imperaba, y de las funestas consecuencias que traería consigo, de no rectificarse el error.

Al llegar á su propio Estado natal, después de su primera evasión de Puebla, iba investido con plenos poderes y llevaba idéntico fin de reorganizar el ejército y reanudar la campaña; pero el Gobernador de Oaxaca, D. Ramón Cajiga, y su Secretario, D. José Esperón, se opusieron terminantemente á los designios del Gobierno Federal, escudándose con la soberanía del Estado y declarando sin embozo, que á los intereses particulares de éste convenía que permaneciera neutral ante la invasión extranjera. Más tarde averiguó el General Díaz que Cajiga estaba en inteligencia con el jefe francés que mandaba en Tehuacán, y que en virtud de ese pacto, se le había prohibido al General Félix que atacara una fuerza liberal que había en Venta Salada.

Rechazado el invasor y triunfante la República, la discordia federalista renació más virulenta que nunca, fomentada y aprovechada por los caciques ambiciosos, y alentada

por la impunidad que resultaba de la falta de vías de comunicación, de la inmoralidad de ciertos jefes militares y de la penuria del erario; faltas crónicas y según creencia general incurables, que reducían al Supremo Gobierno á la impotencia para dominar y escarmentar al caciquismo insolente y levantisco, y le convertían casi en rey de burlas. Vez hubo que cierto célebre mandarín fronterizo, llamado oficialmente por el Ministro de Guerra del Gobierno de Juárez, para tomarle cuentas de su conducta, contestara por telégrafo con una andanada de injurias soeces, que se devoraron en silencio y se dejaron sin castigo.

De no haber habido quien supiera poner remedio á este gravísimo y complicado mal, México hubiera acabado por desmembrarse en un puñado de republiquillas miserables, claudicantes y revoltosas; catástrofe tanto más posible, cuanto que del fraccionamiento de la confederación mexicana, hubieran resultado naciones—¡qué ironía!—mucho mayores y más viables y fuertes sin comparación, que las centroamericanas cuyo ejemplo es harto edificante.

Mas por fortuna nuestra, el General Díaz percibió con su poderosa intuición, á la vez que el peligro, los medios de evitarlo: ferrocarriles y telégrafos para acercar y poner en contacto á los mexicanos de las más apartadas regiones del territorio y enseñarles á amarse, á estimarse y á cumplir libre, honrada y conscientemente, el pacto de ser **uno para todos y todos para uno;** sublime ideal de los constituyentes que firmaron ese pacto en nombre del pueblo mexicano, cuando los disímbolos elementos de éste, si no se odiaban, por lo menos se ignoraban y desconocían recíprocamente.

Los estadistas tan bien intencionados como poco prácticos que instituyeron de derecho el régimen federal desde los primeros años de independencia, no comprendieron que en aquellas condiciones era una utopia y á la vez un germen de disolución, el **e pluribus unum** con que soñaban. Así pues, sólo nos dieron un ideal por alcanzar, que no pocas veces se convirtió en bandera de rebelión, y que por esto llegó á creerse irrealizable. La verdad es que el General Díaz fué quien hizo posible el federalismo, y lo tornó de fu-

nesto y artificial, en beneficentísimo y castizo, apagando discordias, acortando distancias, creando intereses comunes, repartiendo equitativamente las cargas, comprometiendo la fortuna y el amor propio de los mexicanos de todas las regiones y de todos los partidos, en la suerte de la nación; y finalmente, haciendo efectivas y perceptibles para todos las ventajas de la unión y de la solidaridad, que hasta entonces no habían sido más que palabras vanas y aspiraciones inasequibles.

Unir á los mexicanos: he aquí el gran pensamiento político del General Díaz; pensamiento genial, gloria de su vida, eje de su administración, fundamento de su obra y origen de todos los bienes de que hoy goza México; pensamiento fecundo y matemáticamente infalible, porque la unión es la fuerza y la fuerza es la vida.

LA SITUACION ERA DESESPERANTE

Como consecuencia de los factores de desorden que hemos considerado hasta aquí, y de otros que no es del caso consignar, ya por su poca monta, ya por ser ajenos del fin de este libro, la situación de la República al terminar la guerra de Intervención, era más que peligrosa, desesperante. Cierto es que se había aniquilado y reducido á la impotencia al partido conservador, al que se le imputaba entonces y muchos siguen imputándole todavía, la responsabilidad íntegra de las convulsiones que agitaban al país; la reforma de las instituciones era un grandioso hecho consumado; y por último, se había reivindicado una vez más y de una manera decisiva y escarmentadora, la autonomía de la nación. Pero, ¿á qué precio?

El estado real y verdadero de México, poco después de haber alcanzado esa magnífica serie de triunfos, era exactamente el de un enfermo en quien se acabara de ejecutar á la perfección una de esas operaciones que con siniestra ironía califican de felices los cirujanos, porque con ellas consi-

guen el objeto inmediato de extirpar un tumor ó amputar un miembro, presa de la gangrena; pero que en cambio fracasan en lo principal, puesto que apresuran casi siempre la muerte del paciente, bien por el choque nervioso, bien por el envenenamiento de la sangre. Habíamos creído hallar la salud amputándonos aquellas partes del cerebro y del corazón, que pensaban y sentían con atraso de tres siglos y aquel miembro podrido que era el ejército que nos legó Santa Anna; nos habíamos arrancado de las entrañas aquel quiste de monarquía absurda, sembrado por la perfidia de Napoleón el pequeño; finalmente, habíamos substituido los órganos amputados con excelentes piezas ortopédicas de la mejor marca extranjera y en cuyo correcto funcionamiento cifrábamos nuestras esperanzas de vida. Conforme á la cirugía, todas esas operaciones fueron necesarias, urgentes y ejecutadas con rara destreza: felices, hablando en términos técnicos; pero la naturaleza, que parece empeñada en burlarse de la cirugía, no perdonó tan propicia ocasión de recordarnos que odia los saltos, las brusquedades y las violencias.

Afirmamos nuestra autonomía, mas por lo pronto fué á costa del aislamiento, mejor dicho, de la cuarentena universal, porque exceptuando la amistad interesada y á veces incierta de los Estados Unidos, el resto del mundo civilizado nos veía con horror y desprecio, aparentemente, por habernos atrevido á derramar la sangre preciosa de un Lorena; en realidad, porque no querían tratar con un pueblo que rehusaba pagar sus deudas, que no respetaba á los extranjeros ni se cuidaba de los intereses de éstos, que recibía á cañonazos á los reclamantes, y á quien la protección sistemática del coloso del Norte hacía inviolable. Es necesario reconocer que aun cuando no fuese justo, tal era el punto de vista desde el que nos consideraba el mundo europeo.

Confiábamos en el buen funcionamiento de nuestras flamantes instituciones, y el resultado desconsolador era que algo por venirnos grandes, como que no habían sido hechas á nuestra medida, y mucho por el agotamiento consiguiente al enorme y prematuro esfuerzo que nos costó adquirirlas, lejos de aprovecharnos de sus ventajas reales y de trabajar

en elevarnos á su altura, las habíamos convertido en fuente inagotable de controversias y querellas; con la agravante de no ser ya dos partidos distintos los que luchaban por el triunfo de las ideas, sino hombres del mismo bando los que promovían lamentables cuestiones de palabras, sin más finalidad que el logro de las ambiciones personales.

Por último, nos habíamos mutilado estóicamente para salvarnos de la gangrena de la discordia, y descubríamos con espanto que el morbo había infestado ya toda la sangre nacional, puesto que sin ideales altos ni motivos nobles, seguíamos riñendo y destrozándonos sobre la Constitución, por hábito, por enfermedad al parecer incurable y necesariamente mortal.

De estos hechos, cuya evidencia para nadie pasaba desapercibida, nacía la creencia de que aquella situación debía tener por fin lógico el naufragio y la pérdida definitiva de la nacionalidad mexicana. En efecto, sólo á los espíritus sencillos podía engañar el pretexto de la legalidad, que se invocaba como razón suficiente de las últimas convulsiones que trastornaron al país; por el contrario, para un buen observador, era incuestionable que existían otras causas más graves y profundas de agitación y de malestar—entre ellas las que expusimos ya—porque así como un organismo sano y robusto es refractario al contagio, del mismo modo los ambiciosos no hubieran encontrado eco entonces, como no lo encuentran hoy, si el agotamiento y la desorganización de la patria agonizante, no les hubieran ofrecido medio propicio para ejercitar su letal actividad de microbios patógenos.

Lo que excepto el General Díaz, nadie supo descubrir á tiempo, fué el remedio eficaz que requería el mal en aquellos angustiosos momentos; y si alguien lo descubrió, es obvio que no pudo ó no quiso aplicarlo.

EL PARTIDO LIBERAL HABIA CUMPLIDO SU MISION

Pero sería grave injusticia y aun más grave ingratitud culpar á los jefes del partido liberal, de la tremenda situación de la República á raíz de consumada la Reforma y asegurada la autonomía nacional; tanto montaría llamar asesino al médico que con puras intenciones cumple su deber estrictamente dentro de los alcances de su ciencia.

Así lo cumplieron los grandes liberales mexicanos: al servicio de su noble causa pusieron todo su saber, consagraron su existencia íntegra y procedieron siempre con tan sincera fe y tan impecable probidad, que por estas solas consideraciones merecerían respeto y veneración, aun cuando se hubiesen equivocado, que no fué así. Por encima de todo esto, hay que ensalzar su desinterés, porque mientras un médico vulgar trabaja por hacer su fortuna, aquellos paladines de la libertad y del derecho sanearon de añejos cánceres nuestro organismo social, sin haberse manchado las manos ni con sangre inocente, ni lo que es más, con los inmensos caudales que por ellas pasaron.

Sería, pues, inicuo reprocharles que no hayan podido reorganizar y pacificar el país, después de haber reformado las instituciones absurdas que lo regían, y de haber reivindicado de paso la nacionalidad amenazada. Sobrado hicieron con habernos dado el sér, para que no tengamos derecho á reclamarles que no nos hubiesen dado también la manera de ser. Y sin embargo, lo intentaron en los breves momentos de tregua que les dejó la homérica lucha en que vivieron empeñados casi hasta el fin de su vida; pero ni esos momentos podían bastarles para llevar á cabo una empresa en sí larga y paciente, ni los grandes revolucionarios, por razón natural muy odiados, han podido nunca realizar obras de paz, que requieren indispensablemente el concierto de las voluntades y la serenidad de los ánimos.

Para acallar de una vez todo conato de inculpación á los caudillos de la Reforma, téngase presente que la obra por ellos iniciada y consumada en poco más de una década, ha

costado durante siglos ríos de sangre en el Viejo Mundo, y ha consumido allí la existencia de muchas generaciones de eminentes políticos, sin haberse realizado y consolidado como en nuestro país. ¿Por qué quejarnos, pues, de que la inmensa labor de nuestros liberales haya tenido defectos, ni de que haya producido la tremenda crisis á que antes aludimos? Añádase que algunos de los males que aquejaban á la patria, por cierto, los más serios, no eran consecuencia de la Reforma, sino muy anteriores á ella, y á lo sumo se agravaron con esta gran revolución, por haber sido forzoso descuidarlos como peligros secundarios, comparados con el supremo de dejar de ser.

Resumiendo, los caudillos de la Reforma tenían sobrada razón para estar exhaustos por lo titánico del esfuerzo que exigió de ellos la reconstitución de la República; pero aun suponiéndoles llenos de vigor y de aliento para seguir trabajando eficazmente en lo que el bien público requería, les incapacitaban para ello—necesario es repetirlo—su educación, sus ideas, sus convicciones, su vida entera, y. sobre todo, los rencores que habían provocado y vencido, pero que no les era dable apagar ni con su muerte, pues habrían de perseguirles hasta más allá de la tumba. Su altísima y espinosa misión estaba cumplida.

NO SE GOBIERNA CON LITERATURA

Acabamos de aludir á la educación de los políticos de aquel tiempo, como causa de los fracasos administrativos. En efecto, exceptuando á Juárez y á contados hombres de su época, que dieron muestras indudables de una gran capacidad gubernativa, desgraciadamente no aprovechada por el país, en parte por la fuerza de los acontecimientos, y en parte por las condescendencias de esos ilustres hombres para con la demagogia vocinglera y desorganizadora, los demás políticos coetáneos de aquéllos, pese á su fe, á su honradez y á sus buenas intenciones, adolecían de irremediables vicios de edu-

cación. Esto no es un reproche, porque nadie está obligado á ser genio ni á saber lo que no le enseñan; y es la verdad que todo lo que en la instrucción de esas generaciones faltaba de los conocimientos positivos indispensables para un estadista, conforme á las necesidades de los pueblos modernos, sobraba de literatura plagada de abstracciones, con fuertes toques del romanticismo que predominó en todo el siglo XIX, é inspiró las acciones de muchas celebridades europeas de esa centuria, á quienes tomaban por modelo las nuestras.

Puede afirmarse, sin temor de incurrir en exageración, que todos los errores de los muchos gobiernos ignorantes y de mala fe, que se sucedieron en el medio siglo de convulsiones, á partir de la consumación de la Independencia, y todos los fracasos de los pocos gobernantes honrados y patriotas que hubo en el mismo lapso, tuvieron por causas primeras uno de estos tres hechos, ó los tres, en formidable combinación: el concepto puramente subjetivo, literario y artificial que de la entidad **pueblo** estaba de moda entre los políticos de gabinete y que era opuesto en lo absoluto á las verdaderas condiciones del pueblo mexicano é inaplicable á las circunstancias reales de éste, que no estaba preparado á la Reforma; la errónea interpretación que se les dió durante largo tiempo y que les dan muchos todavía, á las palabras del genial y galante barón de Humboldt, acerca de las riquezas de nuestro territorio, confundiendo la producción con la producibilidad; y por último, la enorme extensión de este mismo territorio, complicada con su escabrosidad y con su carencia de vías naturales de comunicación.

En consecuencia, para pacificar y reorganizar la República, necesitábase un gobernante cuya inteligencia no se hubiese divorciado de la realidad, como la del buen Alonso Quijano, por las lecturas de caballerías—léase política metafísica—ni se hubiese ofuscado en el apasionamiento de la lucha, ni estuviese alucinada con la belleza teórica de instituciones hechas para otros pueblos y para otras circunstancias, que dicho sea de paso, hasta hoy parece que no existen ni pueden existir en este vil mundo. Volviendo á México, lo que le hacía falta era un caudillo, hombre de acción, no de



EL SEÑOR GENERAL DIAZ EN LA EPOCA ACTUAL

Ostenta la banda tricolor que es la única insignia de su alta investidura. Con este democrático y severo traje asiste á las grandes ceremonias de carácter civil, particularmente á la apertura de las Cámaras legisladoras, cuando se presenta á dar cuenta á de sus actos administrativos.

imaginación, que por haber vivido en íntimo contacto con el pueblo, más que por ser hijo de él, conociese profunda y **objetivamente** las cualidades y los defectos que caracterizan y distinguen al mexicano del francés y del inglés. Juárez fue hijo del pueblo, y, sin embargo, no le conocía suficientemente porque desde su infancia se alejó de su medio natural, y más tarde vivió confinado en los altos círculos políticos y abstraído siempre en las trascendentales cuestiones de orden constitutivo é internacional á que por entero consagró las poderosas energías de su sér.

Necesitábase al mismo tiempo un observador perspicaz que conociese la estructura y las peculiaridades del suelo patrio, de vista, de impresión personal, para que así tuviese idea exacta ó siquiera aproximada de lo que en realidad son nuestras ponderadas riquezas, y á la vez, de los formidables obstáculos que la naturaleza avara se complació en oponer á los que intenten apoderarse de ellas, cosa que aquí en nuestro país cuesta tantos sudores como en cualquiera otra región de la tierra, pese á las leyendas optimistas y aduladoras.

Necesitábase, finalmente, un activo emprendedor que hubiese recorrido de extremo á extremo el área dilatada de la República, para que por razón de sus campañas y de sus excursiones, supiese lo que costaba viajar y comunicarse en este país; por supuesto, no en diligencia, con escolta y bien provisto de equipaje, viáticos y mantenimientos, como era costumbre de los generales y de los potentados de esa época, cuando salían de expedición; sino á caballo, en el mejor caso, muchas veces á pié, perseguido y bajo el peso de la obligación tan angustiosa, como bien cumplida, de llegar á tiempo con las tropas ó de conducir á salvo algún convoy, precioso para la patria, y trasportarlo durante larga distancia, á través de escarpadas sierras, de abrasadores desiertos y de selvas inextricables.

EL GENERAL DIAZ REALIZO EL IDEAL DEMOCRATICO

Solamente por haber reunido las condiciones que acabamos de enumerar, sin tener en cuenta sus elevadas cualidades morales, el General Díaz estaba llamado á vencer en la magna empresa de la reorganización nacional.

Pero—se objetará—el General Díaz debía tener los mismos defectos de educación, propios de su tiempo.

Ciertamente, debía tenerlos, más no los tenía, porque todo el mundo sabe que es privilegio del genio sustraerse á las influencias y á los prejuicios del medio en que vive, hacerse superior á su tiempo, **crear** la ciencia que no encuentra hecha, y, en suma, vencer las dificultades y colmar los abismos que detienen y espantan á los hombres vulgares.

Por eso el General Díaz no se limitó á estudiar las necesidades de la entidad metafísica **pueblo,** en los textos del Instituto de Ciencias de Oaxaca donde hizo la carrera de abogado, ni se engolfó en la lectura de los libros extranjeros de moda, cosas ambas que no podían satisfacer su sed de verdad y de justicia; sino que acudió al gran libro de la observación directa, que muy pocos saben hojear, y allí conoció y estudió. asombrado por tanto dolor y por tan horrible miseria, las necesidades del **pueblo mexicano,** acerca de quien no corría impreso hasta entonces ningún libro veraz.

El inmortal manco de Lepanto dijo sabiamente que "quien anda mucho, ve mucho y sabe mucho." He aquí evidenciada la explicación natural, sencilla y lógica del éxito asombroso del General Díaz como pacificador. Es indudable que en sus largas peregrinaciones al través de la nación, desorganizada y miserable, debe haber percibido la idea clara y exacta de lo que este pueblo anhelaba, de lo que debía dársele y de lo que se podía esperar de él; así mismo, recorriendo la República desde el Bravo al Usumacinta, y del Atlántico al Pacífico, fue como debió el General Díaz descubrir en qué consistía la falacia de nuestras riquezas, y qué palabras mágicas era menester pronunciar para desencantarlas y resolver de un golpe el intrincado problema nacional:

unión, garantías y respeto á la propiedad, en lo moral; comunicaciones fáciles, irrigación y trabajo pacífico, en lo material. El dinero vendría por sí solo, con todo lo demás; y en efecto, vino y sigue viniendo á raudales, cada día con más confianza y buena voluntad.

Que el General Díaz no se equivocó en sus inducciones, lo proclaman y demuestran el crédito y el respeto de que goza la patria en el exterior; el progreso, admirable en conjunto, y casi uniforme de todos los órdenes de la actividad nacional; el prodigioso crecimiento de la riqueza pública; y, más que todo eso, el bienestar de las clases trabajadoras.

Relativamente á los disturbios cuyo pretexto era la legalidad, y que no teniendo por causa única la penuria, requerían otro género de solución, el General Díaz llegó inductivamente también y por idénticos caminos, antes que muchos políticos de gabinete, á la conclusión, hoy elemental y vulgar, de que no hay leyes intrínsecamente buenas ni malas, sino leyes adecuadas ó inadecuadas, ya por prematuras, ya porque perpetúen añejos errores ó estados sociales anacrónicos.

Omisión imperdonable sería pasar por alto la última razón, pero no la menos poderosa, del éxito del General Díaz en la empresa del engrandecimiento de México.

Siempre que es felicitado por su obra política, sabido es que declina el honor del triunfo diciendo modestamente que el pueblo le ha ayudado. Dice la verdad. Pero en haber sabido buscar y obtener el concurso popular está el mérito más relevante de la obra, porque la verdadera ciencia del gobernante consiste en dirigir y encauzar los impulsos del pueblo. siendo así que contrariarlos es un crimen, y galvanizar á una nación muerta, un imposible.

Gobernar con el pueblo y no contra el pueblo; humanizar el principio latino de que "el individuo es para la patria," completándolo y equilibrándolo con la fórmula sajona de que "la patria es para el individuo;" dar de mano á la política y consagrarse á la administración: he aquí los procedimientos geniales que sirvieron para realizar la idea de pacificar el país con el concurso popular; y es evidente que gobernar para bien general, ante todo y por sobre todo, sin distinción

de clases ni de opiniones, constituye la mejor y más hermosa manera de realizar el ideal democrático.

A QUE ASPIRABA EL GENERAL DIAZ

Tal es la pregunta, repetida hasta desgastarla, por cuantos han intentado en vano hallar alguna brecha en la pulida y fuerte coraza de patriotismo que ha defendido siempre el alma del regenerador de México, contra los extravíos de la ambición y las sugestiones de la vanidad y del egoísmo.

Por ser cosa que importa mucho que todos los mexicanos sepan, trataremos de contestar la pérfida interrogación lo más clara y satisfactoriamente posible, atendidas las inmensas proporciones y la complexidad del asunto.

La envidia, que tiene siempre á mano la capa del puritanismo para disfrazarse, suele ponerle peros á la obra del General Díaz, con la menguada intención de deslustrarla, sin acordarse que es imposible elevarse rebajando á los demás.

—"Pero lo hizo por ambición...."—replican algunos, creyendo haber puesto una pica en Flandes.

Y la verdad es que no puede darse error más grosero que el de confundir una de las pasiones más bajas y estériles, con la emulación, fecundo y poderoso móvil de cuantas acciones han redundado en beneficio de la humanidad.

Inútil es discutir que el General Díaz debe de haber obrado al impulso de vehementes aspiraciones de gloria y de grandeza. Pero condenar las pasiones nobles y legítimas, equivale á condenar la vida; suprimir la emulación sería fulminar de parálisis el progreso humano, porque esa incontrastable fuerza del alma, es la verdadera palanca de Arquímedes, con que el mundo se ha movido en su incesante marcha hacia la perfección. El recto y profundo criterio del pueblo helénico deificó las pasiones al descubrir en ellas los resortes de la vida; descuidó, sin embargo, distinguirlas según sus móviles y según los medios que pusieran en acción para lograr el fin

propuesto; y este olvido hizo odiosas y despreciables á las divinidades del Olimpo.

La moral positiva contemporánea, mucho más avanzada que la de los helenos, sí establece tal distinción y condena las pasiones, teniendo en cuenta el carácter y la finalidad de ellas, porque nada hay tan inmoral como la conocida máxima jesuita: "El fin justifica los medios." Por el contrario, tiene razón aquel que dijo: "El que emplee medios miserables, aunque sea para conseguir grandes fines, será siempre un miserable."

Conforme á este sólido criterio y en esta piedra de toque deben ser juzgadas y aquilatadas el alma y la obra del General Díaz.

Que esta última es grandiosa y beneficentísima, no es punto discutible. Queda, pues, por dilucidar cuáles han sido las aspiraciones del autor y qué medios puso para realizarlas.

Ante todo, descartaremos, como lo hemos hecho con otras de la misma talla, una cuestión, si no pueril, digna sí de los decadentes bizantinos:

—"El General Díaz no pensó en lo que iba á resultar...."

Las grandes fuerzas psíquicas, á semejanza de las físicas, suelen ser ciegas é inconscientes, y no reaccionar sino ante el obstáculo inmediato que se oponga á su acción. Por esto es que el genio procede casi siempre intuitivamente, por inspiración súbita é irrazonada; en consecuencia, carece de buenas ó malas intenciones y es incapaz de formar planes detallados para el porvenir, puesto que lo ignora; al contrario, es muy frecuente que las facultades geniales permanezcan desconocidas y en estado latente, aun para el mismo que las lleva en sí, mientras no ocurra nada que las excite y turbe su equilibrio estático. Así mueren dulcemente las olas del océano en la pendiente suave de la playa; pero si encuentran una roca que detenga su movimiento, primero se estrellarán contra ella, mas al fin acabarán por desgastarla y reducirla á impalpable y plástica arcilla.

Lo que distingue y sublima las fuerzas morales, comparadas con las demás de la naturaleza, es la facultad de direc-

cción. Poned ante una cascada una casa, y la potencia de aquélla se convertirá en destructora y dañina; poned una rueda hidráulica, y la misma fuerza se tornará en útil y productiva; pero á la cascada le es indiferente destruir ó crear, y no puede querer apartarse de la casa para no derribarla, ni puede querer seguir moviendo la rueda para producir más trabajo. En cambio, el alma humana está dotada de conciencia para saber lo que quiere, y de voluntad para aplicar el esfuerzo de su poder arbitrariamente en el sentido que aquélla le dicte, bueno ó malo. Sin embargo, la conciencia no ejerce igual dominio sobre todas las facultades del alma; por ejemplo, la inspiración, que hace prodigios, es independiente de aquélla; viceversa, la previsión es tan débil, limitada y sujeta á error, porque está subordinada del todo á la conciencia, según la exacta fórmula de un gran filósofo mexicano: "Saber para prever, prever para obrar." Y en efecto, las ideas geniales rara vez son meditadas ni previstas. De lo anterior resulta que al hombre sólo le es dable consagrarse al bien ó entregarse al mal, poner el pensamiento en las alturas ó arrastrarlo por el fango; pero es impotente, para determinar tal ó cual cosa al detalle, si ha de realizarse á plazo remoto, y menos aún si es complicada, por la sencilla razón de que tampoco puede prever con exactitud el encadenamiento de los sucesos, que tanto pudieran convenir á lo deseado, y hasta excederlo, como ser adversos y frustrarlo por completo. Esta verdad, dolorosa para la vanidad humana, se condensa en aquella hermosa máxima: "Nada sucede como se espera, ni como se teme." Unicamente las medianías viven y mueren haciendo bellos proyectos que jamás realizan, porque en ellas el poder está muy por debajo de la voluntad. En los grandes caracteres se observa lo contrario: la ejecución sigue casi siempre inmediatamente á la concepción de la idea, debido á que en ellos el poder y la voluntad guardan armonioso equilibrio. Lo cierto es que la historia no cita un sólo caso de que las buenas intenciones ni los hermosos proyectos hayan engrandecido nunca á ningún país, sino las buenas acciones. Luego por éstas deben ser medidos los gobernantes, y no por lo que hayan querido

ó dejado de querer, que jamás pasará de ser simple suposición.

Reduciendo al absurdo la torpe reticencia de que el General Díaz no previera lo que resultaría, podría decirse que nadie era capaz de preverlo, puesto que allá por el año setenta, no se habían inventado las armas de tiro rápido, ni el telégrafo sin hilos, ni la transmisión de la energía eléctrica á distancia, adelantos que sin duda alguna han de influir poderosamente en los destinos de México, y de que ya gozamos, gracias á la sabia administración que nos rige.

Pasemos ahora á otra cuestión, algo más seria: la de si el General Díaz ha procedido á impulsos de la ambición. Punto es éste tan delicado, que no debe decidirse por apreciaciones, sino en vista de hechos irrefutables; y sin necesidad de rebuscarlos, vamos á citar algunos tan bellos como elocuentes, para demostrar que el gran gobernante mexicano ha tenido como norma invariable de sus actos, el patriotismo más puro y acendrado y la más noble elevación de miras, nunca el interés personal.

En la primera parte de este libro referimos al hablar de la perseverancia del General Díaz, que cuando se presentó á ofrecer sus servicios, después de una de sus evasiones de Puebla, el Presidente Juárez quiso encomendarle la cartera de Guerra.

Cualquiera que conozca la historia de esa época, sabe que ser entonces ministro de Guerra, equivalía de hecho á tener en las manos el gobierno nacional. Pésense detenidamente las tentaciones y las ventajas que semejante proposición ponía al alcance de un hombre de treinta y tres años, que carecía por completo de fortuna, y se le presentaba ocasión de hacerla; que estaba enfermo y debilitado por las heridas y las privaciones de una larga campaña, y encontraba manera decorosa de descansar; que sólo había ganado, muy duramente por cierto, la banda de general de brigada, y se le daba el mando supremo del Ejército y la superioridad sobre antiguos divisionarios; y finalmente, que no había tenido ninguna alta investidura, y se le confiaba el cargo más importante del gobierno de la nación.

Sin embargo, el General Díaz hizo á un lado todas sus conveniencias personales, y sólo tuvo en cuenta, por una parte, que su nombramiento despertaría celos y provocaría discordias funestas en tales momentos; y por otra, que en el campo de batalla sería más útil á la patria que en el Gabinete; y sin vacilar prefirió que por lo pronto se le subordinara á un jefe inepto, cual era el General Garza, y no aceptó la cartera de Guerra.

***

Hemos referido también que durante el último período de la guerra de Intervención, que fue una serie no interrumpida de triunfos para el General Díaz, su idea fija, su más cara ilusión, según saben cuantos estuvieron cerca de él en ese tiempo, era poner el pabellón de la República en manos de Juárez, para que éste lo izara de nuevo, cubierto de gloria y limpio de toda mancha, en el Palacio Nacional. Con su habitual sobriedad de palabras, el General Díaz relata este hecho de la manera siguiente:

"Preparé la construcción de una gran bandera para enarbolarla en el Palacio Nacional, el día de la entrada solemne del Presidente, porque habiéndome dicho en una de sus cartas durante la guerra y cuando se consideraba difícil recobrar la capital, que volveríamos á izar la bandera mexicana en el Palacio Nacional, recordando su expresión de entusiasmo, prohibí que se izara la bandera en ese edificio, hasta que personalmente lo hiciera el Señor Juárez, como en efecto lo verificó el 15 de Julio de 1867, día de su entrada."

El General Díaz había tomado la ciudad desde el 21 del mes anterior.

Conviene recordar que por esos días, la legitimidad de la investidura de Juárez era rudamente discutida por el ambicioso General González Ortega, á quien apoyaban muchas opiniones; y que poco después perdió el Reformador gran parte de su prestigio y de su popularidad entre el partido liberal exaltado, á causa de la famosa Convocatoria, en la que propuso un medio que se consideró anticonstitucional, de re-

formar la Carta de 1857, y propuso también la rehabilitación del clero católico para el uso de ciertos derechos políticos. En cambio, el General Díaz era ya entonces el caudillo popular, todos le obsequiaban y le festejaban, se le postulaba para Presidente de la República, ó, por lo menos, de la Suprema Corte; sobre todo, disponía de cuanto dinero quisiese y estaba al frente de un cuerpo de ejército bien disciplinado y equipado, y que le obedecía ciegamente. ¿Qué momento más oportuno para un ambicioso que hubiese querido apoderarse del poder supremo? Hubo más: algunos generales con mando de tropas, le invitaron en diversas conversaciones á que lo hiciese, y le ofrecieron apoyarle más ó menos veladamente.



En un libro recién publicado, **"Aurora y Ocaso,"** cuyo autor no se muestra muy porfirista, encontramos en el capítulo que se titula "Predestinación," el siguiente documento:

"El Ferrocarril," fecha 7 de Mayo de 1872, decía:

"El General Díaz no es ambicioso. Si lo fuese, ó lo hubiese sido, el señor Juárez no hubiera vuelto á ocupar la silla presidencial en 1867. Díaz, se dijo entonces, era invitado por jefes con mando de tropas, por Gobernadores de Estados y por muchas personas influentes, á que reasumiera el mando de la Nación, debiendo el Congreso exigirle la responsabilidad. Algunos gobernadores quizá no harían uso de expresiones muy benévolas al referirse al señor Juárez; pero Díaz, llevando su delicadeza hasta la exageración, desechó todas las halagadoras proposiciones que se le hicieron, y aún es evidente que recomendó no sólo la obediencia al señor Juárez, sino hasta la elección de éste. Hizo más: protegióle con su prestigio y su popularidad, sin lo cual es más que problemático que Don Benito hubiese vuelto á la capital de la República, como jefe del Poder Ejecutivo.

"¿Quién hubiera tildado entonces al General Díaz de ambicioso y revolucionario?"

En cuanto á los móviles que determinaron al General Díaz á echar sobre sí la pesadísima responsabilidad de la revolución que se inició con el Plan de la Noria, para que sean bien conocidos y estimados, vamos á reproducir una carta, por desgracia poco conocida, en que el mismo caudillo los declaró. Esta explicación, de cuya sinceridad pudo dudarse en aquel tiempo, hoy que está acrisolada por los hechos de cerca de treinta años de paz, de legalidad y de progreso, es prueba más que suficiente del patriotismo y de la buena fe de quien la escribió.

"La Noria, Enero 20 de 1871.

"Señores Redactores de **"El Mensajero."**

Apreciables amigos:

"Me creo en el deber de expresar á ustedes la alta estimación que hago del voto con que se han servido honrarme, postulándome para la presidencia de la República, en el diario que han tenido la atención de remitirme.

"Mis antecedentes y aun mi posición actual, me autorizan para hablar, sin sospecha de afectación, sobre la preferencia que daré á la vida privada, siempre que ella no se oponga al deber que incumbe á todo ciudadanos, de servir á la patria en el lugar que ella le designe.

"Al aceptar, pues, la postulación que han hecho de mi ustedes y otros órganos de la prensa nacional, tengo sólo por móvil la conciencia de un deber y no un impulso espontáneo de cambiar la posición en que vivo actualmente satisfecho.

"Así lo manifesté en esa capital á los delegados de la asociación democrática constitucionalista, entre los que figuraban algunos de los redactores de **"El Mensajero,"** cuando presentaron á mi aprobación el programa que ustedes han hecho después suyo, que yo acepté entonces y al cual no tengo inconveniente en ratificar mi adhesión.

"Los principios que él consigna, desarrollados por una

administración cuerda, no pueden menos que influir en beneficio de nuestro país.

"Un gobierno que, exento del espíritu de exclusivismo, ponga punto á las cuestiones de mero carácter político, que han agitado estérilmente á la nación; que coloque los intereses generales del país, sobre los intereses parciales de clase ó de partido; y quedando esta base sólida al orden y á la paz, se dedique á llenar la primera de nuestras necesidades actuales, la de regularizar y moralizar la administración, tiene probabilidades de serenar los ánimos, de inspirar confianza en los corazones y de dominar la crisis que de algún tiempo acá mantiene estacionada á la República.

"No son pocas las dificultades que se presentan todavía para llegar á tan apetecible término; pero puede disminuirlas la voluntad decidida y sincera de alcanzarlas.

"Vale el bien la pena de algunos sacrificios, y yo me he resuelto á hacer el primero, resignándome á que mis leales intenciones sirvan de tema acaso á los comentarios de la malevolencia, interesada en adulterarlas.

"Los que desean establecer para lo venidero el consorcio fecundo de la paz, de la libertad y de la moral, me honran volviendo á mí los ojos; contraerán á los míos un gran mérito, si se esmeran en no aumentar las dificultades del porvenir. con los rencores y los resentimientos que dejan como rastro las luchas electorales, cuando en ellas se sobreponen las pasiones al patriotismo sereno y á la templanza.

"Aprovecharé todas las oportunidades que, como ésta, se me presenten para suplicar á los órganos de la prensa y á las asociaciones populares en que se ha proclamado mi candidatura, que procuren imprimir un sello profundo de calma y de dignidad á sus trabajos, y que los encaminen más bien á estudiar y garantizar la voluntad libre de los pueblos, que á influir en ella, y mucho menos á falsearla.

"Me subscribo de ustedes afectísimo amigo y servidor.

PORFIRIO DIAZ."



El respeto á la voluntad del pueblo, aunque le sea ad-

versa, es tan sincero en el General Díaz, que algunos años más tarde, cuando se convenció de que por el momento, la opinión pública estaba á favor de Lerdo de Tejada, inmediatamente dirigió desde Chihuahua la siguiente nota al Jefe de la División de Occidente del Ejército de Operaciones, ante el cual se hallaba al mando del Ejército Popular Constitucionalista, fuerte y en excelente situación, puesto que acababa de obtener importantes victorias:

"He recibido con toda oportunidad la nota de usted, fecha 2 del corriente, en que se sirve transcribirme el telegrama del C. Ministro de la Guerra, relativo á la manera con que deben someterse al Gobierno las fuerzas de mi mando. No quise dar por mí mismo una contestación violenta, según el deseo de usted, porque siempre tuve la intención de consultar la voluntad de los CC. Jefes y Oficiales, que me obedecen en esta zona, para proceder con su acuerdo.

"Ayer tarde llegué á esta ciudad, y en la noche reuní á los jefes principales para hacerles conocer la comunicación de usted. Impuestos de su contenido, me manifestaron el deseo uniforme de terminar la guerra á cualquiera costa, para evitar sus terribles consecuencias; y aunque consideran que se aja su dignidad con la aceptación de la amnistía que ha ofrecido el C. Presidente interino de la República, en su decreto de 27 de Julio último, hacen este sacrificio en aras de la paz, con la esperanza de que no será estéril y contribuirá eficazmente á la felicidad de su patria."

La razón principal que descarga al General Díaz, aún de la más remota sospecha de que la ambición fuese el móvil que le determinó á encabezar el movimiento tuxtepecano, es que al aceptar toda la responsabilidad de la revolución, su primer acto fue reformar en Palo Blanco el Plan del General Fidencio Hernández, imponiendo la condición de que al triunfar el partido de la legalidad, que iba á acaudillar, ocuparía la Presidencia de la República el Lic. José María Iglesias, á quien correspondía, como Presidente que era de la Suprema Corte, mientras se celebraban las elecciones regulares de Jefe de la Nación.

Las intrigas de Iglesias con el General Alatorre, y los

planes dictatoriales de aquél, imprimieron á los sucesos una marcha distinta, que por fortuna ha redundado en bien de la Patria.

***

Ante pruebas de tal peso, no cabe dudar de que si el General Díaz aceptó el llamamiento popular al gobierno de la República y luchó por hacer triunfar la voluntad nacional contrariada, no fue por ambición, sino en cumplimiento de un mandato honrado de su conciencia, y para satisfacer una aspiración patriótica y levantada, que hoy sería grave ingratitud desconocer. Ciertamente, quiso ser jefe de nación; pero jefe legítimo y respetado de una nación fuerte y próspera; y como la base lógica de esta aspiración era el engrandecimiento del país y la unión de los mexicanos, á labrarlos consagró íntegras las poderosas facultades de su genio político y de su admirable carácter.

Por esta identificación perfecta é indisoluble entre los intereses de un caudillo y los de su pueblo, es como las naciones han culminado ó se han empequeñecido. Así fue México, miserable, corrompido y humillado con Santa Anna; así es hoy honrado, fuerte y respetado con el General Díaz.

LA MEJOR POLITICA ES LA HONRADEZ

Siéndonos ya conocidas las causas políticas de la anarquía que arruinaba á la nación, y habiendo expuesto ya los principales medios de que se valió el General Díaz para removerlas, conforme á sus sanas miras y nobles ideales, trataremos de hacer la síntesis de su obra administrativa durante las tres últimas décadas, en la imposibilidad de presentarla completa, como sería nuestro deseo y ella lo merece. Citaremos, pues, solamente, algunos hechos fundamentales para poner de manifiesto cómo pacificó el país el General Díaz y cómo logró reanimar y desarrollar las fuer-

zas vivas nacionales, en parte, mediante el conocimiento objetivo, exacto y libre de prejuicios doctrinarios, de las condiciones y necesidades verdaderas del pueblo mexicano y de la importancia positiva y porvenir racional de las riquezas del territorio; y en parte, gracias á sus cualidades genuinas de estadista admirablemente práctico, humano, perseverante y laborioso, que prefiere los hechos á las teorías; que no se empeña en salvar un obstáculo insuperable, sino que lo rodea; que desdeña las cuestiones de palabras y busca siempre el fondo de las cosas; que comprende y aprovecha las pasiones; que no vacila nunca en los momentos de peligro, ni deja pasar las oportunidades; y, finalmente, que tiene fe ciega en que el trabajo, la honradez y la constancia, transportan las montañas.

Al hacerse cargo el General Díaz por primera vez del poder supremo, se halló ante el dilema de romper el círculo vicioso de las miserias nacionales, empresa en la cual se habían estrellado todos sus antecesores, mexicanos y extranjeros, ó perecer con la República, que había llegado al límite de la resistencia.

El susodicho círculo vicioso es harto conocido: no había paz porque faltaba dinero; y no había dinero porque faltaba paz.

Para poner fin á esta absurda situación, el General Díaz empleó gran diversidad de medios, como lo exigía la formidable multiplicidad de problemas secundarios en que se descomponía el gran problema nacional, que podía resumirse en la frase del príncipe dinamarqués: "Ser ó no ser." En esta empresa sobrehumana tuvo el General Díaz que poner á prueba cada día todas y cada una de las altas y poderosas cualidades de su carácter y de su inteligencia. Por esto es y debe considerarse como obra personalísima suya la pacificación y el engrandecimiento de México.

Desde luego, la primera piedra de la obra, supuestas las condiciones del país en esa época, debía ser forzosamente el prestigio personal del caudillo que la emprendiera; después vendría lo demás.

Y así sucedió: el primero y el más eficaz de los me-

dios de pacificación puestos en juego por el General Díaz, fué su prestigio personal, y más particularmente, su reputación intachable de honradez, bien ganada en largos años de probidad, desde que comenzó haciendo cuentas en la Subprefectura de Ixtlán, hasta que puso digno epílogo á la epopeya del tercer ejército de Oriente, entregando un caudal considerable con el que nadie contaba, ni se creía posible que existiera.

Mas no fué ésta sola forma de la honorabilidad la que hizo el prestigio del General Díaz; otras manifestaciones de la rectitud de su conciencia, rarísimas en aquellos tiempos, le granjearon probablemente más que las susodichas, la estimación y la confianza públicas. Muchos gobernantes tuvo México, que no se mancharon con los dineros del erario y que aún sirvieron al país gratuitamente; pero la honradez personal del mandatario público, es virtud negativa é insuficiente si se limita á no pecar en provecho propio y deja que otros pequen. Los mexicanos tenían dolorosa y amplia experiencia á este respecto, y por eso se pagaban ya poco de la integridad de los tribunos y de los jefes cuyos secuaces y subalternos cometían espantosos atentados en nombre del orden. Por el contrario, la reputación del caudillo de la República procedía justamente de que además de haber manejado con pureza los caudales públicos, había procurado y logrado que le imitasen sus subordinados obligadamente, cuando no lo hacían por buenas. Prueba de ésto fué que durante sus largas campañas, las tropas mandadas por Díaz, Capitán, Comandante, Coronel ó General, no robaron, no secuestraron, no violaron ni asesinaron, porque su jefe supo siempre enseñarlas ú obligarlas á respetar como sagrada la propiedad en todas sus formas. Las poblaciones agradecidas no podían olvidar esos beneficios, y llegado el caso, los pagaron en apoyo y confianza firmes é incondicionales.

Y con razón, como que el General Díaz ha velado celosamente por el bien público y ha procurado economizar el esfuerzo del pueblo, evitando en lo posible imponerle gravámenes innecesarios ó injustos.

Entre otros casos, citaremos el siguiente: cuando se proyectó contratar el primer empréstito, comenzó á gestionarlo personalmente, y envió á D. Delfín Sánchez á Europa, con el objeto de que pulsara á los banqueros y obtuviera datos exactos de las mejores condiciones en que se podía esperar la realización del negocio. Poco después le indicó el Ministro de Hacienda, D. Manuel Dublán, quien por su parte también había hecho varias gestiones, que tenía ofertas de algunas firmas bancarias poderosas, y que estaba dispuesto á presentar las proposiciones que se le habían hecho. Las presentó, en efecto; pero conforme á los datos y otras propuestas que el General Díaz había recibido, comprendió que se trataba de una operación onerosísima.

Este grave asunto se discutió en Consejo de Ministros, y después de haber oído la opinión de todos, el Presidente expuso las condiciones ventajosas en que á él se le hacían otras ofertas. Al escuchar ésto, el Ministro Dublán preguntó si en caso de que á él se le ofrecieran las mismas bases podría aceptarlas y cerrar el compromiso, á lo que el Presidente contestó que en ese caso no había ningún inconveniente.

A poco daba cuenta el Ministro de Hacienda, de haber arreglado la operación con la casa Blain, en las mismas ventajosas condiciones propuestas antes al General Díaz.

Con su actitud enérgica y acendrado patriotismo, el General Díaz había ahorrado considerables sumas al Tesoro Público.

La mayoría enorme de los gobiernos antecesores del actual, lejos de pensar en reconstruir el sistema hacendario mexicano sobre las ruinas del funestísimo que rigió durante el virreinato, lo que hicieron fué contribuir de alguna manera á aumentar el caos de nuestras finanzas, en el medio siglo de anarquía por que atravesó el país. Y unos por creer ciegamente en la fantástica riqueza del territorio; otros obligados por la fuerza de las circunstancias; muchos por mala fe indudable; muchos más por ignorancia; y no pocos por todas esas cosas juntas, cuantos habían manejado la hacienda pública, con rara excepción, habían ahondado, cual más cual menos, el abismo de miseria, de impre-

visión, de despilfarro y de insolvencia en cuyo fondo yacía el crédito de la nación.

Para pintar con un solo rasgo la historia de nuestras finanzas, en la época á que aludimos, basta decir que durante más de cincuenta años no se llevaron en debida forma y muchas veces ni bien ni mal, las cuentas de los fondos públicos; los gobernantes, ocupadísimos en mantener sus derechos y en discutir los de sus opositores, no estaban para cuentas, ni las exigían, ni las rendían al Congreso, quizás por no recibir tremendos desengaños; finalmente, tampoco se sujetaban á glosa las pocas y malas que solían entregar algunos émulos del Gran Capitán, en punto á contabilidad, bien entendido.

Agréguese á lo anterior el olímpico desplante con que el pronunciado que subía al poder, desconocía las deudas del enemigo caído, por sagradas que ellas fuesen, sin perjuicio de contraer otras nuevas, que el sucesor forzado se encargaría de desconocer á su vez.

Con decir que la nación no pagaba lo que debía, sobra para explicar por qué no gozaba de crédito.

Menos mal si todas las deudas que se desconocieron ó dejaron insolutas durante el largo período de anarquía y en los primeros años del restablecimiento de la República, hubiesen sido del género de las procedentes de la Intervención, puesto que la nulidad de éstas ha sido reconocida por propios y extraños; pero había otras que si desde el punto de vista del partido liberal vencedor eran ilegítimas, por haberlas contraído los gobiernos de hecho y los jefes en campaña pertenecientes al bando opuesto, para los extranjeros que habían procedido de buena fe, eran firmes y valederas; y al verlas desechadas, arrojaban la responsabilidad sobre el país, porque no podían comprender la distinción sutil que había entre autoridades de hecho y autoridades de derecho, ni estaban en rigor obligados á comprenderla, tanto menos cuanto que en la mayoría de los casos, se les había tomado por fuerza lo que reclamaban.

Entiéndase bien que no discutimos la justicia que en principio asistía al Gobierno legítimo, para desechar las re-

clamaciones procedentes de contratos ajustados sin coacción con los revoltosos, ó de daños causados por éstos. Traemos al debate esta cuestión, porque ella demuestra y pone de relieve cómo se subordinaban entonces los hechos á las palabras. Ciertamente, al desconocer tales deudas, la República reivindicaba un derecho perfecto y fuera de discusión, cual es el de no pagar lo que no se debe; la justicia y la dignidad estaban á salvo. Mas como los capitalistas extranjeros y también los del país, no veían las cosas ni del mismo modo ni con igual claridad en ese litigio, en caso de duda y de peligro para sus dineros, optaban por cerrar sus cajas á todo negocio mexicano, con triple vuelta de llave; y el resultado práctico era que la nación se moría de descrédito, con toda la razón de su parte.

Fué preciso que la reputación sin mancha del General Díaz sirviera de garantía para que el capital, que es lo más tímido y asustadizo que existe, recobrara la confianza y se decidiera á aventurarse en nuestras empresas.

Por esta sola razón, aparte de otras que no valen menos, pero que no vienen al caso, fueron simple literatura pseudo-patriótica, sin fundamento práctico, cuantas objeciones se hicieron al reconocimiento y liquidación de las deudas de México. Suponiendo, sin conceder, que se hubiese pagado algo más de lo estrictamente justo y equitativo, nunca tendremos con qué premiar la habilidad del General Díaz al reconocer como deudas de la Nación, las contraídas en circunstancias aceptables, porque no sólo rehabilitó de un golpe con ese rasgo genial el crédito de México, arruinado al parecer irremediablemente, sino que realizó uno de los negocios más productivos y redondos para el país, que á éstas fechas habría recuperado seguramente con creces lo que hubiese pagado de más. de haber sido ésto así, que no lo fué.

Sin embargo, la restauración del crédito exterior no se podía lograr sólo con el reconocimiento de las deudas, mientras éste fuese puramente platónico: era indispensable cumplir lo ofrecido. Además, era necesario garantizar sa-

tisfactoriamente la libertad de trabajo, la seguridad personal y el respeto á la propiedad.

En cuanto á lo primero, por haber andado los gobiernos anteriores demasiadamente fáciles en reconocer sin reparo cuanta deuda se les imponía, y en prodigar sin posibilidades las promesas de pago, habíamos llegado á aquella situación en que nadie prestaba ya un centavo, ni tomaba en serio nuestras ofertas. Por eso fué esencial el prestigio personalísimo del General Díaz para dar valor á la primera promesa de pago que de nueva cuenta se hizo en nombre de la nación. En cuanto á lo segundo, fué también la confianza que inspiraban los antecedentes del honrado defensor de la República, lo que animó á los hombres de empresa á dejar las industrias de la guerra y á arriesgar sus capitales en las de la paz, lícitas y benéficas para todos. No lo hubieran hecho si no hubiesen sabido perfectamente que el General Díaz, aun en campaña, había cuidado siempre de no lesionar los intereses de los habitantes pacíficos.

COMO RESOLVIO EL PROBLEMA HACENDARIO

En lo económico, base de todo lo demás, el programa concebido y desarrollado por el General Díaz, puede resumirse así: organizar y purificar la administración de los fondos públicos; fomentar y estimular las actividades debilitadas y crear nuevas; no prometer imposibles, y cubrir religiosamente los compromisos aceptados. He aquí un programa tan sencillo de exponer, como difícil de realizar. Veamos cómo lo llevó á la práctica su autor.

Adoptó definitiva y firmemente el sistema de concentración de cuentas, y la contabilidad por partida doble, que había sido materia de prolijas discusiones, de parte de los hacendistas del país, durante el medio siglo en que no se pudo, ó más bien, no se quiso saber la verdad tristísima que esa infalible manera de contar hubiera dado de sí, acerca de los despilfarros, concusiones, errores y malversaciones

que se cometían con las riquezas—miserias debiera decirse—de la entonces infortunada nación.

Quien conozca el alma humana, no dudará de que una de las faenas más rudas y ocasionadas á encender nuevamente la discordia, fue ésta de obligar á los funcionarios de hacienda del antiguo régimen, á rendir cuentas claras y limpias de su manejo. Considérese que los mexicanos somos por idiosincracia enemigos de hacer cuentas que no sean alegres; y añádase que por efecto de una de tantas viciosas tradiciones de la época colonial, generadoras del morbo de la empleomanía, que es quizás la peor de las taras heredadas de los conquistadores, pocos empleados fiscales había que no creyesen con deliciosa ingenuidad, que se les había confiado el manejo de los caudales públicos, no para que los recaudasen escrupulosamente y los aplicasen á su fin propio, con no menor pureza, sino para que se aprovechasen de ellos y los disfrutasen á su antojo. También había muchos gobernantes que consideraban medio natural y lícito de conservar su influencia y de adquirir prosélitos, el de dar y aún el de vender los empleos de hacienda, cerrando ojos y oídos respecto de la conducta del agraciado.

Así pues, el establecimiento de un buen sistema de contabilidad fiscal y la moralización de los empleados públicos, deben considerarse como medios principalísimos entre los que sirvieron eficazmente para lograr la regeneración económica de México, y traernos, desde aquellos históricos tiempos en que no se hacían cuentas ó se usaba para hacerlas el método del buen cubero, á esta era de integridad y orden, en que se llevan los libros irreprochablemente, en cuanto al método, y por telégrafo, en cuanto á la rapidez de concentración, de manera que el Jefe del Estado pueda saber en cualquier momento, al detalle, al céntimo, cuál es la situación exacta de las finanzas públicas. Consecuencia natural y forzosa de este sistema administrativo, ha sido la desaparición paulatina del tipo colonial de empleado inepto, concusionario é infiel, que ahora es una excepción cada día más rara entre nosotros.

La segunda parte del programa, esto es, el fomento de

las fuentes conocidas de la riqueza nacional y la apertura de otras nuevas, se desarrolló no menos lógicamente.

Para que pasara de la categoría de leyenda á la de feliz realidad la riqueza del país, eran indispensables tres cosas: orden, capital y comunicaciones. Las dos primeras formaban los términos del tremendo y fatal círculo vicioso que nadie había acertado á romper; la tercera constituía la formidable incógnita que el General Díaz despejó cuando guiado por su sentido práctico y por su conocimiento del país é inspirado por su fe en el pueblo mexicano, se decidió á firmar el contrato de subvención de nuestro primer ferrocarril internacional, sin contar en esos momentos con ningún recurso para pagar el subsidio ofrecido; pero tenía, en cambio, la seguridad de que los ferrocarriles imposibilitarían la guerra civil y fomentarían el trabajo.

Y no se equivocó el vidente estadista, puesto que gracias á su genial atrevimiento, además de haberse cumplido ese que entonces pareció abrumador é insoluble compromiso, se han podido contraer y cubrir más tarde, con esfuerzo, pero sin sacrificio, otros análogos que montan á centenares de millones de pesos, transformados hoy en ferrocarriles, telégrafos y toda clase de mejoras públicas de inmensa trascendencia, que han servido para desarrollar natural y rápidamente, las fuerzas vivas del país y para garantizar el orden, lo que equivale á decir que el funesto círculo vicioso que nos ahogaba, está roto para siempre.

En efecto, es evidente que la facilidad de comunicación y, en general, las grandes mejoras nacionales, al acercar y poner en contacto á los mexicanos, han realizado el ideal de formar una federación, ya no teórica y por la fuerza de la ley, sino positiva y fundada en la comunidad de intereses y de voluntades, y por lo mismo, fuerte, próspera y respetable.

Así es como al pie del pueril pensamiento de Lerdo: **"Entre la debilidad y la fuerza, el desierto,"** el General Díaz ha escrito con el elocuente lenguaje de los hechos, este hermoso comentario: Para no temblar ante la fuerza ajena, es preciso ser fuertes. La unión y la riqueza dan la fuerza;

el aislamiento debilita y empobrece: borremos, pues, los desiertos de nuestros mapas

Y tanto y tan bien ha trabajado este gran mexicano en acercar á los hombres de buena voluntad, que además de unir en fraternal abrazo á los habitantes de nuestras remotas fronteras, al abrir las puertas de la aduana de Salina Cruz y de Puerto México al comercio del mundo, ayudó con ello á los pueblos de ambos hemisferios á encontrarse más pronto en su camino. Al General Díaz estaba reservado quitar el obstáculo que desvaneció el delirio de Colón, cuando buscaba el paso hacia las legendarias Indias; pero habían de correr cuatro siglos antes de que abriera ese paso un caudillo del pueblo conquistado y expoliado á causa del tropiezo que el Almirante genovés halló en su camino.

Sin embargo, el General Díaz debía tropezar en el suyo, antes de considerar suficientemente estable y completa su obra, con formidables dificultades, tales como las que halló en materia financiera y venció por segunda vez al encargarse nuevamente del Poder Ejecutivo, terminada la administración del General González.

Puede decirse que la situación era en tal momento, si no desesperante, más difícil y angustiosa que nunca, porque había mayores compromisos y porque en la tremenda partida se había empeñado ya la última probabilidad de triunfo que nos quedaba: el prestigio del General Díaz. Pero este hombre extraordinario se agiganta en presencia del peligro. Gracias á ello, durante la terrible década del 84 al 94, guiado por su genio y sostenido por su poderoso carácter, puso á prueba de tal modo sus capacidades y desplegó tales energías y habilidades, que además de reparar las pérdidas, logró rectificar de nuevo la marcha de los negocios públicos, y consolidar satisfactoriamente las bases de la prosperidad nacional, hasta obtener la inmensa victoria de que al finalizar esa década en que se decidió el porvenir de México, todo peligro había desaparecido, y sólo restaba perfeccionar y engrandecer la obra.

Hemos expuesto en quintaesenciada síntesis, los principios fundamentales de la regeneración económica del país,

en la cual descansan el engrandecimiento actual de la patria mexicana y el futuro, lleno de halagadoras promesas. Resumiendo esta parte, la más admirable de la obra del General Díaz, resulta que se han llegado á conseguir los siguientes asombrosos resultados, que son la mejor garantía de la estabilidad de la paz:

Reforma radical y sapientísima, distribución equitativa y disminución de los impuestos; liquidación y arreglo completo, definitivo y ventajoso de la deuda pública; orden y pureza en la administración de las rentas nacionales; nivelación de los gastos con las entradas, que allá por los años setenta apenas llegaban á catorce millones de pesos, y ahora exceden de cien millones; y creación de un fondo de reserva, en constante é inmediata disponibilidad, que actualmente pasa de setenta millones de pesos.

Tales son, en síntesis, los ideales que inspiraron la obra política del señor General Díaz, y los firmísimos fundamentos en que descansa.

Pero esta obra nos impone á todos los mexicanos un gran deber, no sólo patriótico, sino de gratitud: conservarla y merecerla.

México, Septiembre de 1907.





Gran condecoración especial del Mérito Militar, decretada por la Representación Nacional para recompensar los inestimables servicios que como defensor de la patria ha prestado el General Díaz, y muy particularmente, el de haber reorganizado el Ejército Mexicano.—Banda Presidencial, única y sencilla insignia de la alta investidura del Primer Magistrado de la República.—Cruz de Constancia de primera clase.

Curioso grupo de las principales cruces y medallas que posee el General Díaz, hechas en miniatura para que pueda ostentarlas juntas.



Gran condecoración especial por el asalto y toma de Puebla el 2 de Abril en 1867.—Cruz de primera clase por la campaña contra la Intervención y el llamado Imperio.—Cruz del Estado de Yucatán por la campaña contra los mayas rebeldes.—Cruz por la defensa de Puebla en 1863.—La placa correspondiente se ve abajo á la izquierda del grabado.—Medallas de honor: del Estado de Guerrero por la campaña contra la Intervención.—Por la batalla del 5 de Mayo de 1862.—Por la defensa de las cumbres de Acultzingo en Abril del mismo año.—Del Estado de Oaxaca por las batallas de Miahuatlán y la Carbonera y por la toma de la capital del mismo Estado.—Por la batalla de Pachuca en 1861.—Del Estado de Puebla, por la campaña contra la Intervención y el Imperio.—Placa de la Cruz de Constancia de primera clase.

El General Díaz posee, además, una condecoración por la guerra de Reforma, y muchas medallas honoríficas y diplomas nacionales y extranjeros, civiles y militares.







Gran Gruz y placa de la Orden de Carlos III de España.—Gran Cruz y placa del Mérito Militar. Igual procedencia.—Gran Cruz y placa de la Orden de la Torre de Portugal.







Gran Cordón del Aguila Roja de Prusia, conferido por S. M. I. y R. Guillermo II, Rey de Prusia y Emperador de Alemania.

Gran Cruz, collar y placa de la Orden del Baño, conferida por S. G. M. Eduardo VII, Rey de la Gran Bretaña y Emperador de las Indias.

Gran Cruz de la Orden de la Espada, conferida por S. M. Oscar II de Suecia.







Gran cordón y placa de la Orden de la Legión de Honor, conferida por el Gobierno de la República Francesa.—Gran Cruz y placa de la Orden de San Estéban de Hungría, conferida por S. M. A. el Emperador de Austria y Rey de Hungría, Francisco José II, hermano mayor del Archiduque Maximiliano.—Gran Cruz y placa de la Orden de Leopoldo de Bélgica, conferida por S. M. Leopoldo II, Rey de los belgas y hermano de la Archiduquesa Carlota, esposa de Maximiliano.

Estas tres condecoraciones tienen excepcional significación. La de la Legión de Honor se le concedió como honrosa excepción á pesar de haber hecho armas contra el Ejército francés.









Gran Cruz de la Orden del León y del Sol de Persia, conferida por S. M. el Shah recién muerto.
Gran Cruz de la Orden de la Crisantema del Japón.
Gran Cruz de la Orden del Dragón Imperial de China.




Gran Cruz de la Orden de San Mauricio y San Lázaro de Saboya, conferida por S. M. Víctor Manuel III, Rey de Italia.
Condecoración de primera clase de la Orden del Libertador de Venezuela, conferida por el Congreso de esta República del Sur.





